

Año XIII Tomo XXXIII Núm. 128

Ateneoa

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

Alone	<i>Puntos de vista</i>
Lautaro Yankas	<i>Amado Alonso</i>
Dr. Juan Marín	<i>El lanzamiento</i>
Oscar Cerruto	<i>Vida y muerte de Paul Gauguin</i>
Magda Portal	<i>Instrumentos de la expresión aymará</i>
Arturo Torres Rioseco	<i>Revisión del deporte</i>
Juan Marinello	<i>Veinte años</i>
Sixto C. Martelli	<i>José Martí, artista</i>
Luis Alberto Sánchez	<i>Meditaciones de Año Nuevo</i>
	<i>La literatura del Perú republicano (continuación)</i>

LOS LIBROS.—Ricardo A. Latcham: *El estudiante de la mesa redonda*, por Germán Arciniegas.—Héctor Villagrán B.: *Una especulación acerca de la futura cultura de América*.—Guillermo Koenenkampf: *Piedras y Sol*, por Sady Zañartu.—Luis Enrique Osorio: *Luis López de Mesa y su libro «Como se ha formado la Nación Colombiana»*.—

EL MES ARTÍSTICO — NOTAS DEL MES — LIBROS RECIBIDOS

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año..... \$ 30.00

Un semestre..... 16.00

Suscripción a los países extranjeros sólo
anual: 4 dólares, o su equivalente se-
gún el país.

Número suelto..... 3.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEA-
CHERS OF SPANISH.

DIRECTOR

Alfred Coester

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal

GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918

Director Fundador

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

LEONARDO

Rassegna Bibliográfica
diretta da

FEDERICO GENTILE

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

MILANO (111)

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA - CUBA

REPERTORIO

AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

AMÉRICA ESPAÑOLA

La revista que encarna los grandes
ideales de Hispanoamérica

Director: G. PORRAS TROCONIS

Colaboran en ella los más famosos
publicistas de Europa y América.
Cuadernos mensuales de 96 páginas
a dos columnas, Nutrida información
bibliográfica.

Precios de suscripción:

En Colombia..... \$ 4.00 oro col:

España y países His-

panoamericanos..... \$ 4.00 oro am.

*En venta en las principales librerías
del mundo*

Dirección y Administración:

Calle Santo Domingo N.º 39

CARTAGENA

COLOMBIA

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. L. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre
la aplicación del Cine a la educación en
cada una de sus ramas (universitaria,
primaria, secundaria, agrícola), así a la
científica como a la popular, y a la hi-
giene social. Se publica en cinco edicio-
nes: inglesa, francesa, italiana, española
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española.
dólares 4; pesos chilenos, 32.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Febrero de 1936

Núm. 128

Puntos de vista

López de Mesa

Se encuentra entre nosotros en jira de estudio el ilustre escritor colombiano Luis López de Mesa, ex Ministro de Educación de su patria y uno de los hombres de pensamiento de más severa formación intelectual de aquel país. López de Mesa ha podido realizar en sus libros, especialmente en COMO SE HA FORMADO LA NACIÓN COLOMBIANA, el viaje de mayor enjundia que puede realizar un escritor, perforando con la sonda de su análisis las realidades históricas de su tierra. Ese libro es el documento de interpretación de Colombia de mayor caudal analítico y el más profundo de los ensayos integrales. Puede seguirse allí la formación de la nacionalidad en la heterogeneidad de sus grupos raciales, tan sugestivos en Nueva Granada, en la evolución del concepto educacional, en la escuela, en la riqueza nacional, en la evolución de las ideas políticas y constitucionales, en el noble empeño de formar con la cultura, un vasto campo de posibilidades espirituales.

Con un estilo rico, persuasivo, hondo, el escritor ha podido subrayar la medular intención de su examen, digamos espectral de la nación colombiana.

En la labor de López de Mesa existe además una etapa de gran relieve. La que se encuentra adherida a su obra de Ministro de Educación en la transformación y modernización de los métodos pedagógicos de la escuela. López de Mesa miró primero la realidad circundante, viajó luego por los países del Viejo Mundo,

estudió las culturas madres y regresó a su patria, para seguir estudiando. Todo un ciclo de voluntad y probidad en la labor intelectual.

Nosotros nos complacemos en saludar a López de Mesa y en él a las generaciones intelectuales de Colombia que forman en la actualidad entre las más interesantes del continente.

Los libros de la Guerra del Chaco

La tragedia del Chaco tiene también sus mártires. Como en Europa al terminar la gruesa hecatombe de 1918, han comenzado a surgir en Bolivia y Paraguay los libros de los escritores que pasaron o sufrieron en los frentes de combate. En ellos puede verse la brutalidad inhumana de esa guerra, de mayor densidad de sufrimiento que la propia Guerra Europea, en la que el aprovisionamiento de los combatientes se hizo conforme a los procedimientos de la ciencia. Se combatía en Europa en sitios rodeados de población, a escasa distancia de los almacenes de reserva, en climas cuya inclemencia no puede ni con mucho compararse al terrible azote de la zona chaqueña. La relación de un combatiente que muere en las soledades pobladas de enemigos invisibles, para los cuales no existe defensa, es un capítulo que sobrecoge y produce horror. Los muertos de sed, los agotados por los insectos y alimañas de la selva, los que fueron roídos por el calor infernal de aquel clima, producen en el ánimo del lector cómodamente sentado en su gabinete un estremecimiento de terror, un escalofrío indescriptible.

Se comprende. Fueron lanzados al torbellino de la muerte sin mayores reservas. La falta de agua produce los vértigos y alucinaciones del espejismo espantable y la locura es la última etapa de esas vidas sobre cuyos despojos se puede leer ahora la inscripción espeluznante: «Muerto heroicamente de sed, tal día a tal hora». Muerto heroicamente de sed... Ni siquiera muerto por un ideal, que no lo tuvieron esos huérfanos de toda compasión humana, sino muerto en la desesperación de no comprender para que se le arroja-

ba a combatir contra los elementos insidiosos de una naturaleza bárbara y cruel.

Los escritores de Bolivia y Paraguay, los centros intelectuales de América hispana, deberían divulgar esta literatura ardiente, en la cual el hombre de la guerra se consume como un yerbajo entre los cañadones y los piques abiertos por destacamentos de soldados. Debería divulgarse para espanto de gobiernos inhumanos y para que la juventud pudiera sentir de cerca este horror y determinar entonces la cruzada final contra los negociantes de carne humana.

Pero existe una paradoja bastante triste en estos casos. El fruto más vigoroso de una guerra es la literatura que le sucede. Europa, por ejemplo, al terminar su vuelta bárbara, dejó escapar por las junturas de la descomposición, una literatura rica e intencionada, plena de vigor y de humanidad. Del fondo de la tragedia nacieron escritores hasta entonces desconocidos, espíritus clarividentes que pudieron tocar de cerca todo el horror de aquel monstruoso cataclismo. Libros escalofriantes, dramas que no soñó la más opulenta fantasía, tuvieron su concreción en libros que perdurarán. En Inglaterra, en Alemania, en Francia, en Italia, en Austria, legiones enteras de escritores que fueron combatientes, dijeron en novelas o en memorias, el horror que habían padecido y el que vieron padecer a miles de los hombres desamparados. Trataron con sus libros de infundir en la humanidad el asco hacia la guerra y desgraciadamente hemos visto la ineficacia absoluta de tales libros, puesto que Europa vive en pie de guerra, está lista para una nueva guerra y se aproximan días bastantes peores que los que se vivieron en el círculo dantesco 1914-1918.

El hombre pacífico que leyó esos libros años más tarde, comprendió el dolor que no había sentido de cerca, se estremeció con el relato descarnado de aquellos episodios, pero no mudó al parecer su condición cavernaria. Los gobiernos, la política y los hombres de Estado olvidaron muy pronto los libros ejemplares. Y todo volvió a su antiguo cauce de pasiones y de odios.

La literatura americana atraviesa, por lo que se refiere a la

guerra del Chaco, un fenómeno más o menos semejante. Están surgiendo libros de la guerra, novelas de la guerra, relatos de aquella horrible tragedia más páfida e insidiosa en la multiplicidad de sus elementos naturales, que la que azotó las regiones europeas. Cada relato de Céspedes, Cerruto, Villarejo y otros, pone en el espíritu del lector un estremecimiento de angustia. Los relatos europeos aun los más espeluznantes, no pueden compararse a estas jornadas del hombre por la selva o bajo el fuego derretido del sol del Chaco, entre una fauna de animales que la imaginación más fértil sería incapaz de concebir. Los tormentos inauditos, la bestialidad fortalecida por la soledad y el ambiente, el abandono de esos soldados en las inmensidades de los desiertos, para ser pasto de las hormigas devoradoras o de las ratas o de las víboras, entre los martirios de la sed, no tiene equivalente alguno en las literaturas bélicas de Europa. Son expresiones típicas de América. Pero el hombre pacífico que comienza a leer ahora tales relatos, sentirá crispase su corazón en un nudo de angustia, llevará con él algunos días las imágenes terroríficas, y pasado un tiempo olvidará a los soldados, a los escritores que vivieron las escenas y nada se habrá transformado.

Por eso la juventud de América debería divulgar ampliamente estos libros de la guerra del Chaco, hacerlos conocer y meditarlos y comentarlos con abundancia, sin descanso, haciendo brotar de ellos, las lecciones y la condenación implacable que determinan, para preparar de este modo en la paz efectiva, a las generaciones que comienzan a intervenir en la vida política y social de estos pueblos.

Amado Alonso



UNA conferencia sobre Valle-Inclán dió la voz de alarma a quienes, para vergüenza suya, lo ignoraban: Amado Alonso, un artista, en primer lugar, hombre de imaginación y sensibilidad, luego un filólogo de la escuela española, sabio y erudito, llamado a Buenos Aires para servir una misión como la que Bello trajo a Chile, cien años atrás, maestro en la plenitud de la palabra, estaba en Santiago dando clases para el Curso de Verano. Había dicho cosas originales y justas sobre los tiempos de los verbos; había desmontado la máquina gramatical con precisión de relojero; introducía el método psicológico, histórico y sociológico en la interpretación de la lengua! Y seguiría hablando.

Era preciso oírlo.

Pero antes digamos algo de aquella conferencia en homenaje al gran don Ramón. Mitad conferencia, mitad clase, con lo bueno de la una y de la otra, Amado Alonso habla sentado, sin énfasis, con reposante claridad y se ve que posee a fondo su tema. Lo estudia

hace años para dedicarle un libro: ahora analiza el estilo de las Sonatas, bien llamadas así por lo que tienen de música. Nota el ritmo melódico, señala el cadencioso pasar de los nombres y cómo el sonido refuerza el sentido. La prosa sonora y heráldica de Bradomin cobra todo su prestigio y, en seguida, se nos abre como una sucesión de cajas, cada una llena de sorpresas. Amado Alonso ama y comprende la música y por allí van casi siempre sus metáforas. Cuenta un recuerdo que prueba hasta qué punto vibra su instrumental nervioso y cómo el que escucha se identifica con el ritmo. La primera vez que asistió a la ópera, un tenor bastante malo llevaba la voz cantante; los arpeggios le salían muy difíciles de la dura garganta. Al concluir la función declara que él, Amado Alonso, en su silencio atentísimo, había enronquecido. Lo dice para mostrar la correspondencia armónica entre el artista y el que mira, escucha o contempla su obra. El arte es, por esencia, un fenómeno de trasmisión de estados de ánimo, de identificación psíquica. Picando más hondo en el fenómeno valleinclanesco, se pregunta qué era lo que a don Ramón le importaba, qué creía de verdad, qué sentía adentro y sinceramente y, tras haber descartado los sentimientos aparentes: la nobleza, para él simple blasón decorativo; la religión, liturgia majestuosa y ostentosa; el conservantismo político carlista, caja de resonancia para actitudes tradicionales y arcaicas; la moral misma, pretexto de pecados magníficos, ante el vacío que se le presenta amenazador, toda una piedra

sólida: el sentimiento estético, el goce de la belleza por la belleza. ¿Esto es inhumano, hueco? Para muchos, sin duda, porque pocos sienten a tal grado el deleite de la forma; pero no a los ojos de quienes saborean ahí el gusto de la divinidad. Lo de siempre: somos diapasones afinados a cierto compás y sólo entendemos el que tenemos dentro, sólo podemos aprender y recibir lo que ya sabíamos, lo que ya teníamos...

Esa metáfora de los diapasones la dijo Amado Alonso como un poeta podría decir un poema: hizo sentir el alma sonora oculta en el metal e inerte a todos los llamados hasta que, de pronto, oyendo el suyo, descubriendo que algo suyo muy íntimo vibra afuera, sorprendida y captada se pone a cantar, como el pájaro que llama a su pareja.

Bien, dejemos la conferencia; ya formará aquéllo un libro.

También las clases esperamos que organizarán el suyo como un tratado y entonces podremos apreciar las que perdimos sobre el verbo. Nosotros alcanzamos a escucharle tres: los géneros, el pronombre y el diminutivo. Fueron tres fiestas gramaticales. No acostumbran unirse estos vocablos de gramática y fiesta; pero allí se juntaban por virtud del maestro. Un buen maestro es un hombre que realiza prodigios. Supimos que los géneros gramaticales—masculino, femenino, neutro—lejos de haber existido siempre, en todos los idiomas, son puras convenciones de fresca data en algunos y que en otros nada tienen que ver con asimilaciones al sexo. En

latín es posible fijar la fecha en que surgieron las terminaciones genéricas; las palabras padre y madre son anteriores a ese período. Algunas lenguas tienen dos géneros y ninguno es masculino ni femenino: uno designa los dioses, los héroes y los hombres; otro, las mujeres, los niños y las cosas... (Una ola de sonrientes protestas elevan las alumnas, en considerable mayoría, y el profesor las observa con malicia). Otra lengua tiene dieciséis géneros y ninguno es masculino, femenino ni neutro. Los géneros son un intento de clasificación del vocabulario. Algo enteramente convencional. El suelo es masculino. Bien. Pero la tierra es femenina. Y son lo mismo. El sol es masculino en castellano. ¿Quién lo dudaría? ¡El padre Sol! Y la luna femenina. Nada más femenino que la luna, suave, cambiante, pérfida, nocturna. Pues en alemán aquéllo se invierte; a los alemanes les parece naturalísimo decir doña Sol y don Luna y Rainer María Rilke compara al astro del día con una dama entrada en años que, al atardecer contrae nupcias de conveniencia con el viejo océano. El lenguaje, como las matemáticas, reposa sobre convenciones aceptadas que acaban por parecernos realidades primitivas, inmutables.

Por aquí podemos deslizarnos a los fundamentos teóricos de su concepción lingüística.

El profesor Alonso tiene y sostiene una idea del lenguaje.

Repetidamente insinuada durante el curso de sus conferencias, esta idea constituye la espina dorsal y el

nexo interior de su libro «El problema de la Lengua en América», editado por Espasa-Calpe el año 1935, y que consta de cuatro estudios similares: El Problema Argentino de la Lengua, Ruptura y Reanudación de la Tradición Idiomática en América, Preferencias Mentales en el Habla del Gaucho, Hispanoamérica, unidad cultural.

El problema de la lengua en América fué lo que trajo a Amado Alonso a fundar en Buenos Aires un Instituto de Filología. La enorme y repentina ciudad del Plata atraviesa por una crisis peligrosa en este capítulo esencial de la cultura. Ha crecido demasiado, con excesiva rapidez. Un siglo atrás contaba cuarenta y un mil almas; ahora aloja dos millones y medio. Pero esta multitud no ha crecido allí; ha invadido el terreno con la catarata inmigratoria más heterogénea. En el oleaje, la lengua casi está naufragando. No es, precisamente, que se hable mal: es que no se sabe hablar, el que se chapurrea, se titubea, se tartamudea. Y lo peor es que esto se hace sin ninguna vergüenza. ¿Por qué la masa argentina tendría ganas de hablar bien? En los más altos puestos, en las direcciones de oficinas comerciales, bancarias, administrativas, en las gerencias de los grandes negocios, en los salones relucientes, en todos los puntos de mira elevados hay hombres y mujeres magníficos que hablan pésimamente y su mala lengua no les pone obstáculo para nada. Consecuencias: se ha perdido el respeto a la norma. La ley misma; el mandamiento tácito: «hablarás correctamente» no existe. Tanto

no existe que, juntando los despojos de la jerga tanguente, basura de arrabal, se ha pretendido que, con el tiempo, su podría formar un idioma nacional argentino, se ha propiciado con argumentos pseudo-científicos ese crimen. Nada menos que la autoridad de Cuervo, imbuido en los prejuicios del siglo diecinueve, sirvió para apoyar la tesis. El siglo XIX, siglo de naturalistas, lo asimilaba todo a la evolución de las especies darwinianas y creía en el determinismo universal. Como los árboles, como las plantas, como los animales, las lenguas nacen, crecen, maduran, llegan a la vejez decrepita y acaban por morir, para dar nacimiento a otras lenguas. Así le sucedería, fatalmente, al castellano en América. Cada país tendría su idioma, complemento de su independencia. Amado Alonso dice que eso es falso. Y lo dice con toda el alma. El idioma será lo que nosotros queramos que sea, lo que nosotros, seres libres y conscientes, seamos. He ahí la verdad. Si hay determinismo, no lo conocemos ni tenemos por qué reconocerlo o inventarlo. Observemos los hechos. ¿Cómo podría Buenos Aires tener un idioma propio, suyo, autóctono y personal? De una sola manera: renunciando al comercio, cortando teléfonos y radios, paralizando los aviones, convirtiéndose en una pequeña aldea pescadora, desligada del mundo, sin correspondencia con nadie. Así hablaría a lo argentino y ya podemos sospechar lo que sería su idioma. Si Buenos Aires pretende ser una gran ciudad y Argentina una república máxima, no tiene más remedio que extender y universalizar su len-

gua, afirmarse en las mismas ramas del castellano, cultivar la tradición unitaria y huir del particularismo nacionalista asfixiante.

Porque—y aquí llegamos al núcleo de la teoría— el lenguaje, las palabras no son un rótulo superpuesto, no constituyen carteles que se pegan antojadizamente sobre las cosas para nombrarlas y reconocerlas. Esa era la idea del siglo XIX y la creencia del mismo don Andrés Bello, hombre de lógica intelectual; y de ahí manan todos los errores lingüísticos. El lenguaje es mucho más que eso: es el hombre íntegro, mental y sentimental, es el medio de que los pensamientos se organicen y de que los sentimientos adquieran forma y lleguen a la conciencia. Hay un impulso anterior a las atracciones o repulsiones que mueven la voluntad; pero son vagos, indefinidos, simples larvas sin eficacia. Para que cobren vida, no sólo para que se comuniquen a los demás, sino para que ante nosotros mismos se levanten y actúen, necesitan la armazón de la palabra, la corriente eléctrica, vivificadora, del verbo. Podemos decir palabras sin pensamientos; pero no podemos pensar sin palabras. Nunca sabremos hasta que límites llega la influencia del lenguaje sobre el individuo; porque para explicarla necesitamos servirnos de términos que no han sido hechos por nosotros, sino que vienen desde la historia remota a manera de un cauce. Dijimos que el profesor Alonso, era ante todo, hombre de imaginación y sensibilidad. Esta clase de cerebros no se satisface sino con figuras concretas. La imagen del cauce y del río

sintetiza las afirmaciones del teorizante y del lingüista. Dice: «El río labra su cauce; pero el cauce, en seguida, tiraniza al río». Así nos entendemos. Todo el caudal interior que proviene de las desconocidas profundidades sub-conscientes no puede aflorar a la superficie, no puede organizarse ni correr sino por un lecho predispuesto que es el lenguaje. Una lengua es un tratado de filosofía, una ciencia, una religión, una cosmografía y una cosmología, es un concepto de lo universal y de lo particular. Generaciones tras generaciones han formado el inmenso cauce, cada individuo aporta su gota de agua al torrente y procura desviarlo, ensanchándolo a su medida; algunos lo consiguen; pero, inmediatamente, el que viene detrás halla el hueco o la estrechura y tiene que conformarse a ellos. El cauce vuelve a aprisionar al río. Aunque libre —arbitrista— y católico—el profesor Alonso no puede menos de consagrar aquí una de las infinitas limitaciones que encuentra la libertad en su curso sinuoso. No somos libres para hablarles a los demás ni para dirigirnos a nosotros mismos y, tarde o temprano, las rebeldías individuales tienen que plegarse al molde tiránico impuesto de fuera, como las plantas que se pliegan o estiran, adaptándose, para salir al sol.

Citemos el texto;

Página 96: «... hemos dicho antes que los sentimientos y las valoraciones mueren de la conciencia a la conciencia del porteño-masa. Sentimientos y valoraciones son, primero, más que nada, presiones

« por nacer a la forma: no tienen existencia de tales
« hasta que están expresados, lo cual no quiere decir
« comunicados a otros, sino hechos forma, traídos a
« conciencia. Por eso el expresar es siempre un acto de
« creación . . . El símbolo idiomático con que expresa-
« mos ese sentimiento lo fija, lo canaliza, lo cristaliza
« en una forma determinada. Con ello la vivencia pier-
« de su absoluta originalidad, aun para el mismo que
« la vive (el río labra su cauce y luego el cauce tira-
« niza al río); pero en cambio adquiere valor para la
« experiencia personal y para la economía del pensa-
« miento».

Fijemos la atención en este principio; de aquí deri-
van todas las enmiendas que la nueva escuela filológica
pone a la antigua y esta ley establece la actitud que
deben observar los maestros y también los críticos ante
las modalidades, regulares o irregulares, del lenguaje.
De cosa abstracta, lógica, algebraica o geométrica, el
idioma pasa a incorporarse al mundo de los fenómenos
vivientes y complejos. Esto se sabía. Nada hay com-
pletamente nuevo bajo el sol. El año 1651—página
39—Fray Jerónimo de San José, autor de un *Genio*
de la Historia, admite que en cuestiones bíblicas no se
tiene que alterar el lenguaje «pero en lo demás no ai
« por qué atar los ingenios y elocuencia a la grosería
« del hablar antiguo . . . ». Y hasta teoriza bellamente:
« El estilo se muda como lo demás que está sugeto a
« tiempo, el cual haze renacer y envegecer vocablos,
« vistiendo en cada siglo la lengua y propio idioma de

« nuevas voces i frasis, como a los árboles cada año
« de follage nuevo. I a la manera que en los hombres
« la lozanía de la juventud se ríe del desaire de la ve-
« gez, y florece sólo la edad verde, así la de los voca-
« blos antiguos es despreciada de los que nacen y
« se crían a vista de los nuevos». Comparación her-
mosa y justa. Es preciso desarrollarla, extenderla. El
lenguaje constituye una obra de creación incesante en
que todos colaboran según sus fuerzas. ¿Cómo se han
formado los distintos idiomas nacionales? Por distintos
oleajes de modas o de sugerencias colectivas, por impo-
siciones de prestigios. Un hombre más inteligente que
los demás, con mayor fuerza de fantasía, más rico de
dones apreciados, pronuncia un día una palabra en
cierta forma, con tal entonación. Sus allegados lo ad-
miran y procuran imitarlo. Se forma un círculo. Este
círculo tiene prestigio y lleva la innovación a otras es-
feras: lejanos diapasones afinados al mismo són respon-
den y la novedad se afirma, perdura, llega a constituir
una costumbre, se trasmite y logra raíz de tradición.
Los rutinarios la respetan y defienden como precioso
legado de sus mayores; los espíritus rebeldes la comba-
ten y quieren sustituirla por otras. Es la eterna lucha
por la vida y la supervivencia de los más fuertes. Lo
mismo que con la pronunciación pasa con los vocablos.
Un fenómeno social hace nacer palabras desconocidas,
levanta unas, abate otras, añade a aquélla asociaciones
que antes no se le unían. La corte francesa del siglo
XVIII trasladábase durante el verano a una pequeña

región donde las eres adquirirían suavidad de ese. De regreso, toda la noble comparsa traía, como los colores o los perfumes del veraneo, el mismo suave silabear, que iba perdiéndose y acaba por extinguirse. Algunas palabras quedan como restos o señales. *chaise*, silla, decía *chaire*. *Chaire* no se utilizó en adelante sino como cátedra o púlpito, de uso escogido y limitado. La misma nobleza de Versalles pronunciaba «*poil*» y «*roy*» a la española, mientras el pueblo decía «*pual*», «*ruá*». Vino la Revolución. En vez de mirar hacia arriba, la democracia miró hacia abajo. «*Poil*» y «*roy*» fueron proscritos, guillotizados en la plaza pública y nadie, en adelante, pronunció sino «*pual*», «*ruá*», vocablos que acabaron por ascender y ennoblecerse, ni más ni menos que los revolucionarios triunfantes decorados con un título.

Estos simples ejemplos muestran el modesto papel de los diccionarios y el absurdo de las reglas gramaticales demasiado rígidas. El idioma es la historia, es el hombre mismo y no admite moldes absolutos.

Una ilusión lingüística generalizada es la que pretende igualar el lenguaje hablado con el lenguaje escrito y viceversa. Se le dice a un principiante: «Escriba como habla». Error. Son dos mundos, son dos sistemas de convenciones, estrechamente relacionados, pero que no deben ni pueden confundirse. El idioma hablado es la caldera bullente de las preparaciones, el terreno virgen donde todas las yerbas brotan, el gran mineral en bruto. Así es y conviene que así sea. El lenguaje escrito es la

expresión del espíritu, la traducción de las ideas y de las emociones elevadas, la fijación de las imágenes destinadas a permanecer y a servirnos de un modo durable. Entre una y otra esfera hay un intercambio constante. la lengua hablada vigoriza, colorea y nutre a la lengua escrita; la lengua escrita aclara, ennoblece y afirma la lengua hablada. No conviene que se junten; no conviene tampoco que se aparten demasiado hasta constituir reinos independientes. Analizando lo que ocurre en Buenos Aires, donde el vulgo satiriza las expresiones cultas—algunas tan comunes como la palabra «vehemente» por ejemplo—Amado Alonso dice: «Cuando la lengua hablada pretende desentenderse lo más posible de la escrita... se le distienden los resortes que la hacían mantenerse erguida y lista para la expresión de la vida superior del espíritu; y el resultado es que a su vez la lengua literaria que necesita de la oral de toda necesidad, la encuentra poco menos que inservible». Por eso, por el descrédito de la lengua culta, por el horror de la multitud a las formas finas, hay en Buenos Aires mayor número de escritores que escriben mal que en ningún otro país de América y los buenos constituyen minoría selecta, aislada y hasta sitiada por el mal gusto.

Una ligera ojeada a los viejos libros gramaticales o lexicográficos ilustra mucho este fenómeno. La *Culta Latiniparla* de Quevedo, año 1629, tacha de afectadas voces que corren hoy por todos los labios como «plagiario, estupor, estrépito, frustrar, ingrediente, pa-

tíbulo, descrédito». Juan de Valdés reprocha «rostro jocundo», porque sólo los latinistas la entienden. Y Vélez de Guevara, en el tranco X de su *Diablo Cojuelo*, manda borrar los términos «fulgor, libar, numen, purpurear, meta, trámite, afectar, pompa, trémula, amago e idilio» y llama a quienes los usan «traidores de la lengua materna». Seguramente empleaban ellos centenares de palabras, entonces comunes, hoy ininteligibles o totalmente cambiadas de sentido.

Llevada al vulgo, ese mismo espíritu ha empobrecido el lenguaje oral hasta la indigencia: unas cuantas palabras sirven para todo y, como el ánimo no se contenta, la expresión material viene en ayuda y ahí es el alargarse indefinido de las sílabas para sobre-varolizarlas, con esfuerzo de la mente y de la lengua.

* * *

Todos estas cosas y muchas que aquí no cabrían trata Amado Alonso en «El Problema de la Lengua» con una fuerza y claridad de método que hacen un placer de su lectura; porque este maestro no se contenta con decir a los demás que escriban libre y personalmente, dentro de las normas tradicionales y conforme al uso vivo: (Entre paréntesis, podríamos aprovechar la ocasión para defender aquella vieja definición de Gramática, tan combatida, que la hace consistir en «el uso de la gente bien educada») añadiendo la demostración el consejo, emplea un estilo a la par castizo y des-

envuelto, rico y lleno de sabrosas familiaridades, riguroso y hasta técnico, pero sin rastro de pedantería.

Fijando su «posición final» y reduciendo a fórmula el conjunto de sus enseñanzas, con relación a los escritores, toma los dos extremos de la cuestión y los acerca de este modo: «Para el poeta, el problema de la lengua es cuestión de vida o muerte vocacional, pues sólo llega uno a hacer valer su estilo, inscribiendo lo personal en el sistema fijado por la lengua literaria; pero, en castellano como en todo idioma culto, la lengua literaria tiene sus propias normas y su propia tradición, y el escritor que las desconoce se comporta como advenedizo, como gringo en el medio idiomático en que se mueve, y su única posible salvación es desgringarse y no predicar el gringamiento general». He ahí el término medio, el punto de equilibrio que cada cual resuelve según su sensibilidad y su gusto. Mucho acento personal reduce y obscurece, aísla y mata, demasiado apego a las normas, exceso de reverencia por la lección de los antepasados o por el imperativo de la costumbre, diluye el aporte original, lo disuelve en generalidades y lo condena también a muerte, por indiferenciado. En último término, cuestión de tacto, de medida. Los vocablos «gringo», «engringamiento»; «desgringarse» muestran uno de los límites a que Amado Alonso se permite llegar en sus libertades, y cuán lejos se halla así del purismo empobrecedor como de la rigidez lexicográfica.

«Dime qué metáforas usas y te diré quien eres» po-

dría parodiarse el axioma vulgar. Las de Amado Alonso lo presentan, generalmente, como lo que es en primer término, como un profesor; en seguida, denuncian claramente al hombre aficionado a la música, por los paralelos que descubre y entre el arte de la palabra y el de las notas, y luego como el hombre culto de nuestro tiempo para quien la mecánica existe y las máquinas no son desconocidas. Insiste por ahí en aporte personal de cada individuo al tesoro común de la lengua. Es infinito. Cada ser hablante. en cada frase que pronuncia, por poca personalidad que tenga o escasa pasión que gaste, insinúa una modificación posible del vocabulario y aun de la sintaxis. La inmensa mayoría de esas creaciones incesantes mueren acto continuo, pero, a veces, cuando son felices, cuando responden a una verdadera necesidad, cuando constituyen hallazgos de expresión o de construcción, la novedad se fija y «corre eléctricamente por toda la instalación idiomática» (pág. 187). He ahí una buena figura, nerviosa, precisa, que habla.

Esta calidad de estilo brillaba particularmente en las conferencias y, más todavía en las clases de Amado Alonso. Era el vigor unido a la exactitud, la sutileza aliada a la claridad, la ciencia nítida como un instrumento de cirugía y, al mismo tiempo, humana, sensible, imaginativa. Su análisis lógico partía un pelo en cuatro mitades, abstraía la esencia íntima y genérica, el significado recóndito; inmediatamente, de golpe, tornaba a lo plástico, a lo amable y a lo respirable: un

caso lleno de malicia, un ejemplo concreto, una poesía, una anécdota. El estudio no significaba para él sólo deber y trabajo, sino también goce. Y el auditorio participaba de ese goce.

Con el maestro español el humanismo recupera su sentido original y se vuelve esencialmente humano.

Al agradecerle su visita, hagamos porque vuelva.

Lo necesitamos.

El lanzamiento



VEJOR, quizá, que no hubiera bajado. Para quemarse la sangre, Nicanor Salinas tenía bastante con el aserradero. Bajó porque la querencia comenzaba a acosarlo. Era así siempre. El trabajo habría concluído por embrutecerlo si el alma no hubiera dado el alerta en hora oportuna. Obediente a la desazón había descendido desde la alta montaña, donde día a día las sierras tajaban los recios troncos todavía sangrantes, hasta la casa de la vega, donde lo aguardaban su mujer y sus hijos. Hubiera sido mejor, quizá, haberse quedado arriba viviendo con aquellos hombres que parecían disgustados del mundo, tal era la escasa afición que mostraban hacia la vida que bullía en las vegas. Apenas llegado al bajo, los hijueleros vinieron a comunicarle las últimas noticias recogidas en el pueblo; la autoridad competente había ordenado el lanzamiento de diez colonos; la orden se cumpliría sorpresivamente para aniquilar la resistencia de los ocupantes. Nicanor Salinas no meditó largo rato para responderles con entereza.

—Organicen la defensa ahora mismo. Yo subo mañana al aserradero y desde arriba los ayudaré como si estuviera aquí. Mejor que no se acerque fuerza armada por allá. Poner un observador donde conviene para que la gente pueda reunirse a tiempo. Nadie debe soportar el atropello.

Sin duda, habría sido mejor que hubiese permanecido muchos días arriba, separado del mundo, de aquel asqueroso mundo de injusticias, de venalidad y de atropellos. Tal vez los acontecimientos no lo hubieran tocado. En cambio, ahora, enterado de la gravedad de la situación, no podía cruzarse de brazos. Los ocupantes estaban en grave riesgo de ser arrojados al camino y nadie podía desentenderse de esto. Durante diez años habían sido hostilizados por jueces sobornables, vil instrumento de terratenientes y de gestores ambiciosos y ladrones. En tan largo tiempo se habían defendido siempre en cualquier terreno y así habían logrado permanecer en las tierras que ellos ocupaban desde hacía veinte años, cuando aquello era todavía propiedad fiscal. Deslindes adulterados, compraventas falsas, legitimadas en seguida mediante gruesas coimas y bajos halagos, los envolvieron en un infierno de pleitos astutamente planteados y sostenidos el tiempo suficiente para que los antecedentes verídicos e irrefutables pareciesen sospechosos. Los defensores legales de los ocupantes contribuyeron a dilatar los dictámenes judiciales, a causa de sus vacilaciones interesadas. Nicanor Salinas había sido el más perjudicado con los abusos

de la autoridad venal: prueba de ello era su actual situación. Las veinte hectáreas de vega y lomajes cultivables que poseía eran un erial. Junto a la casa, grande y solariega, de generosos corredores con enredaderas, crecía una pequeña huerta, producto del cariño de su mujer a la tierra que era de su propiedad legítima y que repetidas veces había sido arrasada por piquetes de carabineros premunidos de órdenes judiciales falsas. Eran las tierras de Salinas las mejor ubicadas, las más ricas para siembras y, naturalmente, las primeras que sufrieron ante las huestes usurpadoras. Tanto se repitió aquello, que los ocupantes, cansados de los recursos legales que no lograban el triunfo de los legítimos derechos, pensaron en la premiosa conveniencia de unirse para la defensa material de sus tierras amenazadas. Entretanto, Salinas, cierto de que el laboreo de sus tierras bajas traería su ruina, pues año tras año, estaba sufriendo desmanes, decidió dedicarse a la explotación de la montaña virgen que había en la hijuela. Este trabajo era más seguro y no menos remunerador. En esta forma habían transcurrido varios años, sin que el pleito de los ocupantes se hubiera resuelto.

La orden, cuya evidencia acababan de verificar los abogados de los ocupantes, no era más que un truco de la autoridad, corrompida por la coima, la adulación y la intriga, para arrojar a los verdaderos pobladores, de las tierras del bajo Pellahuén, tan deseadas por los latifundistas vecinos.

A media tarde del siguiente día, Salinas hizo ensi-

llar su caballo. Su mujer, alta y morena, de claros ojos pardos, lo observaba con gravedad, mientras él se disponía a salir. La zozobra de otras veces humedecía sus ojos, convencida de que aquella sobresaltada existencia era absurda y debía terminar.

—Vamos a esperar toda la vida que nos echen, y nunca conseguiremos una sentencia definitiva. Lo mejor sería saber de una vez si somos dueños.

—Eso lo sabemos, mujer. Pero, por desgracia, nosotros tenemos que hacernos justicia. Todo lo hecho por los jueces ha sido enredar el pleito para que nadie lo entienda. Hay que defenderse hasta que llegue la sentencia honrada.

—Entretanto, yo no te veré sino cuando puedas bajar. Me dan deseos de irme a vivir arriba con los niños.

—No, mujer, ya pasará esto, algún día habrá tranquilidad. El día que matemos al mismo juez y a sus carabineros, o antes. No puedes irte arriba, porque los chicos deben estar cerca del colegio. Antes del verano habrá de acabar esto. Tenemos nuevo abogado.

—¡Mucho ha hecho el nuevo abogado! ¡Permitir que dicten nueva orden de lanzamiento!

—Nos dice que nos defendamos, porque el juez es un bribón, y espera conseguir que lo cambien.

La mujer se levantó del asiento, junto al comedor, y esperó a su marido. El la abrazó y luego le dijo:

—Apenas sepas que vienen carabineros con orden de lanzamiento, me mandas un mozo con el aviso.

Miraba a su mujer con dolorosa ternura:

—Paciencia, que ya acabará esto.

Su cara tostada, los ojos resueltos bajo el ceño hendido.

Deliberadamente, endilgó su bestia por la orilla de la vega, que al final trepaba graciosamente la montaña. Al recorrerla, su mirada se encendía en retorcidas llamas, signo de encontrados sentimientos. Era suave su camino junto a los retoños ya fieros del futuro matorral. Suave y hermosa era la vega, plena ahora de vida abandonada, cubierta de una linde a la otra por la encrespada, aunque tierna ramazón, que escondía ya los incontables ejemplares de la montaña hacia donde él subiría luego. ¿No era más provechoso dejar que el lingue y el raulí volvieran a adueñarse de las vegas, en lugar de entregarse al azaroso trabajo de barbecharlas? Nadie en verdad estaría seguro en ellas, pues no era fácil encontrar hombres que dictaran la paz definitiva inspirada en la justicia. En aquel rincón la justicia era un derivado de excepcionales circunstancias y ellos no eran lo suficientemente hábiles e influyentes para producirlas. El único recurso factible era la resistencia unida, cualquiera que fuese la manifestación del abuso. Así habían resistido, así lo harían siempre.

El caballo braceó en un chorrillo abundante, bajo unos mimbres juguetones. El amo lo hizo seguir su curso por el lado opuesto, mientras sus ojos, dominados por suprema resolución, medían el abandono en que los hijueleros, unos más, otros menos, mantenían las vegas

hasta donde se perdía la vista. Nadie sembraba a gusto; a lo más dos o tres cuadras; casi siempre eran chacras las que verdeaban en la primavera en lugar de los trigales de otros años seguros. Muchos explotaban la montaña que era rica y abundante en cada hijuela. Esta tarde Salinas experimentaba la presión de la violencia contenida; sintiendo en su cuerpo y en su alma la tentación amorosa de la fecundidad de las vegas. Cada grieta era una protesta y una súplica, semejante a la palabra ahogada en la boca entreabierta. Cada terrón puntuaba un recuerdo de su docilidad ubérrima, de su pasado infatigable. Los matojos surgidos por doquier bajo el fuego pasional de los soles, eran la provocación y el fustazo de la vida eterna y magnífica contra la desidia y la mezquindad del hombre. ¿Hasta cuándo soportarían ellos la zozobra en que vivían? ¿Cuánto iba a durar esta fuga vergonzosa hacia la montaña, mientras la vega les mostraba la angustia de su vitalidad desventurada? Hasta entonces los ocupantes habían resistido prudentemente a fin de advertir al usurpador que existía allí una conciencia de los derechos. A lo sumo, en las escaramuzas, había quedado herido alguno de los emisarios de la autoridad. En opinión de Salinas, debíase a esta actitud discreta la continuidad y persistencia de la zozobra. Todos ansiaban el fin de ese enredo infernal y en ello habían agotado los recursos honrados y pacíficos, sin resultado aceptable. Cada cierto tiempo, cuando menos una vez en el año, asomaban por el camino alto las casacas verdes de algún pi-

quete de carabineros: una notificación a determinado ocupante. Este, generalmente, no estaba. El piquete se alejaba y no se le volvía a ver hasta pasados muchos meses. Así marchaba aquello. En los últimos meses, el piquete armado era más numeroso y se mostraba más insolente. Los ocupantes afrontaron el peligro y más de una vez el piquete volvió al pueblo sin haber podido cumplir su misión y con varios hombres heridos, balas disparadas de algún matorral inaccesible; era una advertencia a la tropa. El bajo Pellahuén comenzaba a defenderse enérgicamente.

Salinas atravesó al galope aquella vega, entre cuyos terrones había dejado el fuerte sudor de su mocedad, y tomó el camino que trepaba hacia los altos montes. Caminaba sometido a la voluntad de la bestia. Los matojos orilleros, las lomas y su baja ramazón, aquí, allá, el silbido de una lloica o la clarinada de un pidén. El verano menguante reseca la tierra; el ramaje tenía tonos cobrizos y cálidos. Un macal tierno tendía apenas sus hojas claras y rugosas. Ni un animal en las lomas próximas o lejanas. «Ni siembra, ni ganado, pensaba Salinas. El que tiene crianza la esconde arriba, si tiene montaña apropiada, si no se cruza de brazos esperando el santo advenimiento de la justicia. ¡Cómo si una maldición humana hubiera caído sobre estos campos! Nadie quiere trabajar de más. Si lo hiciera tendría que defenderse matando. ¿Quién va a querer empeñarse a tan subido precio? Esperar, entonces, hasta la muerte. Los hijos seguirán defendiendo lo que les

dejemos y el infierno seguirá ardiendo para que se quemen también en él nuestros nietos ¡Canallas y bandidos!»

El camino tortuoso, áspero, roedor. El monte crecido venía a sepultarlo. Era monte mozo, ya denso, robusto. Aquello había sido talado en su madurez hacía años y mostraba con elocuencia la riqueza de lo que ahora se explotaba. Dentro de diez años su pulpa noble iría también al aserradero. Salinas saludaba con mirada paternal aquel pórtico de su montaña. Los troncos gigantes que estaban en lo hondo del monte, formaban el único vínculo que, tal vez, lo retenía en aquella tierra. Era aquella riqueza obtenida entre lágrimas de roja savia, lo que fortalecía su voluntad de lucha. Las vegas y las lomas chamuscadas no lo arraigaban, ni lo enorgullecían tanto en su tenacidad, como la promesa atesorada en el soberano espesor de los lingues y en la magnífica arrogancia de los robles; caciques de la montaña.

La bestia y su alegre tranco en la sombra fresca.

El camino se retorció otro poco y luego ganaba la cumbre del monte, igualmente entramado y huraño. En medio de la meseta y al borde mismo de una quebradilla, se destacaba la masa obscura del aserradero, con su ancha techumbre de cinc, rodeado en gran parte por rimeros de tablas rojas o amarillentas y por series de gruesos trozos de lingue, temo y raulí. Salinas abandonó el sendero que de nuevo se tachonaba de sol, y descendió unos metros hacia la derecha, donde se levantaban las casas, construídas con tablas de coigüe, envejecidas por

las lluvias y los años, grises y aplastadas, como si la presencia de los gigantes de la selva las humillase.

Algunos chiquillos travesaban en el terrado de la última casa. Salinas fué hacia allá y preguntó por el palanquero, a la mujer que apareció tras de una cerca de ramas.

—Bajó esta mañana y no ha vuelto, patrón. No hay ningún hombre por aquí.

—Que no se les ocurra quedarse en las vegas.

—Ni pensarlo, patrón. A lo menos, Pancho conoce su deber. Quién sabe si el tumbador nuevo...

Salinas dejó por allí su caballo, lo desensilló y se encaminó hacia el banco silencioso y desierto.

Todo allí era obra suya. El sufrimiento, el orgullo renacido, su voluntad de triunfo, de desquite y, acaso, de venganza; estaban fundidos allí, en el metal bruñido de las sierras, en la ruda macicez del carro, en la reposada presencia del motor, en los nutridos rimeros de tablas que pretendían levantarse a la altura de la selva. Pulpa roja, acero pulimentado por el trabajo de años, olor de faena recia y de vida dispuesta al sacrificio, se presentaban esta tarde a sus sentidos como una creación que, después de germinar en su alma y en sus músculos, adquiriría con el tiempo espíritu y fuerza propios que doblegaban al hombre bajo su imperio, aun en sus menores designios.

Sus pasos fueron hacia los rincones del banco, donde el tiempo y el esfuerzo se arraigaban. Allí había pirámides de madera fina, abrigada contra la intemperie,

dispuesta de muchos años para que pudiera permanecer seca y ser distribuída sin nuevos cuidados. Cerca de estos rimeros que tocaban el techo y ceñían el amplio espacio del galpón, se amontonaban piezas de palancas, perros quebrados, sierras rotas o gastadas, pernos, engranajes, cadenas y herramientas que sucumbieron, sometidos a aquella épica voluntad de conquista. A media cuadra, en sitio accesible, se veía un luminoso cerro de aserrín, elocuente testimonio del trabajo rendido.

Ya obscurecido, salió hacia el sendero y, muy a su pesar, se dió de lleno a hacer el balance de su destino. Toda una vida de brutales esfuerzos, de resistencias, de angustias, de mezquinos provechos, registróse en su conciencia, sin ambages ni medias tintas. Un pasado amargo, denodado, sostenido en la esperanza. ¿Qué quedaba de todo? Este refugio de la montaña, que él defendería. Sus pasos lo llevaban por el camino que acababa de hacer sobre su bestia. La sombra, al penetrar él en aquella densa bóveda vegetal, abrazó su vida con ceñida mortal y sigilosa. Se detuvo frente al corte que hacía la meseta por la izquierda. Era un pique inesperado en la planicie montañosa. Descendían los robles en línea vertiginosa, rabiosamente cogidos al violento muro de la quebrada, que unos metros más allá se alejaba del camino. Salinas buceaba en ella con mirada febril y la sombra se abría delante de sus ojos que la conocían en toda su profundidad y extensión. Una idea magnífica para sus planes había cruzado por su cerebro excitado.

No se acostó hasta no tener la seguridad de que la gente estaba ya en casa. El tumbador fué el último en aparecer, ebrio y canturreando. El contratista Adán Carrillo, un viejo de juvenil macicez, pasó a recibir órdenes para la faena del día siguiente. Palanquero y contratista del aserradero, Carrillo era el hombre de confianza del patrón, no sólo en los trabajos ordinarios del banco, sino en asuntos que se relacionaban con la existencia misma de la explotación. No hacía tres años desde el día que Carrillo lograra, con ayuda de dos tumbadores, sofocar un principio de incendio en el banco, provocado por un maderero nuevo, quien, según las averiguaciones hechas, fué pagado para ello por un vecino del patrón. La venta oportuna de algunos miles de pulgadas de raulí, hecha por Salinas a una firma nortina, había sido la causa de aquella venganza.

La pieza en que se encontraba Salinas servía de despacho. Bajo la luz de petróleo filtrada en un globo de porcelana, una mesa de madera sin pintar cubierta de papeles, algunos archivadores en un rincón, órdenes colgadas en numerosos ganchos sujetos en la pared. Cuando entró Carrillo, el patrón revisaba algunos pedidos. El contenido de aquellas cartas, que significaba varios miles de pesos a corto plazo, afianzaba su decisión de adelantarse al desastre, fulminando toda tentativa de atropello en su contra.

El contratista se mantenía de pie cerca de la puerta y su cara se sombreaba con violencia sobre las cejas

levantadas habitualmente y sobre el cráneo que, aunque canoso, aparecía negro y revuelto.

—¿No hay novedades, Adán?

—La de siempre, patrón. El tumbador nuevo sabe poco de cumplimientos y me alborota a la gente. En el bajo se juega su paga y acompincha a la gente del banco. Valdría más decirle que busque en otra parte.

—Así me parece. Ya hoy me hablaron de él. Mañana se hará eso.

El viejo se volvía para retirarse.

—Quédate un rato y atiende. Mañana o cualquier día tendremos carabineros aquí; me lo avisaron ayer. Hay una orden de lanzamiento contra diez ocupantes, entre ellos yo. Los bandidos de Cañete piden que se desalojen estas tierras hasta que la justicia decida sobre los derechos de cada uno. Como ves, es la porquería de siempre. Mis veinte años de trabajo aquí no sirven de nada, según ellos. Pero nosotros, viejo, sabemos lo que es eso y la gente del banco también lo sabe.

—Nuestra gente está aquí más de cinco años y no nos va a dejar por temor a los carabineros. Es gente sufrida y está contenta con el patrón.

—Bien; háblales mañana y ve si son capaces de ayudarnos.

—¿Qué es lo que hay que hacer?—interrogó en voz baja el contratista, aunque el aspecto taciturno de Salinas le hizo adivinar su grave resolución.

—Acabarlos aquí—declaró rápidamente Salinas.— La orden que traen es el resultado de un soborno, ¿com-

prendes? . . . como siempre. La tropa ha sido gratificada, porque no es fácil que vengan carabineros a Pellahuén. Si no resistimos nos echarán. Tú sabes que esta montaña es mía.

—Lo sé y todos lo saben en Pellahuén.

—Ya entiendes, pues, lo que hay que hacer. El bocasierra y los tumbadores nos bastan.

—Está bien, patrón. Pase buenas noches.

—Buenas noches, Adán.

* * *

La faena se inició como de costumbre. El contratista en un descanso llamó a la gente necesaria y expuso lo convenido con el patrón. Ninguno hizo objeciones. No sólo deseaban ayudar al patrón, sino que comprendían virilmente la situación de Salinas y la justicia de su causa, que ellos defenderían como algo propio. La gente del bajo y alto Pellahuén, pudiente o mísera, ilustrada o palurda, recogía en su conciencia ensombrecida por la penuria del trabajo, en sus cuerpos forjados por los años inclementes o ubérrimos, la voluntad de resistencia contra la usurpación, contra el atropello legalizado. Más aun, después de tantos años de lucha, cada hombre ardía en un anhelo de vindicación definitiva, de liquidación.

La mañana vaciaba su cielo estival en el amplio calvero donde flotaba un polvillo fragante que se posaba en las hojas de los árboles próximos. Las sierras

rugían a ratos sordamente, a ratos silbaban con violencia apagando los otros ruidos de la faena. Los enormes troncos, revisados previamente por el contratista, eran enganchados al carro con seguridad. Las palancas se movían pesadamente y la pieza avanzaba con lentitud hacia el filo vertiginoso que aullaba como un felino delante de su presa. Los troncos eran canteados, unos tras otros, y en seguida rajados. Los carretilleros iban y venían, cargando y arrojando el aserrín en la gran pirámide que brillaba al sol.

Los volteadores aparecían a largos intervalos por el sendero que horadaba el vientre del monte, sudorosos y vocingleros delante o detrás de las yuntas que a ratos rozaban el suelo con sus belfos babeantes, esforzados en el difícil arrastre de los troncos. A veces, en una pendiente, la gravitación amenazaba la vida de las bestias. El tronco gigantesco se deslizaba con fuerza y cogía las traseras de la yunta próxima. Sólo la pronta maniobra del conductor libraba de la muerte a los animales.

El mediodía no señaló en el banco otra novedad que la ausencia de dos hombres. Uno era el tumbador despedido y el otro un carretillero. Este regresó, cuando la gente se iba a almorzar; otro hombre fué enviado en su reemplazo.

—¿Qué hubo, Juan Díaz?—interrogó el contratista, que avanzó a su encuentro en el sendero.

—No hay novedad, don Adán.

La gente almorzó tranquilamente. En cada casita los

aguardaba la mujer con la cazuela o las pancutras humeantes. Cada rancho era un hogar. Había paz, conciencia de la vida; hasta allí no habían alcanzado las triunfales bajezas y vicios del mundo. Salinas había escogido su gente con espíritu e intuición parciales y pudo así forjarse en aquel rincón una comunidad a la vez enérgica y pacífica. Casi todos eran hombres maduros, honrados y sobrios. Hasta tenían sus ahorros. La vida era allí sencilla y buena.

A la media hora de comenzado el trabajo de la tarde, el vigía apostado en la linde del monte apareció corriendo en el aserradero. En todas las caras se marcó una sombra. El vigía se lanzó a la puerta de la oficina.

Al instante apareció Salinas y su vozarrón triunfó un momento sobre el ruido de las sierras. El contratista llamó a los dos tumbadores escogidos y a un bocasierra y entró con ellos en la oficina. Un momento después salieron todos, incluso el vigía, armados de escopetas, a excepción del patrón que llevaba revólver, y sin decir nada a los que se quedaban en la faena, salieron del aserradero y desaparecieron a buen paso en el camino que horadaba la montaña.

Mientras avanzaban aquí, allá, la luz cobriza de la media tarde, menguaba el zumbido de las sierras. Salinas y sus hombres marchaban cambiando escasas palabras, poseídos por el creciente silencio. La selva que los había llamado hacia sí, teniéndolos ahora, los penetraba con su fuerza elemental, su voluntad de vida y muerte, su sigilo, su misterioso instinto, Al enfrentar el ba-

rranco se detuvieron. Salinas observó con detención el bosque circundante y luego distribuyó a su gente en el lado opuesto del camino. Los enormes troncos eran su mejor defensa, así como en el apretado quilanto que los entramaba. Salinas dió algunas órdenes y en seguida se hizo el silencio. Al parecer no había allí más que el bosque hermético y sombrío, fresco y apacible.

El piquete venía lejos, remontaba los matorrales. Un oficial y seis soldados, la carabina terciada, el revólver al cinto; caras tostadas, tozudas, en donde se incrustaba, inamovible, la fuerza obediente. El camino se estiraba delante ellos, les tendía celadas inocentes en cada curva, excitaba sus pensamientos endurecidos. Al entrar en la meseta boscosa sus rostros se ensombrecieron, sensibles y crueles. Conocían el peligro y lo desafiaban. El oficial, adelante, rumiaba aquella amenaza que se descolgaba desde la alta ramazón o que reptaba entre el espeso quilantal. La orden que traía debía cumplirse aquella misma tarde; de lo contrario él era responsable de lo que sucediese. Acarició la funda de su revólver. El caballo golpeó con premura la húmeda hojarasca y pareció correr un flúido helado por todo el piquete. El aserradero estaría trabajando; el teniente sabía que Salinas era hombre de paz. Así y todo, había que esperar cualquier sorpresa de un hombre que va a ser despojado de su tierra. Aunque la orden era cruel, el teniente haría lo posible por cumplirla sin choques, con discreción.

—¡Acabar de una vez con tanto enredo!—resumió el teniente.—De otro modo estaremos lidiando siempre con esta gente mañosa. Si esta tierra no es de los ocupantes, que se vayan de una vez.

Uno de los caballos irguió las orejas y sus ojos brillaron, atentos. Una descarga salió desde el quilanto, siguió una segunda, luego, disparos sueltos: soldados y bestias se revolvían en tierra. Dos o tres segundos y otra descarga completó el efecto de las anteriores. Salinas salió del escondite con su gente y a balazos ultimó a dos soldados que aun respiraban. Lo mismo se hizo con las bestias moribundas.

En seguida, uno a uno, los soldados primero, luego las bestias, fueron desapareciendo en la profunda y oscura quebrada.

La gente de Salinas regresó a la faena.

El bosque y su hondo silencio.

(Del libro *Cuentos bárbaros*, en preparación).

Dr. Juan Marín

Vida y muerte de Paul Gauguin (1848—1903)



AS narraciones de los viajeros y más de una lente fotográfica nos han mostrado alguna vez una tumba sombría y humilde perdida entre el follaje tropical de las Islas Marquesas, en el archipiélago Polinesio. Allí reposan los huesos de uno de aquellos hombres que, en trágica «lucha contra el demonio», según el decir de Stefan Sweig, arrastran por el mundo la tortura infernal de su genio y de su sensibilidad: Paul Gauguin.

Dotado de extraordinarias condiciones artísticas, pudo haber sido el artista a la moda del París decadente y simbolista de fines del siglo pasado, haber reunido fortuna y abierto cátedra para entrar fácil y brillantemente en el templo de los inmortales. Lejos de eso, vivió en permanente conflicto y rebeldía contra los «magister» de las Academias y contra las costumbres de su época, en la soledad olímpica pero amarga de un Nietzsche de la pintura. Había en él una extrema mezcla de razas que dieron la estructuración de base a su genial tempe-

ramento. Gran parte de su infancia transcurrió en el Perú, en cuya capital su familia estaba vinculada a los más altos círculos sociales y políticos. Enamorado del mar y de los viajes, fué primero grumete en los barcos de guerra franceses y después marinero y pilotín de los barcos mercantes que visitan las más remotas regiones del mundo; cuando todavía no era más que un adolescente ya conocía los cinco continentes y había sentido el embrujo de los países lejanos y de las razas exóticas.

En una de sus escalas en Francia, su tierra natal, contrajo matrimonio y se asentó en tierra firme, desempeñando un puesto secundario en una casa de banca. Es sólo en este período de su vida, allá por el año 1871, cuando comienza a trabajar en la pintura, siguiendo, aunque lejanamente, la línea de ese gran maestro que fué Camille Pissarro. Era el tiempo en que Cézanne, Monet, Degas, Bertin, Manet, Renoir, Coillaumint, etc., se iniciaban en los cenáculos montmartrenses. Desde el principio, su técnica y el sentido de su arte se apartaron notablemente de todo lo que hasta entonces se conocía y sus envíos a los salones de aquella época constituyeron lamentables fracasos. Apremiado por penurias económicas, emigró a la Bretaña brumosa y marítima, constituyendo en el pintoresco villorrio de Pont-Aven un núcleo artístico que algunos llamaron la «Academia de Pont-Aven» y en la cual se hizo sentir notablemente su influencia. Pero no era aquello lo que Gauguin buscaba. Su alma enamorada de los colores violentos, de las líneas libres, de las agudas vibraciones

de la luz, de la hiperestesia de los tonos, lo empujaba hacia el trópico. Y así fué como el año 1887, parte hacia la Martinica, en las Antillas, isla que había conocido en uno de sus viajes de marinero mercante. Lo acompañaba el pintor Laval, el cual menos resistente que él cayó al poco tiempo gravemente enfermo, en aquel paraje dantesco en que la fiebre amarilla, la disentería y el vómito negro hacían estragos y en que el termómetro marcaba 20° en la mañana, 40° en el mediodía y 30° en la tarde. Gauguin detuvo con sus manos el suicidio de Laval, pero él mismo se vió obligado a entrar en París a principios del año 1888 enflaquecido, amarillo y enfermo. El hogar de su viejo y leal amigo Schuffenecker le abrió una vez más los brazos, porque Gauguin no tuvo en verdad jamás hogar; su mujer y sus hijos se habían retirado a su patria danesa hacía varios años y nunca más, ni en sus conversaciones, ni en sus escritos hizo mención de ellos. Traía de las Antillas ya bien definida su orientación pictórica y su amor por las razas de color. Vale aquí hacer un pequeño paréntesis para comentar esta afición, morbosa para algunos, que persiguió al pintor durante toda su vida y que en el propio París lo hizo convivir y exhibirse públicamente con una mulata javanesa.

Tal vez desde un ángulo freudiano pudiera hallarse la explicación en un pequeño detalle que encontramos en el libro de Jean de Rotonchamp y que no habíamos hallado ni en el emocionante «Noa-Noa» del propio artista, ni en las «Cartas a Daniel de Monfreid», he-

chas publicar por éste último. Cuenta Rotonchamp, al referirse a la niñez del pintor, que su compañera de juegos en la vieja casona solariega de Lima, fué una negrita de aquellas que era costumbre criar entre las familias de pro, para ocuparlas en servicios domésticos.

Como una «fijación» de su libido infantil (pudiera explicarse esta tendencia, que aparece después «sublimada» en sus pinturas maoríes y en sus desnudos tahitianos.

Por aquel tiempo, después de una breve estancia en Bretaña, parte al Mediodía, invitado por el pintor holandés Vicente Van-Gogh, con el cual tuvo entonces un incidente dramático y misterioso que dió lugar a numerosos comentarios: Van-Gogh después de haber pretendido asesinar a su amigo con una navaja de afeitar, intenta suicidarse, cortándose totalmente una oreja; de allí pasa a un manicomio en el cual dos meses después pone fin a su vida, disparándose un balazo en el vientre.

Gauguin, contemporáneo de Verlaine, de Baudelaire, de Strindberg, amigo de Stephane Mallarmé, de Beraard, de Mirbeau, bebía ajeno como todos y arrastraba una bohemia a ratos brillante y las más de las veces sórdida, por los cafés del París del otro lado del Sena.

Decidido a romper con todo aquello y a encontrarse a sí mismo en la plena comunión con la naturaleza primitiva, decide su primer viaje a Tahití, la isla encantada que cantara Pierre Loti. Allí vive una verdadera

novela narrada por él mismo en una original autobiografía titulada «Noa-Noa» y que apareció algunos años después, profusamente ilustrada con dibujos y croquis del autor y acotaciones líricas del impecable parnasiano Charles Morice. La obra lleva por epígrafe esta sentencia de Mallarmé, que pudiera servir de epígrafe a toda la obra pictórica del artista:

«Il est extraordinaire qu'on puisse mettre tant de mystère dans tan d'éclat».

Allí construye su cabaña, aprende el idioma maorí y vive como un tahitiano, alimentándose frugalmente, pintando con ardor y compartiendo su lecho con jóvenes y hermosas «vahinés», entre las cuales las hay de sangre real algunas.

Es en esa fecha precisamente cuando muere el famoso rey Pomaré V, amigo del pintor y de cuyos funerales pomposos y magníficos ha dejado un impresionante relato entre sus escritos.

Su pintura adquiere durante esta temporada su máximo de vigor, de originalidad y de belleza; sin embargo, sus envíos a Europa son recibidos muy fríamente por la crítica y muy mezquinamente por los compradores.

Apremiado por las deudas, vuelve a París durante una corta temporada, organiza una exposición, liquida su espléndida colección de cuadros de pintores contemporáneos suyos que ya eran célebres, vende todos sus objetos exóticos y se despide de sus escasos amigos para no volver. Ya por aquel tiempo se le consideraba una especie de loco, pues, aparte de sus originalidades pic-

tóricas. vestía de una manera extravagante y llamativa. En sus solicitudes para obtener ayuda de los funcionarios del Ministerio de Colonias para su viaje o la adquisición de algunas de sus telas por las academias oficiales obtuvo siempre rotundos fracasos. Su salud, minada por los trópicos, dejaba también mucho que desear. Se ha dicho y se ha escrito que Gauguin había contraído la lepra en Papeete, hecho que no es exacto, porque la enfermedad que lo atormentó hasta el último minuto de su existencia con implacable crueldad fué una eczema ulcerada de las piernas.

En 1895, Gauguin está de nuevo instalado en Tahití, esta vez en la región de Pounoaouia, en el valle del Pounarouou, paraje precioso al borde de la selva y frente al mar. Se ha comprado un terreno mediante un préstamo de la Caja Agrícola y ha construído por su propia mano su casa y taller. Pero pronto el dinero se acaba y se encuentra carente de todo recurso: «Mi salud es cada vez más deplorable y para reparar mis fuerzas perdidas no cuento ni con un trozo de pan. Vivo con un poco de agna y algunos mangos y guayabas que se dan en este tiempo y de vez en cuando algún pescado, cuando mi «vahiné» logra obtenerlo». El 11 de febrero de 1898 el artista decide poner fin a sus días: «He querido matarme, escribe a su fiel amigo Monfreid; partí a ocultarme en la montaña, en donde mi cadáver habría sido devorado por las hormigas. No tenía revólver, pero tenía arsénico que había obtenido para mi enfermedad. No sé si la dosis ha sido dema-

siado fuerte o bien los vómitos han anulado la acción del veneno, al expulsarlo. No lo sé. Después de una noche de terribles sufrimientos he vuelto a la cabaña. Durante todo un mes, he sido atormentado por horrible presión en las sienes, aturdimientos y náuseas al comer lo más mínimo». Antes de morir había planeado la realización de una tela de un oscuro significado simbólico, en la cual estaba contenida toda su concepción del mundo al través de su experiencia y de los antiguos mitos y leyendas polinesias, en las cuales estaba profundamente versado. Su carácter se había hecho insufrible; el insomnio y los dolores habían creado en él una irritabilidad patológica que le ocasionaba conflictos por doquier. Se traba en lucha abierta con las autoridades de la isla, edita un semanario que escribe e ilustra con su propio puño íntegramente, reta a duelo al Procurador de la isla y, por último, convencido de que ya la civilización ha venido a destruir el encanto de la naturaleza virgen y de las costumbres primitivas de Tahití, parte, en una especie de huída desesperada hacia las Islas Marquesas. Después de breve permanencia en Fatou-Hiva, se instala en Hiva-Hoa (la Dominica), islote maravilloso, poblado todavía por algunos caníbales, pero en donde el pintor a poco de llegar es declarado «tabú» por las tribus y venerado como un dios. Páginas maravillosas ha dejado en el manuscrito de su «Antes y después», respecto a las mujeres gráciles y armoniosas, bajo su cutis dorado y sus brazos y muslos delgados y flexibles. Su arte y su vida ya en

decadencia se hacen esotéricos. La casa misma que construye está llena de inscripciones, de ídolos y de leyendas. Gauguin cultiva también la escultura y la cerámica y en el zócalo de un gran ídolo búdico que decora su jardín, inscribe estos versos de Charles Morice:

«Les Dieux sont morts et Atuana meurt de leur mort.
Le soleil, autrefois qui l'enflammait, l'endort
D'un sommeil triste, avec de brefs réveils de rêve:
L'arbre alors du regret, point dans les yeux de l'Eve
Qui, pensive, sourit en regardant son sein,
Or stérile scellé par les divins desseins».

El doctor Víctor Segalen, cirujano naval de un buque francés, que ha escrito sobre Paul Gauguin emocionadas páginas, lo ha descrito rodeado de estos pálidos indígenas marquesianos de rostros surcado de estrias azules, de cuerpos tatuados y de sacerdotes enmascarados. Gauguin, medio desnudo él mismo, envuelto únicamente en un «paréo» azul, entonaba el himno «tatou» que los comparsas coreaban ritualmente.

Por ese tiempo, el pintor envía el manuscrito de su «Racontars d'un rapin», al «Mercure de France» en donde rehusan publicarlo, estimando inadecuadas para los gustos del público europeo, algunas primitivas leyendas maoríes. Las angustias financieras estrechan su círculo en torno del artista. Inútilmente clama éste ante sus amigos de París, enviando docenas de telas

que no encuentran comprador. Habría bastado el precio que cualquiera de ellas ha tenido después de su muerte para que el artista hubiera vivido varios años libre de preocupaciones. Las deudas que lo hacían pensar en el suicidio y que al final lo llevaron ante los tribunales, no eran mayores en total de mil quinientos francos, lo cual nos parece hoy ridículo. Gauguin ha tomado la defensa de los nativos contra funcionarios coloniales subalternos inmorales y explotadores y trata también de substraerlos en lo posible de la tiranía de los sacerdotes de la misión católica. Por esto todos, excepto los indígenas, están en contra suya. Se le hace un proseso y se le ordena comparecer ante los tribunales de Papeete. La muerte lo salvó de esta última humillación: una tarde el indio que llegaba, de tarde en tarde, a la cabaña a prestarle alguna ayuda, lo encontró tendido en su lecho miserable, en ademán de querer incorporarse. La existencia del pintor maldito había terminado y comenzaba la glorificación del genio. El mismo sacerdote que fuera su peor enemigo, llegaba pocas horas después y se posesionaba de su cuerpo para hacerle funerales religiosos y sepultarlo en el cementerio católico. Los indígenas lloraban levantando los brazos al cielo: «¡Gauguin ha muerto! ¡Nuestro salvador ha muerto! ¿Quién nos defenderá ahora?».

Fué un revolucionario de la pintura, cuyo temperamento no cabía dentro de los moldes académicos. Conocedor de su propio valor y sabiendo perfectamente cuál era su meta, tuvo el heroísmo de sufrir un «cal-

vario», como él mismo lo dijo. Sus únicos instantes de paz fueron los que consagró al trabajo y ocasiones hubo en que le faltaron los materiales pictóricos más indispensables. Sacrificó su vida en la realización de su sueño y unió su suerte a la de los dioses y las costumbres de la raza «papou», cuyo fin él veía venir:

«Le Dieux sont morts et Atuana meurt de leur mort».

Sin ser escritor, dejó su poemático «Noa-Noa», (que significa «Fragante») y numerosos manuscritos en que define su estética y su concepto de la pintura. Amó lealmente aquellas tierras que le dieron hospitalidad en sus últimos años y la leyenda de los indios marquesinos venera hasta ahora la memoria del «Ko-ké» (Gauguin en tahitiano) el hombre loco que se pasaba las horas copiando los cuerpos de sus mujeres y los árboles y los mares de sus islas, en grandes telas.

El hombre que vivió y murió, a solas consigo mismo, orgulloso y enfermo, como un Dios encarnado en un Demonio.

Instrumentos de la expresión aymará

1.—Con los pinquillos se levanta el Altiplano; madruga en su música y el frío sacude la escarcha de las notas en las que hay soledad y distancia, pero también una alegría tranquila y robusta. Los pinquillos rigen los primeros oficios del día; conducen el ganado al pastoreo; le prestan ligereza a las manos sabias que ordeñan las ubres en la amanecida; se acomodan a la marcha de los arrieros que descienden a las ciudades.

2.—Luego con el tamboril y el bombo, el pinquillo le ciñe el huayño a las caderas jocundas y duras de las hembras del Antiplano; pone lúbricas llamas de alcohol en los ojos del indio, que baila con un ritmo interior, hondo, en el que se ha desterrado toda la superficie, pero en el que más que nunca se mueve la vida, el instinto, con primitiva seguridad.

3.—El tamboril resuena en los profundos ancestros del hombre de la pampa. El tamboril es el reclamo de la especie y es también voz de guerra; en el peine de

paja con que el indio polariza su sonido se descubre el lenguaje más antiguo del Altiplano.

4.—*Zampoñas* y *tarkas* son músicas de domingo en fiesta, con ponchos y polleras de colores, sol y aguardiente, incienso y mixtura de procesión católica. Baila el Altiplano y giran sus aldeas como las cinturas de las imillas en flor. Clamorea la multitud aymará; áspero como el fuego corre el alcohol en sus gargantas. Un viento de otra edad, un viento venido de atrás, circula en torno a sus cabezas.

5.—La *quena* es la voz nocturna del Altiplano. Obscura, melancólica, turbia, desgarradora a veces, siempre lejana. En su sonido se asila la soledad del llano, con toda su angustia de espacio y eternidad. No la esclavitud del indio, sino su mordedura; no su lamento, sino la cal agria de su resentimiento. En la *quena* está presente el hombre, como el Antiplano, solo. No es blandura, no es queja, no es renuncia, sino angustia fuerte, desgarramiento, evasión, odio.

6.—En los cañutos de la *zampona* el indio está amarrado a la colectividad, al agro, a la sangre de su sangre y de la tierra. La *zampona* es la expresión del *ayllu*, de la comunidad y su voz es el coro multitudinario de la tragedia aymará. Silba como el viento en la paja brava; silba y se arrastra, musita. Pero no amoroso, sino lleno de hirsuta fuerza es su acento; como el viento en los pajonales.

7.—Sobre la piel dormida de la pampa resuena la llamada del *pututu*. Los hombres de la pampa la

sienten bajar sobre el llano, correr con paso cauteloso por entre los matorrales, detenerse en medio de la noche, brillar a ratos con reflejos de acero de la muerte, escalar los tapiales y hacer huir con alas despavoridas a las bestias de la pampa. El hombre de la pampa la oye con los sentidos todos desvelados y guarda su bola de coca si es indio, o se apresta a la fuga o a la resistencia si es cholo o caballero. Larga y lúgubre resuena afuera la llamada de pututu y áspera como la cuerda del ahorcado.

Magda Portal

Revisión del deporte

EL DEPORTE EN LA HISTORIA: GRECIA, ROMA, LA EDAD MEDIA

Deporte, igual recreación, pasatiempo, placer, diversión. En inglés, sport. Cada época ha tenido su manera especial de divertirse. Y ha creado su juego público, que es lo que más exactamente debería significar la palabra deporte o sport, juego, diversión, pasatiempo en público, al aire libre. Grecia crea los famosísimos Juegos Olímpicos, elevándolos a la categoría de institución nacional, y llevados hasta la pasión de hacer exclamar a una madre espartana que más le interesaba el resultado de los juegos que la suerte de sus hijos, que luchaban en la guerra. El interés público por los Juegos Olímpicos era tal que llegada la época de las Olimpiadas, se suspendía toda actuación para llevar ésta a efecto, en cuyo lucimiento se ponía más dedicación que en el triunfo militar de los ejércitos.

Juegos maravillosos los Olímpicos—su propio nombre demuestra su excelencia, al llamarles Juegos de dioses—daban ocasión a que se luciera en forma impe-

cable, la belleza estatuaria de los jugadores, su destreza para arrojar el disco o la jabalina, o tender el arco, o su agilidad asombrosa para cubrir las distancias. Era el culto a la belleza física, era el paganismo en toda su magnificencia. Goce estético y goce físico, una doble euforia iluminada a los públicos y a los jugadores. Sobre el altar de la naturaleza, Grecia oficiaba a la salud y a la belleza humana, como los más preciados dones concedidos por los dioses.

Pero el deporte griego tenía culto de rito sagrado. A su espectáculo se concurría como a los templos a escuchar los oráculos. Sólo que el paganismo como religión era alegre, optimista, lleno de contagiante entusiasmo. Entusiasmarse es endiosarse, interpreta Unamuno, es estar disfrutando de una facultad divina.

Los grandes campos de deporte, bosques y alamedas no eran lugares de comercio, ni de bastardo mercantilismo. Se amaba el deporte, porque era el dispensador más alto de la salud y de las bellas formas, mas no como un medio de ganarse la vida. No existía el profesionalismo, ni los empresarios de circo.

Roma inicia la decadencia del deporte de la antigüedad. Ya el hombre no compite con el hombre en justas de destreza, de agilidad o fuerza física, sino que la competencia incluye la muerte, cosa completamente antiestética y lejana del ideal griego. Ya no es la salud, sino la fuerza bruta en toda su energía. Los gladiadores romanos, para demostrar su fiereza y su fuerza muscular, luchan cuerpo a cuerpo, pero armados con

pesadas armas, hasta que uno de los dos combatientes queda sobre la arena teñida en sangre. El espectáculo del circo romano es lo menos bello que puede imaginar una sensibilidad helénica. Los espectadores aúllan en el delirio de su entusiasmo, las matronas aplauden y premian al vencedor o se desmayan. La turba enronquece con sus gritos, a medida que la lucha se torna más enconada y feroz. El deporte se individualiza, se atomiza; ya la masa no participa activamente, sino como simple espectadora.

También se realizan los combates, teniendo como adversarios a las fieras. Son los condenados a muerte, a quienes se brinda esta oportunidad de salvarse, dominando al hambriento y enfurecido tigre o león de la selva. Dominándolo o sirviéndole de pasto sobre las arenas cálidas.

El deporte romano es la degeneración del deporte griego. Simboliza su ambiente y la descomposición de una sociedad, basada en la imposición de la fuerza. El Imperio cesáreo necesita exteriorizar su audaz concepción del poder, destruyendo sangrientamente a los que delinquen, o divirtiendo sangrientamente a su pueblo, para que no olvide el rojo de la sangre, ni el espectáculo de la muerte. Sangre y muerte simbolizan a la Roma anticristiana.

El circo, creación romana, donde una turba grosera se refocila con el dolor ajeno, incapaz de sentir el goce estético, refleja asimismo el encanallamiento del deporte

por su mercantilismo. El espectáculo se paga. Existe ya el empresario, el especulador del juego público.

La Edad Media, sombría y trágica, cultura del dolor y de las sombras, recoge el espectáculo romano del circo y de la lucha a muerte. La época de la Caballería, las Cruzadas y las Guerras Santas envuelve en su prestigio caballeresco este entretenimiento público de las justas. Caballeros de noble sangre, lavan ofensas o disputan en «noble lid» el amor de una dama, desafiándose en singular combate. Se traban asimismo luchas feroces, donde no se sabe qué admirar más, si la destreza de los combatientes o los recargados arreos con que cubren su persona y sus cabalgaduras: lanzas, tizonas, yelmos, petos, penachos, escudos, armaduras de hierro obstaculizan el libre desarrollo de la lucha y convierten el deporte noble en un complicado ejercicio. No sólo luchan los directamente interesados en la pugna, sino también el séquito de sus servidores, tornándose así el espectáculo en una gran batalla campal. Muertos o mal heridos son el saldo de este singular espectáculo, en que el público de las galerías disfruta como en el circo, apostando por el caballero del escudo cual, o de las armas tales. La dama disputada premia al vencedor, concediéndole, junto con su mano, el premio a su valor y a su destreza.

EL TOREO

De Roma viene asimismo la fiesta de los toros. España obtó las «corridas,» substituyendo a la fiera selvática, armada de dientes y de garras por el toro astado, ágil, noble en sus movimientos, y posible de permitir hermosos juegos de destreza, sin un excesivo peligro. El toro suele embestir con los ojos cerrados. El circo español se diferencia así del circo romano. Y, poco a poco, olvida las justas medievales entre caballeros para entregarse totalmente a su deporte favorito, las corridas de toros. Se crea un nuevo arte: el del toreo. Se escoge un tipo de traje especial, el de luces, y un adorno personal, el moño, aparte de todos los demás accesorios toreriles. Se usa la noble capa antigua, como un rezago de las costumbres medievales supervivientes en España por tan largas épocas. Músicas, paseo de cuadrillas, sol y alegría dan cierta prestancia bárbara, atrayente, al espectáculo, que ahonda con calor de pasión en las masas sensuales e incultas. Es la fiesta española por excelencia.

Pero el toreo no marca un grado de evolución como espectáculo. Siempre el hombre contra la fiera, muchas veces la arena teñida en sangre y el acezido de una turba sedienta, que se embriaga con el color y el olor de la sangre y que anhela llegar al paroxismo de la emoción a costa del sacrificio de la bestia o del hombre.

El toreo es la degeneración del deporte por lo que tiene de culto el valor personal y por su individua-

lismo. No participa el público del espectáculo más que en la tensión nerviosa, mientras se realizan las suertes. El torero solo, frente a la fiera, divierte al público, le hace sentir todas las fases de la emoción primitiva: miedo, ansiedad, inquietud, desafío violento. Por eso ruge, aplaude, silba, lanza interjecciones, se animaliza sin arriesgar nada, sin demostrar salud, sin elevar un himno a la naturaleza. Antes bien, con manifiesta impotencia física, detrás de sus cuartos de sombra o en los altos tendidos. Los públicos de toros son los menos cultos. La vista de la sangre parece que despierta dormidos ancestros antropológicos en las multitudes gregarias, contagiantes y por un momento—la duración del espectáculo—salen a flote sin máscaras, en toda su franca brutalidad.

Cuando España realiza la conquista de América, todavía vive ella su prolongado Medioevo. Junto con sus costumbres, su fanatismo intolerante, su desprecio por la belleza física, imbuído en sus terrores católicos, la conquista nos trae la fiesta de los toros. Trae también a los toros. Y es así como prende en la tierra americana junto con la vacada que se salvajiza y se hace indígena, el gusto por el deporte bárbaro. Hasta hoy los pueblos americanos más españolizados, son los únicos que conservan la fiesta española. México y el Perú, Colombia y alguno otro más en menor escala. Los pueblos que han recibido el aporte de otras razas europeas o sajonas, latinas, han desterrado para siempre y hace mucho tiempo este deporte. Todo lo que de colo-

nialismo resta en América puede subrayarlo el toreo. Allí revive el viejo españolismo de la capa y la espada, ramplón, pretencioso, fatuo y falso, El torero es el caballero español, viejo hidalgo de capa y espada que desafía el peligro inútil y lo burla con un juego de muleta, bajo un sol deslumbrante que cae a plomo sobre los brillos oropelescos del traje de luces y sobre ese ridículo moño suspendido en la coronilla. No falta nada para hacer galante y medieval el espectáculo: damas de mantón y de peineta ante quienes el torero brinda su primer enemigo, óbolos graciosos, sombreros y abanicos arrojados al ruedo. Todo esto en medio de la algarrabía ensordecedora de las músicas, los gritos de los vendedores, las interjecciones de los hombres y los chillidos de las mujeres. Y los empresarios mercaderes cotizantes del espectáculo, según los kilates del valor del torero. El espectáculo llega a su cúspide, cuando el torero no realiza faenas de valor y el público, embrutecido hasta el delirio, le exige que se arrime a la fiera. Y no es raro escuchar después de una corrida la opinión de los aficionados: si hubo sangre, muertos o heridos, amén del despanzurramiento de media docena de caballos indefensos ante la fiera enardecida, entonces la corrida estuvo buena. Si no, estuvo sosa, sin vida, sin entusiasmo.

Es la agonía de la barbarie medieval que se alimenta aún de violencia y de sangre.

DEPORTE MODERNO: BOX Y FOOT-BALL

Pero la civilización capitalista había de traernos otra modalidad, símbolo de su fuerza. Y por consecuencia, otro deporte, otro espectáculo público: el box. Las luchas greco-romanas, más romanas que griegas del cuerpo a cuerpo, se convierten en el boxeo en un deporte nacional y luego internacional. Los puños, la fortaleza física, la técnica del clinch y de la trompada, priman en este nuevo deporte tan yanqui, tan fiel reflejo de la época maquinista y materialista que vivimos. El foot-ball y los demás juegos de pelota y diversiones elegantes para élites—ya no públicos—constituyen asimismo fases del deporte contemporáneo que deleita a las grandes masas, y sirve de solaz en los días de descanso que deja libres la agotante esclavitud del trabajo.

Se ha dicho por ahí que los Estados Unidos de Norte América supercivilizados—pero no supercultos—reviven la tendencia griega del culto a la salud física y a la belleza humana. Sin embargo, el deporte actual, tal como se le practica, no permitirá jamás la realización de este ideal, puesto que el espectáculo boxístico es lo menos estético que puede darse y el foot-ball en el grado de pasión a que ha llegado, acusa ya una gigantasia, fatal para su equilibrio. El box es un espectáculo feo, grosero, grotesco. Jamás los boxeadores son hombres de cuerpos esculturales, ni de formas estatuarias. Desproporcionados, lo único que puede

asombrar es su agilidad de simios para huir a los golpes del contrario. Musculosos, de grandes puños, son todo lo contrario a la armonía de la belleza física en el hombre. La técnica misma es algo desastrozo e inconcebible que pueda servir de solaz o diversión a espíritus medianamente sensibles a la belleza. Es lo más lejano del ideal helénico y del placer de mirar.

El boxeo tiene por objeto simplemente demostrar al gran público cuál de los hombres que luchan sobre la lona—ya no sobre la arena romana—es más fuerte o tiene más maña para dormir a su contrario. Agilidad, ciertamente, para no quedar k. o. Ni enemistad como en el Medioevo, ni desafío a la fuerza ciega de un ser irracional, como el toreo. Los dos boxeadores han sido previamente entrenados y muchas veces están previamente de acuerdo para dejarse noquear, si así conviene a los empresarios. Espectáculo desprovisto de belleza, pero también de generosidad. Espectáculo individualista hasta el exceso. Su mercantilismo lo hace más indigno. Apuestas, boletaje, preferencias. También el público se analiza, también ruge y estalla en gritos de entusiasmo histérico, cuando triunfa o pierde su ídolo. También la sangre nubla sus ojos. La lona cuadrada de cuerdas es el nuevo templo, donde la civilización de nuestro tiempo rinde culto a la fuerza bruta y ciega de dos hombres incultos.

El foot-ball tiene más, mucho más de deporte griego. Más colectivo, da ocasión a demostrar cualidades físicas apreciables entre los jugadores. No es tampoco

lucha entre hombres, ni entre el hombre y la fiera. Es realmente un juego, aunque muchas veces se traben combates apasionados. El «field» es el vasto escenario, donde mozos ágiles y sanos compiten por conquistar la meta. Tiene un simbolismo hermoso y es un deporte de juventud, saturado de noble entusiasmo. Sólo los jóvenes pueden ser foot-ballistas, porque se requiere el máximo de elasticidad muscular. La natación, las carreras, los saltos, los resucitados Juegos Olímpicos europeos son, en efecto, éstos sí, una vuelta a la salud y a la belleza físicas helenas, únicas en que puede encontrarse la verdadera alegría de vivir.

Pero también el deporte noble tiene sus peros. El comercialismo por un lado, el profesionalismo, la gigantasia, los records por el otro. Todo en esta época de imperialismos, tiende a lo desproporcionado. Parece que huímos desesperadamente de lo justo, de lo equilibrado, de lo armonioso. La competencia es un acicate tremendo, el estímulo máximo. La gigantasia bastardea el deporte. Las jiras internacionales no llevan el generoso fin de trabar justas de agilidad sonriente, probando cual pueblo tiene una juventud más ágil, más airoso, cuál sobresale en estas cualidades y cuál en aquellas otras. Se realizan por rivalizar, por competir. Por arrebatarse el título del campeonato tal, más digno que quedar en las manos de éstos o los otros jugadores. Muchas veces los torneos internacionales, o de pueblo a pueblo, terminan en una abierta batalla, con incentivos furibundos para los países y pueblos respectivos. Y el juego se

convierte en lucha odiosa. Los empresarios, especuladores y demás son el otro lado funesto del deporte moderno. Hecho un negocio, el deporte descende. El profesionalismo quita su ídolo al deporte mismo y lo sujeta a las conveniencias especulativas de los promotores. Ya hay todo un engranaje deportivo: prensa, ligas, instituciones, empresarios, mercaderes. Pronto habrá bancos y bolsas.

EL DEPORTE Y LA CULTURA

El deporte no es sólo diversión, recreación, pasatiempo o placer como dice el diccionario. Como lo entendieron los griegos, era algo más: era salud y belleza física. Por eso los gimnasios, los ejercicios físicos, cultivados siempre por los pueblos más cultos. El deporte es eso: culto a la salud y a la belleza. Pero agigantado es todo lo contrario, es atrofia o hipertrofia de unos órganos por otros. El excesivo crecimiento de los músculos puede y lo logra, atrofiar, por ejemplo, el cerebro. La mayoría absoluta de los deportistas, especialmente los boxeadores, son hombres de muy reducida cultura, que jamás leen, que no saben nada de arte, ni de música, ni de literatura, ni de política, ni de filosofía. Ninguno de los grandes ejercicios intelectuales que desarrollan la personalidad y son base de la cultura. Son meros deportistas, sin otra perspectiva. Y en cierto modo, el gran público espectador participa de este exclusivismo. Como el espectáculo deportivo es tan frecuen-

te—semana a semana—apenas si alcanza el tiempo para ocuparse de otra cosa que de leer las crónicas del deporte en todo el mundo, luego de la agotante labor de fábricas, talleres, oficinas. El deportista por su lado debe entrenarse toda la semana para estar listo el día domingo; no puede leer porque le gasta, no puede asistir a otra clase de distracciones porque puede influir en sus nervios. Es un esclavo de su afición o de su profesión.

La gigantasia del deporte conspira contra la cultura. El deportista y los deportistas son apasionados vehementes de su afición y olvidan que existen otras manifestaciones de la inteligencia humana, dignas de tomarse en cuenta. La fuerza física parece como que estuviera en contradicción con la energía mental y con la lucidez intelectual.

Pero el deporte es un gran estimulante físico y el mejor mantenedor de la salud del cuerpo. Sólo que necesita imperiosamente ser equilibrado, dosificado. Su exceso implica la atrofia intelectual. Y su mercantilismo es su bastardeamiento.

RETORNO A LA ARMONIA

Toda época ha de ser superada. No se puede retroceder, ni tratar de imitar el pasado. Acordes con el tiempo, hemos de someternos a sus cambios y a su perenne movimiento dialéctico.

Si la historia es lección y experiencia, ella debe ser-

virnos como punto de partida para transformar, superándola su realidad vivida.

El deporte es una expresión vital. No es mero juego, no es simple diversión. Es necesidad psico-física, ya que encierra goce y sensación. El hombre tiene múltiples necesidades. No se puede ser esto o lo otro. No se debe ser. La universalidad de la cultura señala este derrotero. Si en lo mecánico, el funcionalismo racionalizante exige la perfección técnica, en las cosas del espíritu prima el libre albedrío, el impulso personal.

Si el ambiente limita y condiciona, la voluntad del hombre talla y modela una nueva forma.

Puede decirse que el deporte actual ha llegado a la cúspide de sus posibilidades como exigencia física. Ha llegado a la atrofia. Su decadencia es el mercantilismo, la gigantasia, el profesionalismo. Tiene que surgir una nueva forma deportística que salve el juego al aire libre de sus taras. Y le devuelva su exacta finalidad: propender al desarrollo físico, normal, armonioso, a la salud física, a la belleza y servir de estímulo al cerebro para los ejercicios de la inteligencia.

Ser deportista significa saber perder, conservar el buen humor, reconociendo la superioridad del contrario. El deporte actual ha olvidado esta premisa. Porque ya no es juego, ahora es profesión. En lo que antes había generosidad y desprendimiento, ahora hay interés mercantil.

La evolución del deporte señalará nuevas pautas. Entregándolo de lleno a la juventud idealista, volverá a

ser noble culto a la naturaleza, goce estético, canto a la armonía del cuerpo y de la mente. Liberado de bajos intereses para elevarlo al grado de rito pagano, con toda su euforia y su glorioso entusiasmo.

Y armonía, equilibrio, tendencia a la perfectibilidad, es la mejor manera de comprender la armonía de la naturaleza.

Veinte años

IBA con ellos, visibles, descollantes, firmes como dientes de negro, firmes y brillantes, como risas de negro, jugueteando sobre los pechos de la tierra.

En ellos, grávidos, toda riqueza:
trigos de Rusia y Kansas, de Argentina y Canadá,
salitre de Antofagasta y elote de México;
en ellos arco iris y relámpagos.

Iba con atléticos impulsos confesados,
directamente a todo, flecha a su punto,
sol a su ocaso, sexo a sexo,
despreciando frases sin sentido y mareas.

Y sin embargo, colmenas y caricias
en bucles, en labios, en palabras o intento,
precedían la realización de mi cuerpo.
La realización suprema de ser uno,
sin complicaciones de mente ni de sociedad.

Le precedían como pájaros
cansados del vuelo, hambrientos y mojados,
pájaros que hubieran hecho la guerra en el aire
y volvieran ahora con olor de tragedia y hospitales.

Se asomaban a mis ojos las mujeres,
relojes implacables, luciérnagas monótonas,
y se caían muertas en los pisos de acero,
se caían sus senos en pedazos de nieve,
se caían sus labios, hojas sobre las piedras.

Los niños echaban sus abecedarios en las cúpulas,
las madres cantaban sin angustia mis versos.

Apretados, saltaban en la tierra caliente,
toros de lidia, cimarrones, gatos de monte,
en pos de un ala, de un rastro, de un alarido,
en pos o adelante de, mas nunca ahí mismo.

Los frailes tiraban hacia el cielo sus rosarios
y cabalgaban en las notas largas de las campanas,
fállicos signos eran niños ojerosos en las estancias,
en los muslos temblaban pavorosas inquietudes,
palomas ahogadas en aceite de vicios.

Un cuervo afilaba su garra en mis cabellos,
desafiando a la abeja viva de mis labios
y al canario adormecido en la hoja.

Y ahí, bajo la montaña y al lado de los ríos,
cantaba la lengua tersa de mi ensueño,
delgada, plata bruñida, en todo amanecer
lívido o rojo, en el estrato de mis veinte años.

José Martí, artista



El hombre artista.—En el camino hacia José Martí se alzarán siempre un gran obstáculo, su unidad. Desde todos los ángulos, se le ve el corazón a este hombre. La claridad que nos descubre su presencia es la misma que nos entregara su intimidad. No hay acto suyo sin la marca amorosa. Por esto, el artista no es en él hombre distinto del político, del meditador, del apóstol. El arte no puede ser para Martí sino ejercicio de humanidad. Su prosa y su verso son los cauces de una energía bienhechora. Su pensamiento es siempre un intento de exaltar «lo mejor del hombre». Su obra de artista se integra de vaciar en una forma leal un aliento transido de irreductible, de fatal sinceridad.

No ambicionó Martí el oficio de escritor. Si por mí fuera, dijo una vez, no haría más carrera que la de hombre. Y Martí—nadie lo duda ya—es el primer escritor hispánico del Continente. Prueba plenísima de que el estilo es también cosa de adentro y de que la grandeza permanente viene en el artista de desnudar su

fuerza. El gran poder recóndito que anda en Martí trae a flote al mostrarse, el color de su brío. Las cosas quedan teñidas de ese color, sumisas a la virtud moldeadora, transformadas en su sentido. Otros escritores como don Juan Montalvo tienen garra poderosa en América, pero entre la garra y las cosas se levanta aisladora la palabra con su genealogía venerable y su perfidia eufónica. Martí, caso de excepción, se sabe hondamente su palabra española, pero nunca la deja de la brida. O la traduce con fidelidad plena su latido íntimo de hombre o queda ahogada en la matriz.

Pero, ni los hombres del tamaño de este libertador sin ira viven sólo de sus jugos nutricios. Precisan del contacto con la circunstantia para traducirse en ella. El escritor de oficio se hace los contactos con lo externo, se amarra a los rumbos del estilo para no desorientarse en sí mismo, para no quedar solo, temblando frente a su impotencia. Lo de afuera le tiñe el modo—y la moda—de la obra. En los hombres escritores como José Martí la paternidad del libro no es distinta de la del hijo, la fuerza creadora se viste para encarnar, para ser en la conciencia de todos. El hijo trae en los ojos la claridad que justifica su cuerpo. La palabra, la luz del engendro. No importa si algunos quedan deslumbrados del brillo inusitado de la palabra martiana. Los más descubrirán bajo ella la carne caliente, el músculo elástico, contraído, cargado de posibilidades soberanas.

Lo romántico.—En la pugna inacabable entre el don artístico que pide caminos y la apetencia de vol-

carse en los hombres decide Martí, fiel a su destino romántico, por el servicio de los hombres. Este romanticismo esencial de su conducta, de su vida, da el rumbo definitivo de su obra literaria. Pero no dice esto que se encuentren en Martí las notas que encuadran—aprisionándolo— a los escritores de la escuela de Víctor Hugo y de Vigny. Martí no puede jurar fidelidad a una bandera literaria, entregada, desde que tiene conciencia de sí, a una fidelidad más alta. Pero la fisonomía ingénita de su mensaje, como la postura incambiabile de su espíritu, muestra las líneas matrices de lo romántico, esas líneas que traspasan—y redimen—la limitación que es siempre un proselitismo escolar. No están en Martí ni la pasión sin caminos ni el lamento desolado, ni la desesperanzada angustia, ni la irrefragable extranjería, ni la personalidad desorbitada. Pero están presentes en su verso y en su prosa la profunda afirmación vital, la fe en el mejoramiento del hombre, el culto a la naturaleza y a su poder redentor, la exaltación caballeresca de lo femenino y el amor fervoroso de la libertad. A tal punto son entrañables estas direcciones románticas de su obra y de su acción que el momento que América vive, cuando él llega, más parece proyección de su mente que realidad que lo pervade y modifica. En lo fundamental Martí coincide con su tiempo americano. Como su tiempo, fía en cegar las llagas abisales del mundo por la liberación progresiva del espíritu. Predica un evangelio en que el dolor es la vida purgativa y la ruta de salvación. Quiere inquietar en cada hombre una gran sed de cla-

ridad moral. Y organiza y desencadena un movimiento político alimentado por las esperanzas demoliberales que encendió Juan Jacobo. El instante que sufre su tierra, desangrada por el hierro español, agrava en él la postura romántica: al ideario impulsor se suma el gesto consonante. Es el profeta de un mañana en que los hombres conjugarán su decoro y su interés sin menguas excluyentes. Es el héroe a caballo que acerca ese mañana. Escribe como profeta y como héroe, sin saberlo nunca. Su pluma batalla del alba a la noche como espada de aladid romántico, por cortar alguna cadena opresora. La esclavitud de los hombres es la gran pena del mundo—exclama.—Y a romper esa pena, en combate abierto marcha su palabra. Fué como ha dicho Ventura García Calderón, el último santo de la libertad.

Hombre de calientes entusiasmos y de curiosidad insaciable, se entra por su pie en todas las interrogaciones centrales de su día y enseña sin cendales las tempestades violentas y armoniosas de su pecho. Todo queda expresado con igual temblor ascendente y con el mismo deseo de ser sincero y útil. No lo guían los libros ni los hechos, sino su sed de usarlos como experiencia a superar. No se busque en Martí el pensador de trayectoria estricta amarrado a un sistema prestado u original, ni al poeta preocupado de realizar insuperablemente un credo estético. El apasionamiento candoroso—los apasionados son los primogénitos del mundo, decía—lo vuelve carne del criterio que sustenta y sol-

dado y mártir de la justicia que defiende. Imantado por una meta lejana, se detiene brevemente, contradictorio, en cada peripecia de humanidad y de belleza. Parece en ocasiones que pierde el camino penetrado por el reclamo de los bordes fragantes. Es, visto en el detalle intrascendente, contradictorio en su unidad, como la naturaleza. Y como la naturaleza, no deja morir el ansia de realización vital en que confluyen sus contradicciones.

Lo clásico.—Hijo de su momento, pero con la impaciencia punzadora de superarlo y el don genial de vislumbrar el tiempo futuro, desconcierta que la obra de José Martí esté tan cargada de las esencias clásicas de España. Las huellas de los más grandes artistas del Siglo de Oro español están patentes en su poema y en su ensayo. Santa Teresa, Góngora y Gracián enseñan en cada línea su llama retorcida. Y Quevedo, «que ahondó tanto en lo que venía que los que hoy vivimos con su lengua hablamos». ¿Cómo revolucionario tan cabal, hombre tan en futuro, se alimenta de formas superadas?

Fué Martí estudioso infatigable y frecuentador febril de todas las culturas. A los viejos maestros de Castilla ofrendó largas horas de íntimo trato. No más, de seguro, que las que vertió en clásicos franceses, ingleses y alemanes. Pero, hijo de dos españoles, Martí es un espíritu raigalmente hispánico. En Shakespeare, en Dante, en Montaigne, devociones nunca negadas, se abre su emoción de artista. En los españoles místicos y batalladores, se estremece su raíz batalladora y mística.

La identidad subterránea, hecha de fieros encontronazos, de peleas en que se cambia sangre de las mutuas heridas, cuaja en el modo de expresión. Tiene Martí el amor militante como Santa Teresa y sufre el impulso gracianesco de sacarse lo profundo en palabras breves. Cuando va a decir su deseo de morir incendiado en su fe le sale el sabor teresiano. Cuando quiere mostrar apresuradamente, en las urgencias de la lucha, los cuatro costados relucientes de su verdad política, las razones se estorban de llenura como en Baltasar Gracián. Cuando intenta la sentencia grave y aguda, a un tiempo se le ve el trasunto quevediano. Martí aprendió en *Las Moradas*, en *El Héroe* y en la *Política* la pasión española que llevaba dentro y aprendió también, para siempre, el modo español de darle cuerpo y camino—gravidez y ala.—Si como Rubén Darío se hubiera detenido Martí en hacerse un instrumento, una marca artística exclusiva y distinta, hubiera lucido menos su obra las gracias arcaicas de lo español. Ya sabemos que no pudo demorar su tiempo presuroso en tareas adjetivas. Obsedido en su amor por el hombre—se le empequeñece cuando se le ve sólo en su redención cubana—vistió su anhelo el ropaje que encontró más familiar y cercano.

Lo nuevo.—Pero quede bien delimitado el españolismo cordial e idiomático de Martí. Es española su alma enfebrecida, es español el olor a sangre, a hueso y a carne de su misticismo, no la proyección desembarazada de su apetencia ni el acogimiento entusias-

mado de la inquietud nueva. La palabra recoge el brío racial, no las duras limitaciones de ese brío. Cuando lo español es, como en Bartolomé de las Casas, combate arcargélico contra todo y contra todos, queda Martí inmerso plenamente en lo español. Cuando España es el mando injusto, la tradición anquilosadora y la represión inhumana, Martí batalla contra España con el ardor que de ella le viene.

Martí, apenas hay que decirlo, no sería gran artista ni escritor grande si no diera a su pensamiento un sello propio, inconfundible—martiano—y si no animara de sentidos inéditos su palabra española. Así como su idealismo democrático está enriquecido de preocupación económica y su fe estoica va añadida de trascendentalismo y su exaltación cálida del héroe («... pero hay hombres que no se cansan cuando su pueblo se cansa...»), no le estorba la adivinación del destino director de la masa productora, así como Martí trasciende su propia postura—al punto de hacer provisional y vacilante toda filiación filosófica de su pensamiento—así, sin perder el eco hispánico que estaba en él, construyó al paso un idioma de entonación personalísima que anuncia en sus mejores aciertos la forma literaria americana que se integra a su muerte y hasta las audacias que quieren triunfar ahora.

Martí es tenido generalmente, con el cubano Julián del Casal, el mexicano Gutiérrez Nájera y el colombiano José Asunción Silva, como precursor del modernismo, la corriente literaria hispanoamericana que cul-

minó y alumbró en Rubén Darío. Esta atribución no substanciada cumplidamente, ha de entenderse con mucha reserva y en un sentido muy parcial. Casal, Gutiérrez y Silva son atormentados, incomprendidos, casos eminentes de «maladie du siècle». La vida es carga insoportable para sus hombros afiladamente aristocráticos. Los tres hacen del oficio poético una religión exclusiva, captadora y maldita. El ruido doloroso del mundo discurre lejos de sus torres solitarias. La mujer no es para ellos fuente de vida sino vaso de aguas traidoras. La muerte es final de la ignominia de vivir. Martí ahoga sus penas hondas en el desasosiego gozoso de su empeño apostólico; el poeta es para él un sacerdote de verdades activas; la mujer, culto blanco y emocionado, la muerte—digámoslo con su palabra—júbilo, reanudación y tarea nueva. El tránsito terreno es para Casal, Silva y Gutiérrez Nájera castigo sin tamaño. Para José Martí, camino de perfección, sacrificio duro y amable y oportunidad de grandeza.

Aun con esta oposición fundamental, se advierte el parentesco entre la obra literaria de Martí y lo mejor del Modernismo. Regino Boti ha consumido desvelos en señalar la similitud indudable entre poemas de Martí y de Darío. Pero no es nunca, anótese, una semejanza de proselitismo consabido, sino una coincidencia de fuerzas empujadas por los mismos impulsos y enardecidas por obstáculos idénticos. Una cultura de radio universal y en buena parte francesa ofrece a Darío y a Martí

posibilidad de amplio movimiento y de orquestación nueva de sus sonos hispánicos. La riqueza de temas, mirajes e inquietudes que esa cultura franquea asombra si se recuerda a los predecesores y contemporáneos. Una elegancia cosmopolita ennoblece los viejos giros, un vuelo desconocido los acentos tradicionales. En Darío la nueva potencia se echa en brazos de una sensualidad de costados armoniosos; en Martí se lanza en los lazos de una ternura de padre ansioso y de amante arrojado. El comentario periodístico a que los empujó la pobreza, cobra en ambos una vitalidad y un alcance inusitados: el gran periodismo de hoy, ese de muchas pupilas y ancha base informativa, está ya en ellos. La crítica literaria gana en ambos imperios vírgenes. La interpretación de la obra juzgada luce en Darío una agudeza no advertida hasta él que desconcierta, si se mira la distancia de formación y de ambiente que lo aleja de sus insignes criticados. En Martí una comprensión profunda, carnal, unísona, que desconoce el Madrid de entonces. Goya, Walt Withman y Wilde dejan en las manos del libertador cubano la entrada magistral que ahora le están descubriendo los perspicaces.

La renovación de médula y técnica del Modernismo está en Martí en lo que no es nuevo preciosismo, narcisismo sensual, gracia decadente y francesismo literal. Y la negación de lo romántico huero, el ansia universalista, la gracia de París, el recuerdo de Grecia y la captación libre y directa del ritmo cercano—buenas

notas modernistas—están realizados en Martí por el modo personal inesperado. Ya Gabriela Mistral con su ojo caliente y adivinador, advirtió que en la prosa de Martí el tono es lo dominante, lo inconfundible, lo impar. Cierto. El estilo—en lo que tiene de tradición de futuro—queda aprisionado en los registros de la voz magna. El tono de Martí es, en efecto, su verdadera y fuerte originalidad de artista. Está dicho con esto que si Martí alcanza alto nivel cuando se mueve entre ideas y hasta cuando se deja embriagar—en pocas ocasiones—por una gala retórica o por un virtuosismo gentil, nunca su altura es tanta, como cuando se hunde en la sangrante intimidad del hombre. De ahí que puedan mostrarse como lo mejor de su mano sus cartas, sus discursos y sus ensayos biográficos. En sus cartas la virtud artística y la maestría de su cultura tienen una presencia invisible, asistidora, mientras su alma heroica y tierna se vuelca, con gesto inigualado, en el interlocutor lejano. En la oratoria de Martí no hay reclamo artificioso, sino dación plena a una tarea que llama al labio el sonido de sus riquezas acumuladas y realengas. Cuando anota los momentos cruciales de un héroe ido, dice, con la fuerza de lo connatural, su propia vida ejemplar. «Se pintó sin querer, que es como las pinturas de sí propio salen buenas». Con párrafos tomados de sus mejores biografías podría constituirse la biografía mejor de Martí, esa biografía de las peripecias de su espíritu, sin fechas ni presunciones, que está esperando un realizador.

El tono de la prosa martiense—que es en esencia ansia de comunicación eficaz—llega a su mayor ímpetu y a su más clara definición en su discurso político. Parece cosa desatentada esta afirmación. ¿Cómo escritor de tantos recursos naturales y adquiridos, gustador tan hecho a los vinos exclusivos, apura sus potencias frente a una multitud ferviente, pero indocta? Es que tiene Martí en la tribuna, al alcance de su voz, la tierra ávida en que quiere sembrar su verdad. Esta presencia enardecedora, esta obra convirtiéndose en hecho, le hinchan la vena creadora. No puede, porque no está en su mano, rebajar la calidad egregia en el decir, ni nutrir menos el concepto grave. Sabe que el auditorio no cala hasta lo hondo su palabra difícil, pero intuye también que el tono salva el discurso y decide la comunicación cordial. Las excelencias de su prosa quedan como cuajadas de intento en su período tribunicio. El dinamismo que le sube de la entraña encendida da una marcha sobresaltada y ágil que roba pesantez al párrafo circunstanciado y largo. La imagen impensada y vívida no es un modo deliberado de iluminar el concepto, sino encaje natural de una soberana capacidad expresiva. La sintaxis muestra una arbitrariedad hecha, no de audacia rencorosa ni de ánimo de asustar al gramático cauteloso, sino del ímpetu alegre de la lengua que conoce sus senderos y los bordes sin perderlos de vista. El verbo es atrevido y mañero, augusto y candoroso, familiar y austero. El adjetivo, de justeza asombradora revitaliza y da ala nueva al nombre transitado. Las

sentencias se encadenan apresuradas, con apariencia desorientada, pero todas empujan por su lado el final grandioso. La prosa martiana es un raro espectáculo, un imprevisto caso de energía espiritual y una obra artística de temperatura, brillo y poder sorprendentes.

El poeta.—Las direcciones espirituales señaladas en Martí consignan ya su calidad lírica. Lírica es, en el sentido más alto, su prosa mejor. Y de lirismo más acendrado que su copiosa producción poética. Lo que no rebaja el valor grande de su poema. No falta en el verso de Martí, su fuerte aliento, su maestría verbal, su sensibilidad fina y honda. En momentos afortunados el poema resiste con victoria el contraste con lo mejor logrado en matriz americana, pero su desbordada ansiedad, su caudalosa facundia, su curiosidad de todas las rutas y su rebeldía del molde artificioso, hacen de su período unidad más cuajada y valor más permanentemente que su verso.

Como la prosa, el verso es para Martí vehículo de su amor civil. Los versos, dijo, no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útiles al mundo. Y su pasión de patria y humanidad, su condenación de los déspotas y los cobardes, encienden la estrofa. El amor de mujer, romántico y limpio, le dicta rimas galantes, dechados a veces de sutil discreto. El amor de padre le llena un libro iluminado y trémulo que no encuentra par en nuestra lengua. La herida de la ingratitud, de la envidia, de la desconfianza—obligadas compañeras de su vida reden-

tora—sangra en unos poemas reconcentrados y difíciles, cruzados de desfiladeros palpitanes y coronados de alturas estéticas. Tanto como en su prosa y a veces en el detalle revelador y en la angustia íntima se le dibuja en los versos la trayectoria vital. Hombre sin recodos inconfesables deja en el poema la réplica de un lamento viril que es como el rescoldo de sus llamas de acción y un lloro que debe correr vías recónditas para que no se le humedezca la voz de mando.

En la obra lírica de Martí, se anotan con más nitidez que en sus ensayos y discursos la obediencia española, la huella de su época y la anticipación genial. En los *Versos Libres* el énfasis del endecasílabo, la gravedad de los asuntos y la sentenciosa austeridad lo retienen cerca de la oda tradicional. Herrera y Quintana están presentes. Presentes y asombrados de la abundancia y la erguidez que no conocieron y un poco adormecidos de la embriaguez declamatoria que no esperaban. En *Ismaelillo* la emoción tiene un cariñoso dejo criollo y el poema una adorable virginidad recién nacida. El hijo detiene junto a la cuna; en un día de luz, al padre trajinado e impaciente y le arranca un canto niño veteado de fuerte hombría enternecida. Es en los *Versos Sencillos* donde la virtud lírica adquiere el más firme vuelo, donde la manera personal rasga las corrientes formadoras, donde Martí gana más títulos de precursor del verso nuevo. La forma directa, limpia, traspasa aquí por su desnuda originalidad, los peligros de la trivialidad y el prosaísmo. El verso no

tiene más relieve que su propia esencia animadora; por ello, el modo impensado, arbitrario, parece natural y claro. El acento popular regala su movilidad y su gracia a la redondilla rápida. En el arranque de un poema queda un paisaje, en su final inesperado un miraje interno. El enfoque preciso, concretísimo, no mata el matiz delicado ni la insinuación de lo lejano. Los versos de una misma estrofa se dan la espalda en ademán españolísimo, como en Lope, y se adelantan robándose el terreno en una inquietud cinegráfica que anuncia en mucho el desdibujo de hoy. Las transiciones bruscas y cortantes en el tuétano mismo del asunto abren resquicios por donde se toca en su fina complejidad el alma del poeta. Jamás el octosílabo ha entregado a su amador riqueza más cierta que en estos *Versos Sencillos*. En ellos aprende y cristaliza un aliento lírico, digno del hombre que lo poseyó.

La voz americana.—Martí es amor de América y dolor de América. Tiene la luz cegadora de su trópico criollo, pero también la grandeza de la montaña, de la selva y del río del sur. Cuba es su deber político, pero su desvelo de padre salta de Río Bravo a la Patagonia. Ama a los indios «como a lirios rotos». A los negros, «por su bondad nativa». Quiere empujar con la entraña el instante de ebullición primeriza que viven sus tierras. Una virtud en el argentino, en el boliviano, en el caraqueño, le llena de fiesta. Muestra a Europa, con profunda ingenuidad, el triunfo del criollo. Pero quiere a su América triunfo del hombre. Del hombre de Europa, de Asia,

de Africa. Si la gran unidad futura—preocupación central en Martí como en todos los batalladores sin ambición—ha de venir por un superior entendimiento de los amadores del hombre, y en ese concierto han de estar las voces que no callan más la voz del Libertador de Cuba ha de dar su fuerza—su tono—al gran día que quiso. Para lograrlo en lo venidero vistió su voz de arte soberano. Por el artista será mañana, triunfará mañana, el hombre José Martí.

Sixto C. Martelli

Meditaciones de Año Nuevo

(IGNORANCIAS)

«No tiempen el instrumento por sólo el gusto de hablar y acostúmbrense a cantar en cosas de fundamento».

MARTÍN FIERRO.



HEMOS convenido en que un año es el lapso que la tierra emplea para dar la vuelta al sol. Pero a la vida del alma, a la vida del espíritu, que es la verdadera vida, ¿importa esa rotación y muerte del almanaque?

Para la vida del alma no cuenta el año astronómico. Ella tiene su enero a veces en el diciembre del almanaque y su Pascua de Resurrección en la viva mitad del Miércoles de Ceniza.

¿Por qué ha de comenzarse entonces en un obligatorio, novísimo año oficial, la libertad o la angostura de una nueva vida para el alma; de una óptima vida para el espíritu?

El tiempo histórico del espíritu no tiene días iguales... Y felizmente, la edad del alma humana no se mide por cada circunvalación de nuestro planeta, sino por la vuelta entera que da sobre sí misma en cada etapa de ascensión.

2.—Espera de ti y esperarás bien.

Mientras un hombre confíe solamente en la voluntad del prójimo y no espere nada de sí propio, de ese infinito motriz, propulsor, creador auténtico, es y será siempre un vencido, un mendigo de los demás, un muñeco que se mueve con dinámica prestada.

3.—El hombre no ha nacido para la enjuta cárcel del monólogo.

El diálogo salva las comunicaciones de la inteligencia cordial.

El monólogo es romántico; el diálogo es clásico.

El monólogo está viciado de dos morbos: del narcisismo de la soberbia o del de la enajenación...

4.—La vida no te ha sido dada como puro acto gratuito.

5.—Aquéllos que permanecen en el tan aspirado *término medio*, viven de los préstamos de los extremos.

6.—¿Cuándo aprenderán los hombres a respetar el débil pulso del Derecho sin el puño cerrado de la fuerza?

7.—No dejes nunca que el polvo te desfigure.

Tal vez nos arrojó, peregrinos, sobre la cara indiferente del mundo para ver quién lleva, quién sale con él con menos polvo y basura.

8.—Propongámonos el programa de estas oposiciones:

Inteligencia contra intelectualismo.

Sentimiento contra sentimentalismo.

Sensibilidad contra sensiblería.

9.—Cuídate de no ser nada más que el ama de cría de tu imaginación.

10.—A fuerza de convertir en oro cuanto tocaban, febriles de ambición y adiposas de ocio, las manos de Midas, acabó por hallarse en peligro de perecer de hambre...

11.—Desconfía de aquél que pone, incongruente y enfático, por sobre todos los bienes «el de la Humanidad» y posterga, sacrifica o reduce la vigencia del bien individual.

La «felicidad del hombre» no es un mito de la sociología, ni una vieja divagación envaguecida de las religiones: es una robusta, advertida necesidad que nace con el hombre, perfectamente mensurable en una sociedad mezquina o bien organizada.

12.—El «delirio de autoridad» es todavía peor que la avaricia de grandezas.

13.—La vida no tiene piedad para las actitudes mendigas.

14.—Nos hacemos morales realizando moralidad.

El talento moral—el menos desarrollado en el hombre—debe asegurar una enérgica administración y vigilancia del ser, tanto como estimular una especie de «espontaneidad consciente» de la conducta recta.

La «voluntad del bien» y el ejercicio moral activos están próximos a un grado de la santidad.

15.—Ciertas dádivas son una restitución mezquina del miedo.

16.—«No estarás mucho tiempo sin herida»...—afirma Kempis, fatal.

—¡Sí! ¡Sin parto de obras, sin roce de alas, sin dolor de pensamiento, sin heridas de luz!

17.—Procura no ser una enciclopedia; aspira a ser un manantial.

18.—Para vivir, para saber, para expresar, el sacrificio impone la lícita norma radical de sus ritos.

19.—Presérvate de una cultura puramente ornamental, que en sus ínfulas estimativas de valores se crea independiente y sin obligadas conexiones con la naturaleza.

20.—Tener siempre orgullo—más interior que externo—por un dolor que padecemos y jamás mostrar humildad y vencimiento por un dolor que nos acongoje, eso es ser fuerte.

Pero ser piadosos con los dolores ajenos que demanden comprensión y consuelo y acogerlos en nuestra cordial mutualidad de hermanos, eso es la virtud de ser alma.

21.—Ojalá te inspiren parejas lástimas el que cree, sin dudar jamás, como el que duda sin haber creído alguna vez.

22.—El peor enemigo del pensamiento es ese que te sirve, «lector, prosa llana» (que paladeas y regustas con fruición), «prosa estanque», prosa de obligación engendrada en los subsuelos de la necesidad y el interés.

Por huir de la tensión mental, de la policroma fiebre de comprender, saltas, resignado o feliz, del pensamiento que te exige, pero te liberta, a la calle, que te encandila, te exalta y te diluye.

23.—Que tu verticalidad no sea mera apariencia... De la necesidad de alcanzar lejanías le nació al hombre la voluntad de levantarse sobre dos pies.

24.—Defiéndete de una soledad y un silencio demasiado prolongados. Ambos llevan a la egolatría y aíslan. Rechaza el halago de esas sirenas antisociales: de sus toxinas el espíritu no salva fácilmente.

25.—Escoger, preferir, implica riesgos de vida o muerte. Pero quizá ningún acto humano tenga más rango, más categoría y definición de destino en el orden de la inteligencia.

26.—Desgraciados aquéllos que están presos del sentido común. Antes pasará un pobre de solemnidad—indigente de pensamiento propio—por el ojo de una aguja que un rico de sentido común—fosa de vulgaridad—por las puertas del reino del pensamiento.

27.—La verdad de cada uno es sólo un aspecto de la verdad.

28.—Una alma no llega a saturar a otra sino hasta el justo límite en que la menos activa (o entusiasta) deja de serlo.

29.—«Prospera», sí, pero que tu prosperidad no sea cínica.

30.—Lo primero que deben vencer los argentinos, para afianzar su posición civil beligerante, es vencer el ahogo de las distancias heredadas. No se puede vivir del solo crédito de la extensión... Mientras no salvemos el narcisismo de esa parálisis, viviremos un destino sumergido.

31.—No alimentes demasiado a la lombriz solitaria de tu «vida interior». Te harías intratable con la «vida externa». La salubridad perfecta del espíritu se apoya en el equilibrio y colaboración de ambas supersticiones.

32.—No sabemos si los doctos, si los legisladores han tenido tiempo de ocuparse alguna vez de la propiedad y del derecho inalienable del *pensamiento privado*, aplicados como deben andar a pleitos más fructuosos y en esclarecer derechos menos sutiles. Pero aunque sólo sea por ociosidad, pidamos respeto, pidamos sanciones por los atropellos contra el pensamiento privado.

33.—La vanidad hace al hombre tan optimista que cuando no se cree el hijo legítimo de Dios, se considera el animal más inteligente.

34.—Frente a la cautela miedosa de vivir, que acampa en la piel de vaca de la filosofía criolla del «¡No te metás!», exaltemos esa otra oposición atropelladora, sobrecargada de trabajo viril, también nuestra, del «¡No te achiqués!».

35.—El viaje más penoso, difícil pero pagado en sorpresas, es el que realiza el hombre al corazón del hombre.

36.—¿Conocer es despertarse?

El hombre, desde que tiene residencia en la tierra, se alimenta de aire. Dicho de otro modo: no hace otra cosa, mientras vive que cambiar de «globos» o alquilarlos...

37.—El arte, la religión y la filosofía han sido siempre el auxilio de la naturaleza—que se expresa—a una sociedad que está creciendo. La historia de las tres, su vejez y la experiencia de ésta, su economía.

38.—Sólo comprende el hombre lo que está en sí mismo de algún modo.

39.—Defiende tu sinceridad de la fusilería de las frases hechas.

40.—No esquivas de fe, sino fe casi fanática necesita el anémico vivir contemporáneo.

Una fe tibia es ya una media muerte sin regocijos. Y no hay vida fuerte, vida plena, vida próspera sin generadores de pasión que la esclavicen.

41.—Todo es colaboración: aun la de vientos contrarios.

42.—¿Quién ha dicho que el hombre no fué hecho para servir?

Nace a la espera de su servicio y muere en él—y de él—para proseguirlo. Nadie se evade del mandamiento de servir, de frente o de espaldas a Dios. A la sombra o a la luz de esa voluntad suprema van las criaturas gozando del primer nombre de la muerte, que es vida, o del segundo de éste, que es muerte.

43.—¡Artista: prohíbete el desaliento! Se galvanice tu boca de vergüenza antes que confesarlo.

44.—El principal verdugo del hombre veraz es la rutina, con su corte de lugares comunes, de pereza y de cobardías.

45.—La vanidad es una debilidad: el orgullo, una fuerza. Conviene, sin embargo, estar a distancia prudente de ambos mareos.

46.—Una civilización que ha hecho de la sastrería desde una improvisada creadora de riqueza hasta una lenta generadora de dignidades, es porque tiene ya recorrido un cruento camino que comienza en un pie cúbico, inaugurado bajo aureolas casi místicas y termina en un ademán cínico bajo el austero apostolado social de unas solapas de seda...

47.—Aprende a dar tu espalda entusiasta a la razón; esa vieja ancla estéril está demorando la alegría angélica y el embeleso—revancha—de la imaginación triunfante.

48.—Hoy el hombre, islote de soledad entre ríos de prisa, ha de dar la cara y el pecho a lo que llegue: azar confuso o acción dirigida.

Leal a sí mismo, insobornable, quemará sin inventario las naves del sueño, si es preciso, pero salvará la independencia integral de su espíritu.

49.—No nos envanezcamos de que nuestra ciudad llegue a ser un «panteón de poderíos», desde la dinámica de las frases a las catedrales capitalistas y totémicas de los «rascacielos».

50.—No pidas una humanidad perfecta. Desea sólo una humanidad mejor...

Luis Alberto Sánchez

La literatura del Perú republicano

(Continuación)

VII

ORATORIA Y PERIODISMO: EL «SOLITARIO DE SAYÁN»

El ciclo político estaba abierto: lógicamente, *oratoria* y *periodismo* primaban sobre toda otra forma literaria. Se advertía una curiosa primacía de doctrinas extrañas—ya denunciadas en la «Manifestación histórica y política»—, especialmente, francesas y saxoamericanas. Montesquieu y Rousseau ejercían su tutela en lo social y programático; la Constitución de los Estados Unidos, en la arquitectura del gobierno; Helvecio, en la filosofía y el derecho; la *Enciclopedia*, en la ciencia; Quintana en la poesía, y en la prosa, Juan Jacobo y, a ratos, Moratín... El estilo estaba imbuído del *pathos* de la época. Gusto de la *confesión* y necesidad de la *declamación* ¿no es ésta acaso una de las antítesis fundamentales del romanticismo? Forma ampulosa y enmarañada, pero emoción primaria y lisa: las gentes empezaban a considerar el corazón como una plaza pública de ecuménico acceso, en donde pasiones y sentimientos iban y venían como transeúntes. Por eso mismo, todo se trocó en grito y literatura.

La fórmula simplista de tal tiempo se reduce a pocas palabras: *al principio, la política absorbió a la literatura; pero, luego, la literatura, en un lindo retruque, coloreó y moldeó a la política: en suma, se inicia entonces, sin lugar a dudas, la «era literaria de la política peruana».* Ello implica romanticismo pleno. De donde resulta que la literatura—verbo, letra—reasume su papel preponderante de maestro de ceremonias. Examinar, pues, las obras políticas de esos días es contribuir directa e inmediatamente a la historia netamente literaria. Se traban más íntimas relaciones con el Sur: Argentina y Chile. La influencia del Norte—Gran Colombia—es posterior a 1823.

En las «Memorias» del Mariscal peruano-argentino Toribio de Luzuriaga (nacido en Huaras), en las del argentino-peruano Rudecindo Alvarado, aparece, claramente reflejado ese ambiente. Un peruano, V. Pazos Silva, que residió largos años en la Argentina, combatió por este país desde las columnas de «El Censor» y «La Crónica Argentina», en la cual fué compañero de Mariano Moreno. Pazos usaba el seudónimo de Víctor Pazos Kanki, desde 1816, en que abrió campaña contra Belgrano: con tal mote publicó en Londres, 1834, sus «Memorias histórico-políticas».

Rojas, o. c., tomo 5.º, pág. 170 y 185.

Las ideas de Moreno y Monteagudo, filtros de Rousseau y Wáshington, determinaron el rumbo del ambiente intelectual. Bernardo de Monteagudo, argentino, hijo de padres españoles, fué el boletínero del ejército de San Martín y, luego, su teorizante, hasta que le suprimió el puñal de la conjura.

En 1820 y 1821 redactó «El Censor de la Revolución» y «El Diario de la campaña del Pacífico». Más tarde, escribió «Mártir o libre»; pero su obra fundamental es la política en la acción. En «Vida y escritos de Monteagudo» (2 vols. Buenos Aires, 1880) se insertaron los más significados pensamientos con

los que el inquieto y erótico prócer contribuyó a enriquecer el ambiente intelectual peruano.

Rojas, o. c., 5.º, pág. 51.

Monteagudo, coincidiendo con San Martín en su afición a la libertad moderada, monarquista antes que republicano, por temperamento, más que por convicción, contribuyó a dar la ley de imprenta en 1822, en la que las taxativas eran más que las garantías. Y se explicaba, dado el libertinaje producido por la ruptura de la mordaza española. Entre las penas a los infractores de la ley aparecía la de enterrar cadáveres en el camposanto. Su actitud represora aceleró la caída de Monteagudo, en julio de 1822, apenas San Martín hubo se dirigido a Guayaquil, con el objeto de conferenciar con Bolívar. Fuera una intriga colombiana o no, lo cierto es que Monteagudo no era un héroe popular.

Véase «Lima justificada...», Lima, 1822.

Fué en tales circunstancias, cuando apareció la célebre publicación periódica titulada «La Abeja Republicana», en donde se revelaría el primer teórico del Derecho Peruano y un polemista formidable: don José Faustino Sánchez Carrión, aquél que, bajo la égida de Rodríguez de Mendoza, ejerciera la cátedra de Digesto Viejo en el Convictorio de San Carlos, y a quién desterró después el virrey Pezuela.

Sánchez Carrión había sido colegial en San Carlos. Nacido en Huamachuco, sobresalió por su inquietud y talentos, habiéndole perseguido la Inquisición como lector de obras prohibidas. «La Abeja Republicana»—que aparecía los jueves y domingos—publicó su prospecto en diminuto formato, ostentando como lema los versos de Quintana:

Antes la muerte
que consentir jamás ningún tirano.

La tiranía era posible aun bajo la sedicente independencia. Por eso, los redactores sacaban el periódico, «convencidos de que el mejor medio para contener a los déspotas y para dirigir la opinión de los ciudadanos es la imprenta». Organo «republicano representativo» no escatimaba diatribas contra el «ex-ministro Monteagudo». Las suscripciones, recibidas por el futuro político don Mariano Tramarría, en la calle de Bodegones, costaban 3 pesos por el cuatrimestre. El impresor era al principio José Masías y, después, el célebre Guillermo del Río.

Nadie dejó de advertir la tendencia roussoniana neta de «La Abeja Republicana». «Un amigo de sus conciudadanos» diría que la libertad es inherente a la naturaleza humana aun en estado primitivo: «no es, pues, necesaria la civilización para el gobierno republicano»; «la libertad es el ídolo de los peruanos». En el número 2 del periódico, el mismo escritor afirmaría que la instrucción sofrena al despotismo, y que «una Constitución bien ordenada es un baluarte de la libertad pública». En el número 3 se diserta sobre el origen de las sociedades y se deja un «epitafio a don Bernardo de Monteagudo», «el honorable inquisidor de Estado». Pero es sólo en el número 4, en donde comienzan a publicarse las famosas «Cartas remitidas por el solitario de Sayán», seudónimo escogido por el doctor José Faustino Sánchez Carrión.

Pocos documentos ideológica y literariamente tan compendiosos. Fechado en Sayán, 6 de agosto de 1822, comienza por recordar otra carta dirigida el 1.º de marzo, a «El Correo Mercantil» y alude a una consulta sobre sistema de gobierno en el Perú, inserta en «La Gaceta» del 23 de febrero. Sánchez Carrión se confiesa roussoniano absoluto. El «Pacto social» es un «pequeño folleto a la verdad, pero tan prodigioso como la piedrezuela que derribó la gigantesca estatua del Rey de Asiria» (pág. 35). Admirador de la Revolución Francesa y antimonárquico, dirá: «Desengañémonos, nada escarmienta a los reyes, ni nada será capaz de persuadirlos que son hombres como los demás». La

libertad se le aparecerá como un «coelemento de nuestra existencia racional, sin la cual los pueblos son rebaños y toda institución inútil». «Quisiera que el gobierno del Perú fuera la misma cosa que la sociedad peruana», clama en arranque democrátísimo. «Conocida es la blandura del carácter peruano... de lo cual, como de la larga opresión, en que hemos vivido, depende la falta de energía y celo por la libertad, sin que neguemos nuestra aptitud reactiva contra el despotismo». Un monarca en el Perú sería, pues, peligroso, dice, porque convertiría a los hombres en «excelentes vasallos y nunca ciudadanos». «Un trono en el Perú sería, acaso más despótico que en Asia, y, asentada la paz, se disputarían los mandatarios la palma de la tiranía». «Ser rey, e imaginarse dueños de vidas y haciendas, todo es uno». «Al declararse independiente el Perú, no se propuso sólo el acto material de no pertenecer ya a lo que fué su metrópoli, ni de decir *alta voce*: ya soy independiente; sería pueril tal contentamiento. Lo que quiso y lo que quiere decir es: que esa pequeña población se *centuple*; que esas costumbres se *descolonicen*; que esa ilustración toque su *máximum*; y que al concurso simultáneo de estas medidas, no sólo vea nuestra tierra empedradas sus calles con oro y plata, sino que de *cementerio* se convierta en patria de vivientes». Así, con trasposiciones un poco violentas en el estilo, pero evidente vigor y clarividencia, resulta Sánchez Carrión, anticipándose a Alberdi en su apotegma «gobernar es poblar» y señala el riesgo de seguir siendo colonia, a pesar de la Independencia.

«La Abeja Republicana», ed. cit.
pág. 53.

Después de encendidos elogios a los Estados Unidos y también a Chile y Argentina, aboga por la unión con éstos, ya que siendo «nuestros intereses públicos los mismos», «nuestra concordia y fraternidad no deben exponerse por sola la imprudencia

de establecerse en manera opuesta»: gran lección de un vidente que intuía el sueño bolivariano.

La segunda carta de «El Solitario de Sayán» sólo aparecería en «El Correo Mercantil», el 6 de septiembre de 1822. En ella, Sánchez Carrión aboga ardientemente por la República, con copia de ejemplos romanos: «república queremos, que sólo esta forma nos conviene. Tal es, según entiendo, la voz general de los moradores del Perú». El examen de los poderes, del dogma de la igualdad y del régimen electoral está hecho, en seguida, con patetismo.

Véase el «Boletín del Museo Bolivariano», tomo I, núm. 3, pág. 37, noviembre de 1928, Magdalena Vieja (Lima), y «El Correo Mercantil», Lima, 6 de septiembre de 1822.

«La Abeja Republicana» se publicó hasta su número 36, del 5 de diciembre de 1822. Invariablemente atacó a Monteagudo y defendió a la República; censuró el espionaje y la policía secreta (N.º 5, 6 y 7), alabó a San Martín (N.º 16), a Santa Cruz, a la cantatriz Rosa Merino (N.º 29); atacó a la Orden del Sol, «hija primogénita de los delirios monárquicos de Monteagudo» (N.º 25 y 26), a Bolívar cuando confiscó los bienes de los que emigraron de Guayaquil sin pasaportes (N.º 34), pero lo más típico de «La Abeja», aparte la primera carta de «El Solitario de Sayán», está en sus conceptos sobre el *indígena*, el *congreso* y el *teatro*. Oigámoslo sobre el indio: «jamás será un obstáculo para la elección de un gobierno sabio, paternal. Patriota por naturaleza, ha procurado siempre, aunque con mal suceso, recobrar la antigua independencia del Perú. Con su continua agitación ha comprobado que el pueblo conquistador permanece constantemente en revolución. En su desgracia ha conservado su idioma, sus usos, un odio eterno al nombre español, el llanto, y traje lúgubre por la pérdida de su libertad».

«La Abeja Rep.», núm. 10.

Sobre el Congreso pronuncia un elogio con ocasión de su instalación el 20 de septiembre del 22. Sobre el *teatro*, en diversas oportunidades, (N.º 29 y 31) se pronuncia favorablemente.

El papel de «La Abeja Republicana» se asemeja, si bien con mayor combatividad, al del «Mercurio Peruano» en las postrimerías del virreinato. Sus redactores ocupaban situaciones espectables, no ya por alcurnia, sino por merecimientos. No se debe olvidar que la «ilustración» pasó a ser título de distinción en aquel entonces. Bajo la égida del «despotismo ilustrado» aun vigente, las mujeres frívolas gustaban de aparentar interés por los temas económicos y políticos, y hasta promover conversaciones al respecto.

Gide y Rist, «Historia de las doctr. económ.», trad. Barcelona, 1926, cap. I.

Los redactores de «La Abeja» eran antiguos admiradores del «Mercurio» y aun discípulos de éste. Su ambiente intelectual era típicamente el enciclopedista y roussoniano. Entreveían a Adam Smith, pero se aferraban a Juan Jacobo.

La diferencia más profunda entre ambos periódicos está en el clima político y de realización que predomina en «La Abeja», mientras «Mercurio» fué contemplativo y eruditesco. Tanto es así que «La Abeja» ejerció censura efectiva sobre el congreso reunido el 20 de septiembre de 1822.

Este Primer Congreso del Perú, instalado en la fecha antes nombrada, llevó una accidentada vida. El 19 de junio era trasladado al Callao; el 26, una fracción viajaba a Trujillo, con Riva Agüero, en plena intriga, siendo disuelta el 19 de julio; restablecióse el congreso el 6 de agosto de 1823 y se recesó el 10 de febrero de 1824, para otorgar amplios poderes a Bolívar; reunióse de nuevo el 10 de febrero del 25 y se clausuró el 10 de marzo. Entre sus miembros—recuenta Aranda—hubo 58 peruanos propietarios y 19 suplentes; 3 neogranadinos, 5 ecuatorianos, 1 altoperuano, 1 chileno, 1 argentino propietario y 2 suplentes.

Los 3 neogranadinos fueron Tenorio, Alcázar y Argote; los ecuatorianos J. Paredes, Ortiz de Zevallos, La Mar, Crespo y Olmedo; el alto peruano Padilla; el chileno Agüero; los argentinos Forcada, Otero y Alvarado.

M. J. Obín y R. Aranda, «Anales Parlamentarios del Perú», Lima, 1895, pág. 43.

EL CONGRESO Y LA ORATORIA

La ideología del Primer Congreso fué primordialmente roussoniana; su fraseario, jacobino-eclesiástico. Tal vez el mejor documento, por su tono, su estilo y su contenido sea la dimisión de San Martín, llena de la mesura y elevación característica de cuanto dijo y escribió el argentino. Los discursos de los demás oradores dejan mucho que desear. Su firmeza, también. Versátil por definición, el Congreso de 1822-25 refleja lo que aparece igualmente en las rimas de los versificadores. Olmedo y Larriva, loaders de la Princesa María Antonia de Borbón en 1808 son los panegiristas de Bolívar en 1825. Y, luego, atacarían a Bolívar y a Sucre, ya dentro de la vorágine de pequeñas pasiones destacadas. Los oradores del Congreso de 1822 tienen por norma la contradicción que es cosa distinta a la antítesis, elemento romántico. Comenzaron arrogándose todos los poderes y concluyeron delegándolos enteramente en manos de un jefe ungido por motín militar; después, «el ídolo fué pronto el tirano de Trujillo», y votaron su pena de muerte. No titubearon ante la exhibición de su volubilidad ni de su escasa firmeza. La oratoria parlamentaria peruana nació tarada de cobardía. Por eso, apenas dictada la constitución del 12 de noviembre de 1823, la declaran en suspenso y otorgan omnipotencia a Bolívar. El vasallaje ideológico y la sumisión verbal dictaron leyes en aquel curioso conglomerado humano.

Obin y Aranda, o. c., p. XIII y XIV.

Los conductores de ese Congreso fueron ex miembros del «Mercurio Peruano», como Rodríguez de Mendoza, o miembros de «La Abeja Republicana», como Sánchez Carrión, o ex colegas levantiscos como Luna Pizarro, Francisco Javier Mariátegui, Mariano José de Arce, etc. Hipólito Unanué también pronuncia palabras de renovación: él, ex ministro de Abascal y La Serna, futuro ministro de Bolívar; tachado a causa de un juicio de residencia, es admitido en el seno del Congreso, merced a la defensa de Sánchez Carrión y de Mariátegui. Y Unanué representa el principio de la ciencia peruana, de la literatura científica en el Perú.

Fué un ambiente demagógico; una oratoria romántica, empenachada y gaseosa. Devuelven jactanciosamente un oficio al Gobierno, porque ha omitido éste la fórmula de «*Excelentísimo señor presidente del Soberano Congreso*» (19 de febrero de 1823). Como muestra del lenguaje oratorio basta recordar que el Dr. Justo Figuerola declara que la pretensión de tiranizar a los espíritus «es una tiranía mayor que la de esclavizar los cuerpos» y que sólo ante Dios resignará su razón (2 de noviembre de 1823). Los garrotazos mercenarios que tunden a Mariátegui, Ferreyros, Argote y Colmenares, por orden de Riva Agüero, son respuestas de follones a idealismos jacobinos: reproducese, con desmedro del «soberano congreso», el episodio del manchego y los yangueses. El propio Congreso, dedicando su tiempo a cuestiones menudas, se encarga de autorizar los desmanes.

Obin y Aranda, o. c. p. 60, 63 y 72;
145 a 158.

Al discutir la delegación de poderes, por ida de San Martín, la discusión toma caracteres doctrinarios y el tono se eleva. Mientras los jacobinos se oponen a esa delegación hecha por San Martín, Luna Pizarro—«*ce petit Lammeneis peruvien*», como le llama Flora Tristán—la apoya realísticamente. Sánchez Carrión producirá, entonces, uno de los mejores discursos

de la Asamblea, aduciendo argumentos de la Segunda Carta de «El Solitario de Sayán». «Señor—dirá, encendido:—la libertad es mi ídolo, y lo es del pueblo; sin ella no quiero nada; la presencia de uno sólo en el mando me ofrece la imagen de un rey, de esa palabra que significa herencia de la tiranía». Triunfó la tesis del gobierno plural sostenida por los jacobinos.

Flora Tristán, «Peregrinations d'une Paria», París, 1837, tomo I, p. 297; Obin y Aranda, o. c., pág. 158-170.

Los miembros del Congreso empleaban, pues, un lenguaje desmelenado y romántico, echando mano a una ideología demagógica. Hora ostensiblemente literaria, repito: *fué la hora literaria de la política peruana; más aun: de la política americana.* La política se sometió al gusto literario. Tratábase de inventar realidades, a fuerza de palabras. Una gran inquietud verbal e ideológica presidía la busca de nuevos rumbos. Con mayor cultura y sin el lastre de tres siglos de negada ilustración, acaso habríase podido ensayar la «Civita Solis» de Campanella, pero con oradores resonantes y señores feudales criollos. Algo muy romántico, muy ochocentista, muy sudamericano.

VIII

BOLÍVAR Y LAS LETRAS: OLMEDO, PANDO Y VIDAURRE

Con la venida de Bolívar, crece la órbita romántica en el Perú. Era como si hubiese llegado Renato, Pablo, Chatterton, Manfredo o Werther. Traía el libertador, prestigios de héroe y amante. Había vencido en la «guerra a muerte». Le acompañaba la prestante Manolita. En el Tequendama trazara una página de la Ilíada. Frente al Chimborazo confrontó un dramático sino de Nibelungo. Pequeño, menudo, cenceño, nervioso, quería realizar las ideas de Rousseau, pero traducidas por Bonaparte.

Su maestro, el atrabiliario don Simón Rodríguez, le inculcó el amor a la naturaleza con el desenfreno de la espontaneidad. Su prematura viudez y los amores platónicos con la novelesca Fanny du Villars aumentaban sus leyendas. Sabíase de un solemne juramento suyo en el Aventino, de un juego de pelota con Fernando VII. Seducía a mujeres tropicales que le salvaban la vida, como Luisa, la de Jamaica. Si Napoleón tenía sobre sí el espectro del duque de Enghien, Bolívar no le iba en zaga con el sacrificado Piar. Intemperante y arbitrario, desconoció, en Guayaquil, a la Junta de Gobierno, pero mandó a saludar a uno de sus miembros, a Olmedo, porque respetaba su genio poético. Posiblemente su espada era Durandal, pero nadie colgó de su cuello el Olifante de las horas amargas. Tenía rostro moreno, ojos de fuego, pobladas las patillas a la española, rebelde el rizo sobre la frente alta y despejada, curva la nariz, voluntarioso el mentón, esbeto tísimo el cuerpo. Vestía con pulcritud y era insofistente y dadivoso. Amaba el amor y el poder. Sus proyectos asumían gigantescas proporciones, porque era un poeta que rimaba hazañas. Su ambición estaba en donde pusieron la suya Napoleón, Alejandro. Amaba el lujo, la decoración recargada y la soledad y el aire sitibundo de los románticos. Preparaba sus batallas, con el desmelenamiento y, al par, la pulcritud que un romántico ponía en sus poemas. Nunca dejó de pronunciar una proclama antes de un combate, para oírse y ser oído, y ganar con la palabra previamente a con la espada. Cuando no hubo tiempo, dejó la proclama para después, como en Junín. El «Húsar de Junín» es lo que el caballero de la Orden del Sol, sanmartiniana, pero actuante: Lohengrin y los caballeros del Santo Graal reemplazan—romántica cabalgata que sedujo al romántico Richard Wagner—a los eupátridas tersos que soñó San Martín.

Se comprende que la imaginación popular se desatara al llegar tal personaje, el 1.º de septiembre de 1823. Para mayor auge, la fiebre se apoderó del recién llegado, y tuvo un lúcido delirio que le arrancó la frase pétrea: «Triunfar». Aunque li-

terariamente no es necesario recordar a versificadores mínimos, menos justo sería olvidar el clima poético de entonces. Política y poesía resultaron mal paradas con la venida de Bolívar, pero la poética salió gananciosa. La única excepción señera es José Joaquín de Olmedo. Después de sus ya mencionados cantos hispanizantes, sentía la atracción de la Libertad, aunque detestaba a Bolívar. Y ambos eran coetáneos. Olmedo, nacido en Guayaquil el 19 de marzo de 1780, cuando el puerto estaba bajo la autoridad del virreinato peruano, había estudiado en Quito, en el Colegio de San Fernando, hasta 1792; en el 94 vino a Lima y se matriculó en el Convictorio de San Carlos. Cursaba 4.º curso de Leyes en 1802, cuando le denunció la Inquisición por leer la «Zaira» de Voltaire. Al año siguiente, reincidía, como lector de la «Henriada» volteriana. Recibióse de doctor sin dejar de escribir versos. En 1807 escribiría su «Elegía a la muerte de doña María Antonia de Borbón»:

¡Señor, señor! El pueblo que te adora,
bajo el peso oprimido
de tu cólera santa, gime y llora.
Ya no hay más resistir: la débil caña
que fácil va y se mece,
cuando sus alas bate el manso viento,
se sacude, se quiebra, desaparece,
al recio soplo de huracán violento...

Catedrático de Digesto, en 1808, recitó una composición «A Abascal», el mismo día en que se representó, en la Universidad de San Marcos, «El Duque de Viseo» de Quintana. Lector de Horacio, Ovidio y Virgilio; de Píndaro y Homero; de Quintana y Valdez; de Pope y Richardson, pronto olvidó al sevillano Herrera, de quien extrajo el aliento de su «Elegía». Declaróse antifrancés y fernandista en su oda «Al árbol». En 1809 se incorporó a la Universidad de Santo Tomás de Quito, y, después,

dedicóse, en Guayaquil, a menesteres literarios. Deseoso de llegar a España, sólo logró arribar hasta México, de donde volvió a Guayaquil, que le eligió su representante ante las Cortes de Cádiz, en las cuales abogó fervientemente por la abolición de las mitas. Regresó de España a Lima, y luego pasó a Guayaquil. Al estallar el movimiento insurgente en esta ciudad, Olmedo fué designado para formar, con Jimena y con Roca, el triunvirato que reemplazó a la autoridad española (9 de octubre de 1820).

J. L. Mera, «Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana», 2.^a ed. Barcelona, 1893, pág. 457; Mendiburu, «Dic. hist. biogr. del Perú», Lima, 1.^a ed., Tomo VI, pág. 147; «Antolog. Ecuatoriana», Quito, 1892, pág.; Cejador, «Hist. de la lengua y la lit. castellana», Madrid, 19... VI, pág. 329; Vide, además, J. M. Gutiérrez, «América Poética»; Riva Agüero, «Carácter de la Literatura del Perú independiente», Lima, 1905, pág. 23; E. Piñeyro, «José Joaquín Olmedo» en el tomo VII del «Bulletin Hispanique», Bordeaux, 1905; L. A. Sánchez, «Los Poetas de la Revolución», Lima, 1919.

Mientras tanto, de 1805 a 1820, Bolívar había definido su carrera. Con «la guerra a muerte» asoló al país, pero acabó con el adversario impiadoso. Ganando batallas con la espada y con la pluma, libertó a Venezuela y a Nueva Granada, y se lanzó sobre Quito. Al saber la independencia de Guayaquil y su anhelo de emanciparse por su cuenta, sufrió un acceso de cólera. Dirigióse al puerto, porque él deseaba que se anexara a Colombia, contra los que pensaban que debía anexarse al Perú y contra los que opinaban por la autonomía.

Apenas arribó a Guayaquil, desconoció al triunvirato, pero, sin embargo, mandó a saludar a Olmedo. «El edecán—refiere

O'Leary, secretario de Bolívar—preguntó si daría las mismas explicaciones a los demás miembros de la Junta. «No—respondió Bolívar—. Es el genio de Olmedo, y no a su cargo, lo que yo respeto».

O'Leary, «Bolívar y la emancipación de Sudamérica», reed. Biblioteca Ayacucho, Madrid, t. II, pág. 139 y 177.

El poeta Olmedo, cesante de sus funciones de gobierno, tornó al Perú. Electo representante al Congreso de 1822, fué en la sesión del 23 de octubre, en unión de Unanué, Ortiz de Zevallos y Sánchez Carrión, uno de «los que más declararon contra la ambición de Bolívar». Pérez de Tudela defendió al Libertador.

Paz Soldán, o. c., 2.º período, tomo I, págs. 15 y 17.

Ocho meses más tarde, Olmedo y Sánchez Carrión, precisamente, recibieron del Congreso el encargo de entrevistarse con Bolívar y pedirle auxilio. Lo hallaron en Quito—y no en Guayaquil, como dice Larrazábal—el 24 de julio... Y ahí se decidió la venida del Libertador.

C. de Gangotena y Jijón, «Bolívar y Olmedo en Quito», art. en la revista «El ejército nacional», año II, núm. 13, Quito, 1923, pág. 1066; Mera, o. c., pág. 486.

Por entonces, Olmedo publicaba la «Epístola Primera» de su traducción del «Ensayo sobre el hombre» por Pope. (Lima, 1823).

La llegada de Bolívar a Lima, el 1.º de septiembre de 1823, fué una apoteosis. Don Justo J. Figuerola, después presidente fugaz, dedicó una larga laudatoria reminiscente de Peralta y los

aduladores del coloniaje, al «nuevo Sol del Perú». Los meses siguientes, de activa campaña, permitieron algunos áridos devaneos literarios, y muchas canciones populares. Los «trescientos años de lloro y de ignominia» son el tema predilecto de quienes soportaron gustosos todo eso. Raúl Porras lo anota en su artículo «La Literatura en los días de Ayacucho», y Federico Mould en un estudio inédito, que reunió muchos apuntes, completa el cuadro de versificadores trabajosos y sin altura que se llaman Ferreyros, Lledias, López Lisson y Corbacho, cuyas composiciones recogen «El Album de Ayacucho» y «La Lira Patriótica», ya citados.

R. Porras, «La Literatura en los días de Ayacucho», en la revista «Variedades», Lima, 6 de diciembre de 1924, pág. 3074-78; F. Mould Távara, «Bolívar y la literatura», estudio inédito, y acaso perdido ya: lo conocí en los originales de su autor; Herrera, o. c.; Corpancho, «La Lira Patriótica».

Lo más señero de entonces, en materia de gestos o frases literarias, es el «Triunfar» de Bolívar en Pativilca. Pero llega Junín, el 6 de agosto de 1824, y luego suena el clarín de Ayacucho, el 9 de diciembre, y la literatura se anima en medio de mil cantos ramplones con un canto de robusto aliento épico: Olmedo ha encontrado su acento (1825). Antes de eso, Bolívar halla más ajustadas palabras para cada victoria. Al conocer el resultado final de la batalla de Ayacucho, Bolívar, desde Lima, escribirá: «La Paz ha sucedido a la guerra; la unión a la discordia; el orden a la anarquía, y la dicha al infortunio; pero no olvidemos jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.—Peruanos: El día que se reuna vuestro Congreso será el día de mi gloria, el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: ¡No mandar más!»!

Dirá a los soldados del ejército vencedor grandilocuente-mente:

«La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo»... Soldados colombianos: centenas de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo». (25 diciembre, 1824).

Así anticipa la figura literaria que Choquehuanca le dirá a él mismo en el inmortal saludo de Pucara. Iba el Libertador, recibiendo homenajes hacia el Cuzco, y de Cuzco al Alto Perú, cuando le salió al encuentro José Domingo Choquehuanca, indígena de Azangaro, en donde nació el año de 1792. Era hijo del cacique de la región, Roque Choquehuanca, y de doña Melchora Bejar, de sangre de incas. Educado en Arequipa hasta los 10 años, quedó huérfano a los 12; a los 17 se graduó en Teología y Filosofía; dedicóse al sacerdocio, en 1812, se graduó en derecho, y en 1817 volvió al Alto Perú, en donde optó el grado teológico. Estalló la guerra de la independencia, y siguió apasionadamente su curso, prendándose de la figura marcial de Bolívar, a quien encontró en Pucara pronunciando su arenga admirable; una de las piezas literarias imperecederas del Perú:

«Quiso Dios de salvajes hacer un gran imperio, y creó a Manco Capac. Pecó su raza, y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de la América, y os ha creado. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho; y para que alguno os imite será preciso que haya otro mundo por libertar. Habéis fundado cinco repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, llevarán vuestra grandeza a donde ninguna ha llegado. Vuestra gloria crecerá con los siglos, como la sombra cuando el sol declina».

Tales fueron las palabras últimas de un discurso henchido de vibración. Nadie igualó el elogio del cura de Pucara. Corriendo los días, sería Choquehuanca (1825, 26 y 28) representante por Azángaro ante el Congreso; defendió la constitución bolivariana; escribió un tratado estadístico en 1833 y otro sobre régimen representativo en 1846, para morir a los 62 años, hacia 1854.

U. Zegarra Araujo, «José Domingo Choquehuanca», en el «Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos, » Lima, 1929, tomo III, págs. 117, 180 y sigs.

Estaba en su apogeo la gloria del Libertador. Aun resistía Rodil en los castillos del Callao, y también manteníase irreducible Quintanilla en Chiloé. En esos momentos finaba Olmedo su memorable «Canto a la victoria de Junín». Habíalo empezado en enero de 1825. Bolívar le encargó cantar la victoria de Ayacucho, pero Olmedo replicaba: «Siento que usted, me recomiende cantar nuestro último triunfo. Mucho tiempo ha, mucho tiempo ha, que revuelvo en la mente este pensamiento... Vino Junín, y empecé mi canto. Digo mal, empecé a formar planes y jardines, pero nada adelanté en un mes... Vino Ayacucho, y desperté *lanzando un trueno...*».

«Repertorio colombiano», tomos II, III; Sánchez, o. c. pág. 68.

En junio de 1825 estaba terminado el canto. Había apelado al viejo recurso de Virgilio, usado hasta Peralta pasando por Tasso y Ercilla: una figura prócer aparecía profetizando. Olmedo se apoyó en Huayna Capac, como emblema de su antiespañolismo, «Amazona fiera» y «bacante ardiendo en ira», su musa será implacable contra España. Por eso empieza con frenesí:

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Dirá de España:

Guerra al usurpador. ¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión o leyes?
¿Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces y por fin supersticiosos!
¿Qué religión? ¿La de Jesús? ¡Blasfemos!
¡Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
Los sacramentos santos que trajeron!

Entre imitaciones del sevillano Herrera, reminiscencias de Horacio, Quintana y Gallego, el canto avanza sin espontaneidad, inferior a la oda «Al árbol» o a la posterior «A Miñarica» del propio Olmedo. Se le adivina juglar esforzando el ditirambo. Y aunque aparezcan al fin los magníficos versos que empiezan:

¡Oh, Padre, oh, claro Sol!, no desampares
este suelo jamás...

falta la frescura de otras composiciones suyas, y se advierte el deliberado propósito de agradar al amo. El «Canto a la victoria de Junín» es considerado como la más alta manifestación del estro de Olmedo, por su oportunidad, más que por méritos intrínsecos. Y Bolívar, buen crítico literario, caló los defectos del poema: «Si yo no fuese tan bueno—le dirá a Olmedo en carta fechada en Cuzco, el 27 de junio de 1825—, y Ud. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que Ud. ha querido hacer una parodia de la *Iliada*, con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no; no lo creo. Ud. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte,

que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres»... «Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje de las ruedas del carro de Aquiles, que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes; de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de La Mar, un Agamenón y un Menelao; de Córdoba... un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Ajax; de Miller un Diómedes y de Lara un Ulises...».

Es curioso que la única expresión de crítica literaria exacta y certera sea de Bolívar, el más exaltado de los poetas en prosa y espada. Y que su crítica se enderece contra un elogio a sí mismo. En otra carta (12 de julio de 1825), Bolívar añadirá a Olmedo, que su Huayna Capac es «un poco hablador y embrollón, si bien el Canto es divino». Y como Olmedo estaba a punto de zarpar hacia Londres, Bolívar apunta irónicamente: «Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas, Ud. se hallará mejor inspirado que por el Inca, que, a la verdad, no sabía cantar más que yaravís»... Olmedo respondió desde Londres, en carta del 19 de abril de 1826. Al partir, el poeta había dicho al Libertador: «Voy a pasar dos o tres años de inquietud, porque ya pasó la edad de las ilusiones. Me parece que volveré como me voy... De todos modos, parto resignado y en cierto modo contento, porque voy a obedecer y complacer a Ud., y porque voy a servir a la Patria».

Sánchez, o. c., pág. 71.

Nuevos loores surgieron de las vecindades. Hilario Ascasubi, futuro gran cantor gauchesco, publicó en «La Revista de Salta» (Argentina), un «Canto a la victoria de Ayacucho». Don José Pérez de Vargas—nacido en Italia hacia 1776 y de quien hemos hablado ya—publicó en Lima su «El Vaticinio», epopeya a Febo peruano, «precedida de un soneto en italiano, dedicado a Bolívar, y con grande copia de citas de «La Eneida». No añadió nada a la gloria del Libertador, ni a la suya propia...

Sánchez, o. c., pág. 58 y 59; Riva Agüero, o. c., pág. 51; Porras, art. cit.; Menéndez y Pelayo, «Hist. de la Poesía hisp. amer.», II, pág. . . . Madrid, 1913.

Sin embargo, un cantor hubo entre todos, que merecía mayor atención: don José María Pando, y hay un panegirista que no puede ser olvidado, Manuel Lorenzo de Vidaurre. Ambos juntarían su acción en el Congreso de Panamá de 1826.

Pando era limeño (1787-1840), pero educado en Madrid, en el Seminario de Nobles. Sirvió a la corona como diplomático en Roma el año 1802; viajó por los Países Bajos en 1815 y fué oficial de la primera secretaría del Rey Fernando VII, en los días del despotismo, esto es en 1818. Llegó a ser secretario del Rey, con la facultad de dictar decretos. Figuró en la primera secretaría de Estado en 1822; residió en París y sólo en 1823 vino al Perú. Sufrió el asedio en los castillos del Callao, y salió de ellos, en 1824, merced a un permiso de Rodil. Había conocido a Bolívar en Roma, en su mocedad, y no vaciló en uncirse al carro republicano, abandonando las filas realistas. En 1827 sería ministro de Bolívar; publicaría un nuevo «Mercurio Peruano»; sería ministro de Gamarra en 1833; regresaría a Europa, siendo combatido en España, y murió en 1840, después de haber publicado importantísimas obras sobre «Derecho Internacional» y haberse pronunciado contra la manumisión de los esclavos (1833), redactando la «Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados de las provincias litorales del Departamento de Lima». En 1837 publicó unos «Pensamientos» en Cádiz. Nunca fué democrático ni sincero republicano Pando, ni dejó de ser clasicista a macha martillo, en materia literaria.

J. F. Pazos, artículo en el «Boletín del Museo Bolivariano», Lima, 1929, I, pág. 221; «Carta de Pando a F. Pardo» en el mismo Boletín, I, pág. 356; Juan de Arona, «Páginas diplomáticas del Perú», Lima, 1891, pág. 92 y 97.

Pando, así filiado y conocido, se incorporó al séquito de Bolívar, renegando de su realismo en forma precipitada y poco sincera, mediante una larga versada que tituló «Epístola a Próspero». Próspero, maestro de la humanidad, dueño de los secretos del porvenir, era desde luego, el Libertador. Pando le aconsejaba:

Deja ladrar a la calumnia infame
 que, en todo tiempo, vierte su ponzoña
 sobre la alba virtud. ¿Vivir no quieres
 En los siglos futuros? Pues desprecia
 ruines clamores, miramientos vanos,
 acaso ingratitud; tu misión cumple;
 el duro casco y la coraza arroja;
 y la cándida toga revistiendo,
 dócil a las inspiraciones de Minerva,
 sabias, justas, estables, danos leyes.

Era en 1826. Pando hizo más. Organizó una especie de culto a Bolívar, para lo que reunía en su casa a Unanué, Vidaurre, Olmedo, y más tarde, también al joven Felipe Pardo y Aliaga y a Vivanco, flor y nata del conservatismo peruanos. A ellos se añadiría, andando los años, don José Joaquín de Mora, poeta gacitano, autor de «Las Leyendas Españolas», llegado al Perú sólo en 1831, grande amigo de don Andrés Bello y fomentador del gusto romántico en el Perú.

Junto a Pando, hombre mesurado y conservador, clásico y académico, contrastaba el arrebatado de Vidaurre. Ambos, sin embargo, por razones diversas, el diplomático y jurista y el declamador también jurista, tenían fe en el sueño bolivariano del Congreso de Panamá— Bolívar, versificador defectuoso, pero gran poeta—concibió aquella vasta epopeya y quiso ejecutarla al punto. Para ello escogió diplomáticos que fuesen un poco poetas.

El epistolario y los discursos pronunciados en Panamá constituyen elemento inapreciable para conocer el espíritu de la era

bolivariana, el ideario y el fraseario del Libertador. Raúl Porras, que los ha exhumado, comenta agudamente:

«El Congreso de Panamá no fué el preludio sino el epílogo de la fraternidad continental... Ya en la época de la reunión del Congreso, Bolívar se había decepcionado de la eficacia de éste. Su propia idea inicial de una reunión de pueblos de la misma raza, lengua, religión y costumbres, tal como la enunció en la carta de Jamaica, había sido desnaturalizada por la invitación de Colombia a Inglaterra, y de México a Estados Unidos, y por la exigencia de Canning de que se invitase al Imperio del Brasil... Convencido de la excesiva grandeza de su sueño, Bolívar empezaba, también, como dúctil político que era, a reducir el tamaño de su ideal, sus más adictos partidarios forjaban sociedades secretas para propiciar un imperio menos iluso que el soñado por el héroe, y Pando susurraba al oído del Libertador el plan más realizable de la Federación de los Andes».

R. Porras, «El Congreso de Panamá»,
Lima, 1930, pág. XCVI-XCVII.

Sucumbió el gran sueño bolivariano. Fracasó el Congreso. Era el año terrible para el Libertador. Todo caía en torno suyo. También, su poder. Una especie de realismo a ras de tierras reemplazaba al idealismo empenachado del bolivarismo romántico. La medida inspiraba a los políticos y a los literatos, temerosos pasos atrás. Levantábase Páez, obstaculizaba Santander, subleváronse batallones en Bolivia y el Perú. En Bogotá esperan al libertador los puñales asesinos y la serenidad salvadora de Manolita, en la «noche nefanda». Le olvidará Caracas; deberá soportar antes la convención de Ocaña, tan distante de los delirios de Casacoima y la clarividencia de Jamaica. Tendrá que buscar asilo bajo techo de español, el generoso Mier, en San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, y expirar ahí antes de que la vejez llegara, el año de 1830. Y entretanto, vuélvense contra él y

su recuerdo los mismos que le alabaran antes. La musa popular sólo recuerda su despotismo olvidada de su heroicidad. Y Larriva, el cojo clérigo Larriva, repiqueteará, risueño y voluble, en réquiem mordaz al autocratismo bolivariano esta octavilla endiablada:

Cuando de España las trabas
 en Ayacucho rompimos,
 otra cosa más no hicimos
 que cambiar mocos por babas:
 mudamos de condición,
 pero sólo fué pasando
 del poder de don Fernando
 al poder de don Simón.

Larriva, ver Odriozola, «Documentos Literarios del Perú», tomo II, Lima, 1864, pág. 132; Porras, «J. J. de Larriva», cit. pág. 31; Sánchez, o. c., pág. 73; Riva Agüero, o. c., pág. 37.

IX

LA NATURALEZA, EL NACIONALISMO PICTÓRICO

Bajo el fraseario de Bolívar, la naturaleza americana cobró un esplendor inédito. El que escribió el «Delirio del Chimborazo» y azotó al Tequendama, continuaba la misma tendencia hacia el paisaje iniciada en Melgar con su «Oda al Autor del Mar». También Choquehuanca apela a la naturaleza para sus metáforas, y Bolívar apela a los Andes y el Sol para sus discursos y proclamas. El libro ha cedido el paso al medio ambiente.

La naturaleza fué el gran mito de los románticos. Económicamente, los fisiócratas creyeron que el orden social provenía

de un orden natural, y su fanatismo llegó al extremo de negar el valor económico, creando, en su reemplazo, el fantasma del «producto neto» de la agricultura. Rousseau, aunque contradujo sociológicamente a los fisiócratas al enunciar que el orden social nace de un pacto y no de una necesidad natural, estableció una pedagogía y un estilo literario que, por dar primacía el sentimiento, auspiciaba las fuerzas espontáneas, la potencia creadora de la naturaleza misma. El paisaje, el mundo circundante, apareció como algo novedoso, lindante con lo divino, ante los ojos románticos. Las metáforas, lógicamente, fueron también extraídas de la naturaleza. En tal sentido, el impulso geográfico del «Mercurio Peruano», finicolonial, se anticipa al germen naturista y político del nuevo tiempo.

La literatura colonial concedió nula importancia a la naturaleza. También en el «Quijote» se explota apenas el valor sugestivo de la llanura manchega, que Azorín exalta en algún libro descriptivo. El hispanoperuano Conde de la Granja, fracasa, por retórico, indirecto y mitologizante, al pretender describir Lima y una erupción del Pichincha en su «Vida de Santa Rosa», (1712). En cambio, Bolívar y sus coetáneos, si no aciertan en la graficidad, dan en el blanco con la sugestión: «Yo venía—dice en «Mi delirio sobre el Chimborazo»—envuelto con el manto de iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadoras fuentes amazónicas, y quise subir a la atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine, y de Humboldt; seguías, audaz; nada me detuvo; llegué a la región glacial, y el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso las manos de la Eternidad en las sienes excelsas del dominador de los Andes...» ... En Melgar había surgido, años antes, la emoción de la naturaleza, aunque su oda «Al Autor del Mar» revela más que fervor por el decorado, admiración por el escenógrafo; pero sería injusto negar fuerza descriptiva de primera mano, a quien dijo:

El mar inmenso viene todo entero,
ya parece tragarse el continente,
aviva su corriente,
y en eterno hervidero
choca, vuelve a chocar: ya sobre el mundo
mayor que el primer golpe da el segundo...

Melgar, o. c., pág. 108.

Melgar es uno de los pocos que se atreve a escribir una oda «A la soledad». El seminario sobrevivía en él, pese al fragor de la tormenta... También Vidaurre confundió sus sentimientos con la naturaleza en las «Cartas Americanas», pero, incapaz de soledad, dialogó hasta con el silencio para arrancarle sonidos.

Tal sentimiento de la naturaleza se exalta en forma casi religiosa. Divinizanse montes, mares, istmo, y también a la libertad—«mi ídolo» la llama Sánchez Carrión—, a la República, y a la democracia. Es una religiosidad contagiosa y epidérmica, pero es la primera emoción religiosa que nace en el Perú. El Esposo de este cívico «Cantar de los Cantares» será ora Bolívar, ora San Martín; la Esposa será siempre la libertad. Hasta cuando traducen «Salmos» dejan advertir las huellas de la politiquería. En el doctor Valdez, se mezclan, como veremos luego, la versión del Salterio con la temperatura política del día.

De una exaltación tan repentina, fácilmente se pasa al conformismo. Las necesidades económicas llaman al orden a tan vehementes declamadores. El apetito de poder aleja de las musas a poetas politiqueros. Como no se ha realizado la división del trabajo, en la incipiente República los más inteligentes son los que más suenan, y los que más suenan son los que más publican por lo que los que más publican deben ser aptos para todo, especialmente, para intervenir en el manejo de la «cosa pública». O medo acabará cantando a un héroe de guerra civil, en su oda «A Miñarica» (1833) y será diplomático hasta su muerte (1847).

Pando, ya lo hemos visto, acabará de secuaz de un autócrata como Gamarra (1834) y tornará a la añorada España. Roto en la forma el vínculo colonial, sin una orientación propia, nutrida de imitaciones, el Perú se encaminó, sumisamente, a un neoclasicismo, cuando España hizo lo propio bajo la batuta de los discípulos de Moratín y Lista. Poetas que exploraron el verso civil, sentirán veleidades de tersura e impersonalismo. Valdez publicará en 1833 su «Salterio Peruano», dedicado «A María Santísima». En el prólogo dirá: «Ojalá los sublimes genios peruanos de toda clase, estado y condición, desechen para siempre a las musas profanas e invoquen el divino numen para cantar con David, la grandeza, maravillas y beneficio del Omnipotente».

«Salterio peruano / o / paráfrasis de
los ciento cincuenta / salmos de David,
etc. / por el D. D. José Manuel Valdez,
etc., / Lima, 1833 / Imprenta de J. Ma-
sías.

Al parafrasear el Salmo I, deslizará un concepto de pura alusión:

Feliz el hombre que jamás admite
De los necios impíos el consejo:
Que de los pecadores el camino
Anchuroso y florido deja presto:
Que nunca se sentó en la pestilente
Cátedra donde enseñan los perversos
Dogmas erróneos y doctrinas falsas
Que la virtud corrompen de los pueblos.

Se evoca aquello de la «virtud, catedrática de Prima» que dijera el P. Ojeda en «La Cristiada» (1611). Es la reacción violenta, colonista, españolizante, antirrepublicana y antirromántica de los amadores de un orden sin perturbaciones, justo o no.

También el Arzobispo Reguera creyó acabar con la inquietud, atacando lo barroco, y mandó publicar el «Orden Sacro» de Matías Maestro. Reacción que alcanza pasajero auge, al compás del autocratismo restaurado con Gamarra y alimentado por Vivanco y Felipe Pardo. Pero el romanticismo vuelve. Sin el soplo heroico de Bolívar y su tiempo; con el hálito bohemio de Byron y sus versiones criollas de un Marquez, un Palma, un Salaverry o un hispano Velarde, el romanticismo volverá. Mas, entretanto, como contrapeso a la fiebre bolivarista, nuevos escritores y viejos escritores—entre aquéllos Pardo; entre éstos, Olmedo; extranjeros como Mora; semiextranjeros como Pando; nacionales como Pardo tratarán de refrendar su clasicismo con un llamado a lo nacional. Mas será el suyo un *nacionalismo pictórico, interesante y costumbrista*, en vez de ser significativo y hondo. Larriva, en medio de todo, será el más leal, porque, sin tapujos, apelará al chiste y al sarcasmo criollamente:

El tal don Simón
Nunca ha sido santo
de mi devoción,

dirá para justificar sus veleidades injusticables, pero comprensibles.

Se inicia ya el *costumbrismo*, caricatura del nacionalismo. Larra—romántico por la intención, pero realista por el método—enseñará desde España, individualismo y costumbrismo. El costumbrismo es la tregua entre los prerrománticos bolivarianos y el romanticismo pleno. El individualismo es la escala por la cual nuestros clasicistas treparán, después, al romanticismo. Así es en Pardo y en Segura. El prerromanticismo se deslía en criollismos zumbones; el afán clasicista, en un neto anticriollismo, que redundaba en... lo mismo. Unos son criollistas, otros anticriollistas, pero ¿cuál fué nacional? Cuando Pardo represente su costumbrista y anticriollista «Frutos de Educación», Larriva

le atacará en nombre de lo criollo. Bernardito, el personaje de la comedia, encarnará la primera forma del futuro Niño Goyito, enfurruñado contra todo lo típico, amante de europeísmos, disgustado de esta zamba procacidad criolla.

Para ese entonces, ya sólo quedaba del ímpetu emancipador, la ambición bastarda de cuantos, por haber contribuído a la epopeya, creíanse con derecho a gozar de los réditos de poder político. Se mantendrá inmarcesible el ansia de poder, como único airón. Después de haber vencido a España—como los germanos tras de la derrota del Imperio Romano—los generales de la Independencia americana se separan en guerrillas feudales por el botín del mando. Herederos de una política mercantilista, sin cultura cívica ni grandes ideales políticos, desatada la soberbia, sólo querrán el poder. En medio de esta fiebre, el clasicismo no significa en modo alguno remanso ni petición de orden: al contrario, es apetito de restauración, que es cosa distinta al orden. Y el costumbrismo, más que esparcimiento o caricatura, contiene en su seno un frustrado intento de calar en lo propio y hallar la riqueza auténtica de lo nacional, de lo genuino. A nadie extrañe, pues, que la *costumbre*, en vez de ser un punto de llegada, resulte así un punto de partida y, sobre todo, un punto de referencia para todo juicio de esta época caótica, frenética y ávida de hallarse a sí misma.

(Continuará)

El mes artístico

Viña del Mar, que no limita sus generosas ambiciones, pretende rivalizar a la larga con Santiago, en lo que respecta a exposiciones de arte y su Salón Anual, cuarto de la serie, va, según la impresión de todos, en progresión ascendente. Así, el inaugurado el 15 de febrero, entra en nuestro campo visual, cae bajo nuestra jurisdicción y la crítica debe considerarlo entre las periódicas manifestaciones culturales del país.

Por eso y porque coincide, como es lógico y práctico, con la gran «saison» de Viña, viniendo a completar el triángulo del Derby y de la apertura del juego, constituye una solemnidad mundano-social-artística, un tanto heterogénea, como lo indica su nombre compuesto y, por lo mismo, con cierto carácter de originalidad, a la vez banal e intelectual. Como que al fin de fines, se lleva a cabo en el Círculo o Casino de un balneario «snob», con vuelos internacionales.

El Gran Salón, porque lo es, al menos en ciernes, adolece, pues, de los defectos inherentes a su formación o conformación, vicios de origen, podría tildárseles, «aunque cabe en la lógica la esperanza que se vaya curando de ellos a lo largo de su desarrollo. Y el auge de Viña del Mar permite augurarle prosperidad y longevidad.

Una concurrencia, acaso única cuando se trata en Chile de cosas «de adorno» llena día a día, desde el de la inauguración, las varias salas de los dos pisos que ocupa la exposición. Son artistas, los menos, algunos «amateurs» y muchos veraneantes, que lo mismo emplean sus vacaciones en ver cuadros pintados

que en ver cuadros vivos; en oír los conciertos de la Sinfónica, que en oír el «jazz-band» del O'Higgins; en oler los sanos efluvios del mar, que en oler el tufo de los cabarets; en gustar champaña, aunque sea Valdivieso, que en gustar un «pisquisawer»; en palpar... pero, detengámonos en esta revisión de los cinco sentidos del veraneante «chic», pues corremos riesgo de ser indiscretos.

Catálogo en mano y lápiz en ristre, circulan, atareados, por los ámbitos del Salón de Verano, los contados críticos profesionales. Por nuestra parte, no nos ha sido dable ver sino a uno, el más eximio de todos, y su indumentaria de ese día, era un poema, para conciliar el simple traje de playa, con el más esmerado que requiere un círculo aristocrático y el de circunstancias que exigían las de ese torneo artístico. He de decir, que lo lograba ampliamente, y los actores debieran estudiar, en tan magnífico modelo, la «tenue» que les corresponde en cada papel, hasta llegar a la muy híbrida que ostenta *un veraneante en la Exposición de Viña*. El juego que debe establecerse entre los zapatos semiblancos, la corbata y el jipijapa, entre los guantes y el pañuelo, entre la camisa, el cinturón y los pantalones, entre el vestón y los calcetines. Sólo una sabia práctica y una intuición a prueba de bombas, pueden salvar tamaños escollos y conciliar elementos tan dispares, haciéndolos concurrir a un solo propósito. El gesto, el saludo con el bastón y el catálogo no son los que en una exposición de la capital. Yo propongo se cree una cátedra «smart» y le sea confiada a nuestro Brummel nacional, nuestro André de Fouquières criollo. Viéndole, llegué a pensar que el propio Wilde, no hubiera resuelto mejor el problema de parecer, a primera vista, un crítico mundano, sin dejar de ser, en el fondo y en la forma, un acabado hombre de mundo. Una simple sortija, un alfiler, una pulsera daban la tónica y colocaban la figura en su exacto plano. Lástima, solamente, que nuestra educación rudimentaria, nuestra poco refinada sensibilidad, no nos permitan admirar, como se merece, una de las raras, per-

fecciones que hemos alcanzado. Y lo digo muy en serio, pues cada cosa tiene su precio, y el alcance, las proyecciones, de un convencido profesor de elegancias, ofreciéndose él mismo como ejemplo, son considerables, dentro de la cultura de un país en formación. Otro gallo me cantaría, si yo hubiese conservado, como él, la línea, y como él supiera llevar la raya del peinado y la impecable del pantalón de franela. Porque esos detalles deben influir hasta en la obra de un hombre.

El Cuarto Salón Anual de Viña del Mar, organizado y mantenido bajo el alto patronato de su Municipalidad, representada por el alcalde, pintor Sergio Prieto, viene siendo, sin duda, uno de los atractivos turísticos de la hermosa población veraniega y va dándole personalidad y autonomía. Es además un exponente de la recién fundada Escuela de Artes Plásticas de Valparaíso, de la cual me ocupé extensamente en mi Revista del mes pasado. Sin embargo, sería del caso de decir que no debe limitarse a poner de relieve los progresos de este recién formado organismo, ni apoyarse aún en él como base, siendo, como son, dos actividades diferentes. En algunas salas del Salón («Sección alumnos»), aparecen academias, que no son sino eso, estudios de academia y no pueden exhibirse fuera de una academia, ni tomar parte en otros concursos que entre alumnos. Sus mismos temas, repetidos por diversos pinceles, nos advierten hallarnos delante de ejercicios escolares. Y sería de desear que los maestros, por su propio prestigio, los impidieran mostrarse fuera de propósito y de tiesto. Porque la admisión al Salón de Viña, nada tiene que ver con el ingreso y la matrícula en la Escuela de Artes Plásticas de Valparaíso. Y ésta no significa aquélla.

Se ha escatimado, en cambio, en mi sentir exageradamente, el acceso de los elementos extraños cualesquiera que fueran sus dotes. Y así se da el peregrino caso que la pintora peruana Carmen Saco, cuya exposición reciente en el Círculo de la Prensa, constituyó un éxito, haya visto rehusados sus dos envíos. Un bien entendido deber de cortesía y hospitalidad, si no de justicia

estricta al mérito, hubiera aconsejado otra política respecto a quien, acaso pueda ser discutible en sus tendencias, pero no lo es, seguramente, en lo que a competencia y solvencia se refiere.

Otro caso que se nos alcanza, es de la no menos notable artista Hortensia de Mujica, agraciada con distinciones en nuestras exposiciones oficiales y cuyo cuadro: «Nogales en Quillota» constituye uno de los «clous» de esta de Viña del Mar. En los juicios que se publicaron el primer día, el pintor Ponce, consideraba dicha obra «de mucha luz y armonía, recordándole al gran Valenzuela Llanos». Don Luis Thayer Ojeda, decía, por su parte, «que había en él verdad artística y que su perspectiva era admirable». Pues bien, la comisión admisorá rechazó otros dos cuadros, no inferiores en calidad, de la misma autora. Y hay que convenir, en vista de esto y de lo otro, que no anduvo acertada, ni en la totalidad de sus admisiones, ni en algunas de sus no admisiones. Un cierto partidismo me parece haberla presidido, un espíritu de exclusión de determinadas escuelas, alcanzando por un extremo la muy clásica de la señora Mujica y por el otro la muy moderna de la señorita Saco. ¿Estará siempre la verdad en el justo término medio, o será más verdadera la palabra evangélica: «Sé frío o sé caliente, porque si eres tibio te vomitaré de mi boca»?

El Salón de Verano deja, desde luego, una favorable impresión de conjunto. Decía yo el primer día, que «significaba inquietud y juventud, en medio de nuestro ambiente apático». «Debe de ser el aire del mar y la vecindad maravillosa de Valparaíso—proseguía yo, en mi comentario a los periodistas—los que así logran hacer salir un sol ardiente, a través de nuestra bruma de hastío».

Una eclosión juvenil aporta nombres nuevos dignos de señalarse. Tal, en primer término, el de la ilustrada Eugenia Grenovic, cuyas estampas «Sueño sin Fin», son una revelación tanto de técnica como de concepto. Citemos en seguida, con otro temperamento, a Estrella Labarca y su «Naturaleza muerta», y,

con otro aun, a Carmen Valdés Vásquez, quien repite los apellidos de su padre, el malogrado y exquisito Rafael Valdés y coincide con él en la suave elección de sus temas de «Interiores» y, posiblemente, hasta en los objetos de que aquél se servía.

Los otros exponentes destacados en la pintura son artistas ya con una reputación dentro del país, como Alvaro Casanova, Pacheco Altamirano, Marco Bontá, Gazmuri, Isamitt, Enrique Mosella, Estela Ross, Strozzi, María Tupper, Pablo Vidor, Waldo Vila. Cada uno de ellos ha querido hacerse representar al menos por una obra suficiente.

La escultura no abunda en nombres, pero grana en cualidades. Así Lorenzo Domínguez, con su concentrada, apretada y expresiva cabeza de d'Halmar; Araya, con una de vieja y Guillermo Mosella, con un retrato de mujer, digno de señalarse en cualquier Salón.

La cerámica tiene algunos representantes; Mesa Campbell sigue prestigiándola.

Y otro tanto les ocurre, en el dibujo, a Dora Puelma, Hermosilla, y ese «Huelén» (Juan Francisco 2.º González), cuyos apuntes del Puerto y de los cerros evocan la pasión con que los trató su padre, sin duda el más ilustre de cuantos artistas han florecido en Chile, clima moral, pero apropiado para conseguir flores y muy propicio a multiplicar cardos, quiscos y abrojos, sin hablar de la zarzamora.—AUGUSTO D'HALMAR.

LOS LIBROS

EL ESTUDIANTE DE LA MESA REDONDA, seguido de un novellín de la tierra, por *Germán Arciniegas*. Bogotá, 1935.

En el momento en que todos los pueblos de América buscan su expresión y sus pensadores consagran a ello los mejores esfuerzos, Colombia atraviesa por una inquietud literaria promisorra de un fecundo porvenir.

Si algún país se caracterizó, hasta hace poco, por su retoricismo y por el abandono de los problemas sociales y económicos fué el que marchó a la cabeza de la producción poética continental en el siglo XIX. En Colombia se destacaban las humanidades clásicas, con su cortejo de latinistas y de juristas, con historiadores limitados a una visión familiar y cándida del pasado, con líricos propicios a los desbordes metafóricos, con novelistas que no salían de la limitada proyección regional, como Tomás Carrasquillo, con oradores de amplia veste académica y de caudalosos giros arcaizantes. Pero esa etapa pasó junto con el surgimiento económico y con la exaltación de la juventud al gobierno y a la dirección financiera del Estado.

Desde hace algunos años, Colombia vive en permanente agitación literaria. Casi puede afirmarse que entró al ámbito de la cultura de hoy con los ensayos de Sanín Cano, tipo ejemplar del escritor macizo y del prosista de amplio vuelo continental.

Posteriormente, la literatura colombiana se ha enriquecido en el campo de la novela y del ensayo. Entre los descriptores de la tierra se han alzado nombres tan significativos como Oso-

rio Lizaraso, autor de *Casa de vecindad* y de *La cosecha*; Uribe Piedrahita, creador de *Toá* y de *Mancha de aceite*; Antonio García, con *Colombia sociedad anónima* y *Diez muertos obreros*; Rafael Arango Villegas, con su novela antioqueña *Asistencia y camas*; y otros que bastan para prestigiar el nombre actual de la novela colombiana. El ensayo también ha sido pródigo en libros de reciedumbre interpretativa, como lo prueban las *Divagaciones Filológicas y apólogos literarios*, de Baldomero Sanín Cano, *La melancolía de la raza indígena*, de Armando Solano, las páginas ácidas y novedosas de Fernando González, el orgánico volumen *Cómo se ha formado la nación colombiana*, de Luis López de Mesa y la reciente y vigorosa obra de Germán Arciniegas que provoca este comentario.

Germán Arciniegas se lanza aquí a la aventura novedosa y estimulante de arrancar del pasado americano el sentido nuevo de la historia que debe indicar las rutas del porvenir libertador del continente. El asunto ha sido ya tema de meditaciones y de fracasos para muchos escritores. Pero Arciniegas lo aborda con un brío certero que destaca su cultura y su excelente facultad de síntesis. Esto le impide embotar sus instrumentos de análisis en los laberintos de la erudición pedantesca. Así se explica el vigor sintético de las páginas medulares de *El estudiante de la mesa redonda*.

La mesa redonda es la historia. En su torno gira una interpretación nueva de América y de la vida colombiana. Comienza Arciniegas por meternos en el mundo escolástico y medioeval, para relacionar sus vínculos con lo renacentista. Desde ese mundo ensaya una exploración ferviente y valerosa de los mitos de la conquista y de su arraigo en las mentes semicoloniales de los ideólogos americanos. Arciniegas rehuye el tópico españolista que ha emboscado una interpretación económica de la historia. Pero, a la vez, no se encharca en un materialismo vulgar. No desconoce ni apoca los méritos de la raza, sus estímulos colonizadores, su vitalismo étnico y su colorido tenaz.

Por el contrario, desligado de los perjuicios hispanistas al uso, tan gratos a las academias y a los cenáculos de cronistas e historiadores mareados por la *hispanidad*, señala los graves defectos del sistema español y mete su escalpelo disector en sus aberraciones.

Con tales elementos, Arciniegas nos lleva del mundo medioeval, que pervive en el Renacimiento y cambia de expresión en sus giros ondulantes, al meandro vigoroso de la Conquista. Desnuda sus prejuicios, fija sus límites, destaca sus valores y los relaciona, con finura atrevida, a los elementos más modernos de la evolución americana.

Había llegado el momento de hacer esta labor que necesitaba tanto de la intuición creadora del artista como del material documentado del erudito.

Arciniegas exalta el valor mágico de la Conquista. Era un tiempo en que el hechizo de un nuevo mundo iluminaba y conducía a los «mareantes», cuyas inquietudes destaca en un capítulo magistral y henchido de atisbos críticos.

La Conquista derramó sobre América, continente virgen y mágico, todas las energías potenciales del Renacimiento. Así se explican muchas de las actitudes originales de los caudillos de ese tiempo cuyas vidas sólo conocíamos por las pálidas biografías de los historiadores.

En las universidades de mareantes y de aventureros del siglo XVI se dibujó ya lo que iban a ser los primeros años de nuestra vida colectiva. Todos los apetitos, los impulsos, las ambiciones, los sensualismos y las gravideces del Renacimiento se lanzaron sobre la América, que ejercía el acicate máximo sobre las almas descontroladas de los almirantes, adelantados y encomenderos primerizos. Junto con este impulso vitalista que partió de esa época propicia, vinieron a América los primeros particularismos y las iniciales herejías.

El mundo peninsular estaba aún en forma. En su primacía espiritual católica y en su unidad política y religiosa estaban

vivos los sedimentos que extenderían generosamente las armas y la religión de Castilla por las más vastas regiones del orbe.

Pero también vinieron con los conquistadores algunos de los elementos que demorarán tres siglos en descomponerse y en cuyos primitivos gérmenes deben hoy atisbar los ensayistas la explicación de muchos sucesos sociales de América. En tal sentido, el libro de Arciniegas contribuye asombrosamente a eslabonar dispersos elementos de juicio que, a la postre, entregarán la visión total de nuestro cosmos.

En la Conquista, junto al aventurero sin freno y al trotamundos venía el capitalista que administraría los impulsos de un universo febril. Desde el primer momento, con la división de la tierra nació el germen de las próximas luchas sociales, alentadas durante el siglo XVII, exaltadas en el XVIII y reprimidas por la nueva legalidad en el XIX.

Cuando el aventurero había echado las bases de las primeras ciudades y del rutinario comercio primitivo, surgía a su vera el hombre positivo que utilizaba en su provecho todo ese tumultuoso río de instintos.

Así, como lo prueba Arciniegas en el excelente capítulo sexto que titula «Los Conquistadores», se instaló el capitalista, que era el gobernador y cuyo norte absoluto era la explotación colectiva.

Estos hombres alimentaban enormes pasiones y apetitos pantagruélicos. Eran capitanes de empresa, cuya explicación social no logran dar las historias almibaradas de los hispanistas a ultranza.

Procedían en función de extorsionadores. Dividían la tierra y al recibir al rey las encomiendas determinaba, sin sospecharlo siquiera, las futuras causas de estruendosas luchas sociales.

Eran, como ocurre a menudo en la vida de los pueblos, los que recogían el sacrificio primerizo de los exploradores, de los que amaban la acción pura y desinteresada en una especie de arte por el arte de la conquista.

Entre los tipos divergentes de la Conquista, señala Arciniegas algunas diferencias profundas. Para él había tipos, como los estudiantes y licenciados, que, como otras veces ha ocurrido, quedaban al margen de la historia en una especie de subclase de proletarios intelectuales. En este aspecto conviene destacar la diferencia que hay en la vida colectiva del trópico entre un Alfínger, banquero devastador de pueblos, y Jiménez de Quesada, el licenciado, que entró al reino de los chibchas como un protector de los indios.

Mirada hoy la historia de América desde el ángulo del materialismo histórico se aclaran sus horizontes y se desgarran muchos misterios que permanecían penumbrosos por la capciosa manera de ver los hechos que tenían los monjes y los engolados y no siempre objetivos cronistas.

Desde luego resalta la incompreensión religiosa. El indio no entendía al Dios antropomórfico de los católicos. En su mentalidad primitiva dotaba de voliciones a los seres inanimados, a los árboles, ríos, pájaros, animales y fuerzas de la naturaleza. El misionero no entendió nunca el mecanismo subjetivo del aborigen, por más que se aproximó a veces con generosidad a los laberintos insondables de la psique americana.

En otros aspectos, los historiadores modernos se han referido a los hechos de la Conquista como a un simple acontecimiento épico. No han entrado en sus complejidades ni han separado sus particularismos raciales y caudillescos de las grandes conmociones colectivas del Renacimiento.

La interpretación nueva de la Conquista sólo ahora se apoya en firmes bases de realismo objetivo. Esto se debe a que se ha abandonado la manera liberal, que en Chile ensayó Lastarria, de negar todo a la Madre Patria y de explicar los acontecimientos de la Independencia como una mera reacción contra los procedimientos seculares de la Península.

En la historia del estado en forma español y en su repercusión americana hay factores que, en el último tiempo, han sido

mirados con un criterio sociológico y no como acciones y reacciones de una simpleza digna de Bossuet en su *Discurso sobre la Historia Universal*. Toda la vida de los tres siglos coloniales, como surge en páginas de Arciniegas que dan la clave social de instantes decisivos de América, es una pugna entre la forma fijada por la dinastía de los Austrias y las fuerzas subterráneas y latentes que rompen el cascarón de un orden secular. Esta afirmación, que exhibiré algún día en copioso estudio, puede sostenerse realista y objetivamente desde los primeros años de la Conquista cuando Lope de Aguirre levanta las banderas simbólicas del primer separatismo en la isla de Margarita de Venezuela. Al mismo tiempo en Copiapó y el Tucumán australes, Francisco de Aguirre afirmaba su recio individualismo vasco, su luteranismo latente y su voluntad de poder tan asombrosa como el tumulto de instintos que germinan en su vida desde el sitio de Roma hasta sus empresas atacameñas.

El poderío secular de España se afirmaba en la autoridad real, a cuya sombra medraban los conquistadores sobre lo que felizmente llama Ramón de Basterra «un hacinamiento de voluntades». Pero estas voluntades unitarias recibieron el riesgo disolvente de poderosas ideologías que van desde la Reforma Luterana, en el siglo XVI, hasta las corrientes del despotismo ilustrado en el XVIII, cuando se destacan hacia Venezuela los llamados navíos de la Ilustración, de la Compañía Guipuzcoana.

Arciniega tiene atisbos extraños cuando se refiere a la Conquista desde un ángulo crítico a que no estamos acostumbrados. Para él, el espíritu germano de la Conquista se manifestó en Venezuela por la acción de Frederman y de los Belzares. Constituyen estos un estado de cosas que equivale a lo que certeramente denomina Arciniegas como el «atilismo». En ese momento se ponen frente a frente dos posturas o módulos políticos; la militar germanizada, y la dialéctica o tribunicia, que representa Quesada. No es raro, pues, ver desde ese instante dos estilos de vida en la historia del continente. Así se explica también el ca-

rácter bogotano, cuya historia a través de cuatro siglos es, para Arciniegas, una continuación de esta política,

En la Conquista luchan, entre otras fuerzas, esos dos tumultos vitales. Uno es el hecho consumado, la «*verità effettuale*» de Maquiavelo, el secretario florentino; la otra es el derecho popular, florecido a la sombra del Rey, conservado y dilatado por los Cabildos y por los Licenciados con aspectos románticos que saturaban de cierta democracia a sus actos.

El espíritu jurídico y retórico de Bogotá, que se completa en el sur por Santiago de Chile, patria de abogados e historiadores, tiene mucho que hacer con el origen de sus fundadores, hombres letrados como Jiménez de Quesada, vencedor de la fuerza con sus palabras sutiles, y como Valdivia, magistral escritor en sus severas cartas al Rey de España.

Arciniegas deja más adelante a estos hombres ferrados de la Conquista y desliza su visión por la suave siesta del coloniaje, cuando los instintos se adormecen bajo la fuerza ordenadora de la Iglesia. Echamos de menos, sin embargo, dos capítulos en este libro que, dada la sutileza de su autor, alumbrarían formidables aspectos de la existencia de ese período: la vida sexual; y la vida religiosa en su relación con las herejías y heterodoxias que la sacuden desde la Conquista.

En el Capítulo VII, «Los Seminaristas», Arciniegas explora muchos de los secretos del coloniaje y desmonta el mecanismo de esos hombres que viven entre la oración mental y «*espulgándose la conciencia todas las noches*». Afirma su escepticismo sobre las cunas de las antepasadas de la sociedad actual, que eran hembras amatorias y cálidas dedicadas a alimentar la hoguera de amor crepitante de las pasiones de los adelantados y exploradores. Sobre esta base se echaron los cimientos de la que más tarde sería una sociedad conservadora y pecata.

Declinando sus vidas, advirtieron en ellas el rescoldo católico que les daba normas e imperativos categóricos de moral. Así mismo he visto en los minerales y ciudades campamentos

del norte levantar la cúpula catedralicia de la moral social sobre sedimentos antiguos de pasiones colectivas. Pero este asunto escabroso sería tema de un libro, cuyos tópicos muchos presienten sin ánimo de darle *forma*.

La vida sexual, como la vida intelectual de la colonia; tuvieron, como otros aspectos de la existencia española, algo de clandestino y de ilegal. Tanto la Inquisición, como las autoridades seculares, eran severas externamente con el que asaltaba las maneras imperantes. Salvo el caso aislado y violento de la Quintrala, que promovió escándalos y sobornos para destacar su liberalidad erótica, las mujeres de ese tiempo vivían la turbia aventura del confesionario con su ilícita solicitud, como puede verse en Chile y Perú por los acundosos estudios de José Toribio Medina sobre el Tribunal del Santo Oficio.

La vena erótica de los oidores e inquisidores no era débil ni moderada, pero a medida que se afianzó el aparato represivo del Rey y de la Iglesia—o sea lo que el obispo Villarroel llama *los dos cuchillos*—sus aspectos se hicieron más reservados.

La reserva erótica constituye uno de los caracteres más perfilados del continente, por más que en el coloniaje hubiera exteriorizaciones violentas en que lo religioso hasta puntear en lo freudiano, se estrechara sobre moradas terrestres con los dulces lazos de Venus.

Pero esta ilicitud se completaba con la ilegalidad de la cultura española que ha motivado un reciente y profundo análisis de Ramón J. Sender. (*La cultura española en la ilegalidad*, por Ramón J. Sender, *Revista Tensor*, números 1 y 2, agosto de 1935, Madrid).

El convento fué muchas veces un refugio donde la cultura asumió formas avanzadas bajo la tranquilidad relativa que ofrecía el claustro. Así se explican ciertos generosos desbordes del humanismo jesuítico del siglo XVII, punteado de un sutil barroquismo en las letras continentales, como puede verse en el estilo de Núñez de Pineda y de Landívar.

Para Arciniegas, los pueblos coloniales exhibían concilios de burros y concilios de burgueses. No logra dar, sin embargo, la expresión justa de la vida ciudadana en la época. Respecto al fenómeno económico nos agrega estas palabras poco promisoras (Página 121): «Había fenómenos económicos, si, pero la economía no había alcanzado a organizarse como una disciplina o un estudio. No había el número de hechos suficientes para sentar un principio, no había en donde recoger datos, ni de qué recogerlos como para hacer andamio a una ideas, a una teoría material de la vida».

Esto no es rigurosamente exacto porque ya en el siglo XVIII se perfila un ideario económico que tiene expresiones continentales desde las ideas que bebió Bolívar del cargamento enciclopedista de los navíos de la Ilustración hasta las que, al sur del continente, alimentan, con severa austeridad, hombres como Espejo en Quito, Manuel de Salas, Irisarri y Camilo Henríquez en la Sociedad de Amigos del País, lejano reflejo de otra similar que alumbró con los destellos de la cultura diciochesca a los salones de Caracas.

Quizá Arciniegas no ha explorado en este aspecto de nuestra historia, pero ya desde el siglo XVIII se puede seguir con claridad la noción de una economía nueva, como puede probarlo el espléndido libro de Ramón de Basterra, titulado *Los Navíos de la Ilustración*. (Caracas: Imprenta Bolívar, 1925).

Arciniegas estima que la Inquisición es algo más que la voluntad de represión religiosa. Es una especie de institución que lo envuelve todo con sus redes de espionaje y que penetra en las paredes con sus ojos perforantes de Argos mutiforme y encapirotado.

La Inquisición abarca la Universidad, la Iglesia y todos los brazos seculares que completaban al cuchillo eclesiástico de que hablaba el teólogo y jurista Fray Gaspar de Villarroel.

Pero en algunas partes, por rivalidades y particularismo que hemos visto reflejarse a través de los procesos e incidentes

cias del coloniaje, surgen resistencias eclesiásticas imprevistas que detienen el poderío y la grandeza de los inquisidores.

A medida que se ve más claro en la historia de España y de América se acepta con mayor evidencia la hipótesis de la ilegalidad en que vivió la cultura durante muchos años dentro de las tierras en que se hablaba el castellano,

Esta ilegalidad llevó a la Inquisición a los más acendrados espíritus no sólo literarios sino religiosos. Desde Fray Luis hasta Santa Teresa, desde Mariana hasta Gracián, desde San Ignacio, hasta Jovellanos hay en la vida española una pugna entre la caparazón oficialista, representada por los inquisidores, y los instintos populares tan bien señalados en el Romancero y que vuelven a canalizarse en él cuando decaen las expresiones más refinadas y cultas del arte,

En el Romancero del Continente, como lo apuntamos al estudiar el libro sobre los cantos populares de Antioquía, del colombiano Antonio José Restrepo, busca su fuga el sentimiento popular. Porque siempre la expresión del pueblo logra vías de expansión y no hallándolas en las letras sino en instantes aislados y sorprendentes, se refugia en el remanso del romancero y de la paremiología. De ahí suelen salir mal parados los ricos y los curas, las mujeres mojigatas y los hipócritas que dominan en la cumbre del poderío social.

Un estudio analítico, con sentido socialista, del Romancero Americano y del Refranero Continental darían la clave de muchos resentimientos y celos de la compleja alma mestiza.

Así también se explican los tonos melancólicos que los ensayistas colombianos Armando Solano y Luis López de Mesa, hallan en la música, pintura y literatura hispano americanas. Este *sollozo de soledad*, de que habla López de Mesa, revela el canto continental, el gemido de un errabundo en el vacío.

El Capítulo Décimo, titulado «Los Obreros» ofrece también novedad, a pesar que podía aplicarse en su perspectiva crítica y económica.

«A la corona distante e incomprensiva dice Arciniegas— sólo podía ocurrírsele montar impuestos sobre impuestos. Estancos, pechos, tributos, alcabalas, no eran sino manifestaciones casi idénticas de una política fiscal en bancarrota. El oro había viciado de pereza la República española. Desaparecido el oro, no se pensaba en soluciones a base de trabajo, sino en hacer con el ocio una capital». (Página 155).

En algunas partes, como ocurrió en Chile, el lavadero de oro no sólo concentró en esa explotación la energía de los Conquistadores, sino que, a la postre, diezmó el capital humano y las reservas de hombres de las encomiendas. Así se explica que la población indígena descendiera desde cerca de un millón de habitantes, en el siglo XVI, a unos 180,000 en el siglo pasado. La diferencia se hundió en la encomienda, en la guerra, en el lavadero de oro y en la mina.

Cabe aquí el grave reparo que ha constituido el rompedero de cabeza de los historiadores hispanistas o hispanófilos de academia, que ha recibido el último tiempo nuevos bríos con el estimulante libro *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu.

La Hispanidad no puede constituir una alcahuetería histórica ni una burda complacencia con los errores psicológicos de la colonización peninsular. Es verdad que los españoles fueron generosos y fértiles al confundirse con el caos hirviente de las nacionalidades americanas. Pero en su sistema de explotación hubo siempre un divorcio respecto a las claras normas de las Leyes de Indias, tan citadas ahora, como ayer, para cohonestar los horrores y brutalidades de la Conquista.

La desidia peninsular, apoyada en el arbitrismo de los impuestos y en la explotación descontrolada de la tierra por los encomenderos y más tarde por los vascos sedentarios que compraron las tierras de los jesuitas, acumularon, para nuestro tiempo, los gases explosivos de los resentimientos y de rebeliones campesinas.

Ya en el siglo XVIII, como lo exhiben Basterra, Arciniegas y Gonzalo Bulnes, se provocaron grandes levantamientos colectivos que hacían presumir importantes irregularidades en la explotación de los campesinos. (Vid: *Nacimiento de la República Americana*, tomo primero, por Gonzalo Bulnes, y *Los Navíos de la Ilustración*, por Ramón de Basterra, página 64, Caracas, 1925).

Estos movimientos, más instintivos que coordinados, son el de don Juan Francisco León, en Venezuela, durante el año de 1749, el de los comuneros que, en número de veinte mil, avanzaba sobre Bogotá, donde los recibe y engaña con su calma florentina el Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, y la rebelión tremenda de Tupac Amaru. En estas luchas y conmociones sociales había también factores de índole regionalista y particularismos peninsulares que tomaron forma y color sangriento en la algarada de León, promovida contra los privilegios odiosos de los vascongados, *ágiles y sanguíneos*, según la certera frase de Basterra.

Los comuneros vieron más tarde malogrados sus esfuerzos. Se hallaron reprimidos, aplastados y arrasados por la mano represora de los juristas bogotanos. Estos sonreían al principio, bajo la presión del número. Envolvían sus propósitos adversos a los campesinos en huecas frases retóricas y en finas reticencias jurídicas. Pero en tal actitud hervía un deseo de venganza, un propósito fiero de exterminio.

Las tierras de los siervos se redujeron, más tarde, al hipotético «derecho de comunidad», que encerraba la artera traición del despojo.

Así se aplastaron estas rebeldías latentes y así desemboca la Colonia en los días cautelosos y propicios a la conspiración de la Independencia. Mucho surco abrieron las ideas de los hombres ilustrados, de los cultores de Rousseau, de los lectores subrepticios de la Enciclopedia. A este respecto y con motivo de esta época dice Arciniegas unas frases hoy tan reales como en el

tiempo a que son aplicadas: «La conspiración es la manera de atentado que acaricia el mozo de izquierda cuando se ve oprimido, se siente vigilado y no dispone sino de exiguos recursos para volcar un sistema que reposa en calicanto de siglos». Surgió así la Independencia, en cuyo caldero hervían pasiones de orden económico y social, de resentimiento criollo y de voluntad de poder entre los intelectuales y estudiantes desplazados.

Con el sentido de ilegalidad que ya advertimos en la cultura hispanoamericana se relaciona el hecho, a veces más vigoroso que la saturación racionalista del siglo XVIII, del desplazamiento de estas minorías o *étiles* intelectuales realizado por la alta burocracia peninsular.

Cada cierto tiempo en los períodos revolucionarios del continente veremos repetirse estas luchas por la adquisición del poder y de las influencias que germinan a su sombra, por parte de los sectores desplazados. No otra cosa es la violenta lucha social que agitó a Chile entre la clase media, tildada de *siútica*, que acompañó a Balmaceda, y los sectores frondistas del cuadrilátero que hizo la revolución de 1891.

Los últimos capítulos del libro de Arciniegas y el *Novelín de la Tierra* que lo completa, son como un comentario a los problemas actuales de América, a su destino colectivo y a su conciencia del futuro.

Ahí se critican con tino los defectos del civilismo, al mismo tiempo que se revisan sus cualidades creadoras que tuvieron un marco idéntico en casi todas las repúblicas hispanoamericanas.

La Universidad, desde el período romántico en que se cimentó, tendió a polarizar las fuerzas intelectuales, pero junto con hacerlo, apagó en germen casi todas las energías creadoras y agotó el espíritu de investigación. Por mucho tiempo la Universidad siguió asentada en el persistente subsuelo del Coloniaje. El estado vivía de fórmulas tomadas del derecho romano y en éste poseía su raíz secular de dominio. Pero en ninguna parte se

buscó la expresión genuina de la tierra, salvo en el coro de voces aisladas, en su esplendidez ardiente, de los hombres cimera del continente, como Sarmiento, Martí, Lastarria, Vicuña Mackenna, González Prada, Montalvo y otros.

Para Arciniegas, frente al estado en forma conservador, apoyado más tarde en la superestructura del imperialismo político y económico, han estallado tres protestas: el bandido o guerrillero, con tipos como Villa, Sandino y Zapata: el político y el estudiante.

Penetra el libro en esta parte a una zona actual y delicada. No se pierde en divagaciones y a menudo fructifica en revelaciones intuitivas o en certeras pinceladas de dramatismo.

El *Novelín de la Tierra* trata problemas más limitados para nosotros, como es la izquierdización o renovación del liberalismo colombiano y su postura ante el movimiento *unirista* de los conservadores de ese país, que surge de la palabra unir.

El *Novelín de la Tierra* concluye con un ardiente llamado a la búsqueda de la genuina expresión de América, no lograda aún ni por la buena voluntad de los ideólogos, ni por el fervor pasadista de los historiógrafos, ni por el libresco módulo de los sociólogos, ni por la equivocación dilatada y persistente de los políticos ya desacreditados.

«El novelín del campesino—dice Arciniegas—novelín de pesadumbre y de melancolía; el novelín de los surcos callados que va dejando la reja cuando rasga la tierra al moroso paso de la yugada; el novelín de los patrones recios que llegaron a América en las mismas naves con Francisco Roldán, es todo el novelín del continente. Del continente oculto que no descubrieron los españoles, sino que lo cubrieron con sus leyes, con sus templos y con sus encomenderos. El novelín de la América que está por descubrir y que sólo veremos cuando se rompa esta cáscara superficial que hoy la cubre, y pueda surgir su alma libre para decirnos las primeras palabras. Novelín, novelín de las voces calladas y de los gritos que quieren apagar los cantos del espí-

ritu; si un indio cauteloso dejara susurrar el canto que él no sabe, si la tierra de América pudiera reflejarse desnuda sobre el paisaje de un libro fiel, entonces diríamos que está naciendo el novelín. Y el novelín sería un indicio, una salida tímida, la primera salida de América incógnita: la revelación del continente desconocido». (Página 209).

Esta busca de la expresión de América, por encima de lo que tiene de mal asimilado su cultura y de lo que entraña de insincero su estructura, es lo que nos identifica y acerca al pensamiento de Arciniegas. Lo que él ha expresado con bellas y maduras palabras es lo mismo que desde aquí, como de otros puntos del continente, toma forma en las nuevas ideologías y alimenta los impulsos creadores de múltiples espíritus. No poco agrado debemos a Arciniegas por habernos acercado a su novelín, cuyo secreto encanto reside en la ancha senda que conduce hacia insospechados panoramas desde sus intuitivas y hermosas páginas. Con ellas se enriquece y acrecienta la literatura colombiana, que ha producido ya un Rivera, un Carrasquilla, un Sanín Cano, un Osorio Lizaraso, un López de Mesa, un Uribe Piedrahita, un Fernando González y un Armando Solano.—RICARDO A. LATCHAM.



UNA ESPECULACIÓN ACERCA DE LA FUTURA CULTURA DE AMÉRICA

Considerando «la caótica mentalidad del mundo actual», frente a esta hora de tan profundo sentido materialista, José G. Antuña se pregunta si es oportuno ocuparse en «los prístinos temas de cultura», que se examinan en su libro, recientemente aparecido, «El Nuevo Acento». La respuesta es precisa. Se trata de la futura cultura de América; y para Antuña lo que América reclama «es crear su historia, que no es otra cosa que elaborar su propio sentido espiritual; la afirmación de su presencia y la

soberanía de su voluntad, contra la fuerza ciega y el sedimento de los hechos consumados y el despotismo de los ajenos atributos». Ni tribulación, pues, ante la inmediata realidad, ni una esperanza a corto plazo. La que se cierne sobre estas páginas, fundada en el afán de cada día, encareciendo la disciplina del esfuerzo, se remonta al porvenir, sin que le arredre ninguna lejanía.

Claro fervor y ahincada sed queda a través de esta especulación. Atiende ella a indagar cuál será la nota que América incorpore a la cultura humana; cuál su expresión original y propia en el orden de las ideas del pensamiento y de la sensibilidad; cuál, en suma, lo que el autor llama «el nuevo acento», por alusión al sentido de la civilización, al concepto del arte y de la vida que hayan de definir o precisar nuestros pueblos de habla española o portuguesa. En su tenaz indagación considera Antuña el pasado, abarca la evolución social de Hispanoamérica, observa el fenómeno literario, examina obras y figuras representativas, repara en la formación cosmopolita, aborda el tema del nacionalismo, el del paisaje como expresión del continente, el del idioma, el de la colaboración de España y América. . . Su solicitud se extiende desde el indio hasta la realidad actual. Agrupa, por tal modo, en torno de una preocupación dominante y de un concepto substancial, una materia a menudo tratada fragmentariamente. Si aconseja a estos pueblos la universalidad, condiciona esa universalidad sometiéndola «al control de disciplinas severas frente a lo caduco o lo funesto de las viejas civilizaciones». Así, dentro del pensamiento que este libro expone y desarrolla, la originalidad americana surgiría de la concentración de la ajena experiencia con la propia genialidad, que impondría a aquélla las rectificaciones de una nueva conciencia.

Apenas si cabría ya notar con cuanta razón en el estudio preliminar que trazara para la obra, ha apuntado Valer y Larbaud como el autor «se empeña no tanto en imaginar lo que podría resultar el porvenir material de los Estados surgidos de la colonización española y portuguesa, sino más bien en determinar las

características intelectuales, el «nuevo acento», que ofrece este conjunto, como contribución propia y aporte personal, puede decirse, al desarrollo futuro de la civilización». Y a este respecto, observa agudamente el escritor francés que «los grandes acontecimientos políticos, es decir, marcados con el carácter de adaptación, defensa y progreso humanos, son todos de origen intelectual y como la emanación de la «historia interna».

Mas señalamos ya que «el nuevo acento» está en estas páginas vibrantes, en el orden de preocupaciones que ellos denuncian, en el pensamiento que la inspira, en el propósito de que se nutren, en la aspiración que trasuntan, en la clara esperanza que interpretan. Y notemos que, si por una parte, esta última mantiénese enhiesta frente al desconcertante—y desconcertado—panorama de nuestro tiempo, como brotada de un mundo nuevo y cuyo destino es ése: alentar la nueva esperanza; por otra, no tiene prisa, porque ante la juventud extiéndese el vasto horizonte.

Pero es éste que examinamos un libro de plena madurez espiritual. Y es que en el ensayo, como en la crítica y como en la novela—formas que por cierto no aparecen de improviso—se anuncia ya, vigoroso, «el nuevo acento». El sentimiento, pero no sólo el sentimiento, sino también la idea de la predestinación de América, la preocupación de su futuro, como presencia y como influencia en la marcha de la civilización, se constituye en objeto de una alta y grave solicitud. En la ruta de quienes primero experimentaron la inquietud americanista; ampliando o aclarando la perspectiva por ello tendida; sumando a su visión nuevas visiones, o dando realidad a sus anhelos, promesas y esperanzas, el americanismo—no el que retóricos insubstanciales y políticos intrascendentes suelen postular, sino el que en la obra literaria como en el terreno especulativo afánase por hallar su expresión—está justificando las expectativas más confiadas. «El Nuevo Acento» es un aporte verdaderamente significativo; él nos dice cómo, entre sus andanzas de viajero, el ejercicio de la vocación

literaria y el tributo pagado a la política, su autor ha hallado huelgo para meditar estas páginas, tan pulcramente escritas, en relación con la futura cultura de América.—HÉCTOR VILLAGRÁN BUSTAMANTE.

PIEDRAS Y SOL, por *Sady Zañartu*.—Prensas de la Universidad de Chile, Santiago.

Cada día nos interesa más esta cosa autóctona indoamericana. Y es que, a medida que se va estructurando más cada día lo indoamericano, a medida que van apareciendo, bajo la taumaturgia de la adivinación y de la observación, las vértebras arcaicas de esas culturas soterradas por el tiempo, se nos van revelando, más interesantes, los detalles ignorados de una avanzada civilización.

Recién, no más, nos daba el peruano Luis Alberto Sánchez, una visión ideológica (estamos esperando la realización formal o arquitectónica) de la cultura en América. Ahora, Sady Zañartu, chileno inquieto y viajero, como todos los chilenos, pero que les da movimiento a sus inquietudes, escribe una visión sentimental del Altiplano. «Piedras y Sol», (título bien justo dentro de una vaga poesía, aunque nosotros hubiésemos quizás preferido «Piedras, Agua y Sol») es una interpretación personal, vale decir, una adivinación, del misterioso pasado de los Incas.


Se aleja, el viajero, de los sonoros aires marinos y va ascendiendo, con el mirar expectante y la memoria removida de recuerdos, la escalinata monumental de los Andes. Desde cada tramo de la sierra, a través del aire ensimismado y transparente, el ojo va sondeando el panorama: un panorama de piedras y de sol, bajo cuya dureza luminosa corren aún las aguas latentes del

pasado. Alegoría de luz y de formas, de movimiento y de estatismos y de sensaciones. Surgen, arqueológicamente, festonadas de actualidad, las maravillas arquitectónicas de Ollantaytambo y de Machupicchu, y la geometría bélica de Sacsahuaman y de Muyumarca, y los bloques lustrosos de la Cuzco imperial; y se nos revela la filosofía de la piedra «cansada» en «su» camino, y en el ojo del indio el sentido hieráticamente mesiánico de su indolencia o de su esperanza; y revibra, el mismo tiempo, en nuestros oídos el prodigio místico de la María Angola, que nos parece, exótica y descomunal en el ambiente, una azucena aérea de bronce y oro. Y tras esto, y condimentado con todo esto, la anécdota sabrosa y el episodio histórico y turístico y la descripción de lo encumbrado y abismal (página 33), y la exégesis gramáticamente personalista y pagana, del autor, del mito incaico.

Sin precisiones ni alardes buceadores eruditos, con sola la comprensión unciosa hacia lo estético ancestral, este libro de Sady Zañartu es un magnífico homenaje a la raza ordenadora de Yupanqui y de Huaina Capac. Y para el lector, un buen vaso henchido de sugerencias, recogidas por el autor en las fuentes de la cultura autóctona de nuestro continente.

Armónicamente, un estilo pulido y robusto, como piedra del pasado, y claro y cálidamente exuberante, como el sol sagrado del Altiplano, ilustra la noble realidad del contenido. A veces, alguna arista se tuerce un poco, o alguna mancha quiebra el reflejo luminoso de la forma, y quizá si se siente a veces un poco de «sequedad» en el conjunto, (¿por haber excluído, acaso también, el autor, el agua, del intento capital de su libro?); pero eso no es nada. Sady Zañartu es un escritor que asciende seguro, libro tras libro, hacia el altiplano de la literatura americana.—

GUILLERMO KOENENKAMPF.



LUIS LÓPEZ DE MESA Y SU LIBRO «COMO SE HA FORMADO LA NACIÓN COLOMBIANA», por *Luis Enrique Osorio*. (1)

LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO

¿Será posible pertenecer a determinada generación?...

Creo que esto depende del sentido que se imprima a dicho vocablo.

Si por generación se entiende el grupo de individuos que han nacido en determinada época, puede afirmarse que cada año, cada mes, y aun cada minuto viene al mundo una nueva juventud.

Pero si damos a la palabra en cuestión un sentido de cultura, de mentalidad de etapa ideológica y económica, entonces no cabe duda de que hay generaciones a largo plazo y que el profesor Luis López de Mesa pertenece a la generación del centenario.

Los sociólogos norteamericanos han observado que en Estados Unidos se opera una transformación trascendental cada treinta años. Ellos buscan la explicación en las cifras, y quizá podrían desentrañarla mejor si la persiguieran en los textos de enseñanza y descubriesen que a cada época le corresponde una orientación escolar en la que han tenido honda influencia un individuo o un grupo de individuos.

El impulso que éste o éstos marquen a la labor cultural plasma el medio ambiente, gracias a la analogía que existe entre la ruta mental y la realidad económica. Luego sigue un período estacionario, que da fisonomía a una de esas «épocas», hasta que un nuevo criterio venga a revolucionarlas de acuerdo con el sistema de saltos que anotó Hugo de Vries en el proceso biológico.

Nos parece oportuno publicar con ocasión de la visita de López de Mesa a nuestro país, el interesante juicio crítico que sobre el libro *Como se formó la Nación Colombiana*, escribió el distinguido publicista colombiano Luis E. Osorio.

gico (Teoría de las Mutaciones) y que los marxistas aplican paralelamente al progreso social.

La generación del centenario que pudiera llamarse también entre nosotros la de la post-guerra, tiene características inconfundibles, que en sus rasgos fundamentales cobijan a todos los intelectuales que se consideran ligados a ella. También la vemos ejercer un dominio casi absoluto en la vida mental y económica del país, desde comienzos del siglo hasta nuestros días.

Como su misión está prácticamente cumplida, la muchachada que aun no comienza a construir dirige sus dardos críticos contra los mentores de seis lustros, y quisiera fulminarlos de un golpe.

¿Injusticia?... ¿Ingratitud?

Quizá esto sea apenas el síntoma de que las cosas cambian bruscamente, aunque de ello no se den cuenta los viejos, sino apenas los jóvenes que aspiran a que la civilización comience con ellos.

Permítaseme condensar las características de la generación del centenario.

Fué ella quien recogió las dolorosas experiencias de nuestra última guerra civil, y por lo tanto, de un siglo de guerras civiles durante el cual nos agitamos con mayor o menor idealismo para buscar, según concepto de Cecil Jane al referirse a la América Hispana, «el máximo de libertad dentro del máximo de eficacia gubernativa».

Los que alcanzaron a sentir el fracaso de la última revuelta—fracaso de Palonegro lo mismo que de Peralonso—y se dieron cuenta de que los hechos de armas tenían en nosotros la inercia de la epopeya libertadora, pero no respondían a la índole estática de un pueblo montañoso y paracitado, declaráronse por el pacifismo, por la reforma serena, por la conquista del progreso a través de la controversia y el parlamentarismo.

Del brillo de las espadas, pasaron al de las palabras, y se

hicieron parnasianos. Al cañonazo le sucedió la metáfora. Y como el dogma se había entronizado con abrumadora fuerza reaccionaria, resolvieron buscar, para sus anhelos, el punto de menor resistencia—aquí los principios de sociología mecánica que preconiza Jorge Alvarez Lleras, como continuador del sabio Garavito—y se armaron de convencionalismos antes que de análisis.

En la brillante generación, hay hombres que pertenecen a ambos partidos históricos. Unos y otros tendieron al término medio, reservándose cada cual para sí la modalidad, la «nuance» de sus expresiones partidistas. Al reunirse un congreso, los unos comenzaban siempre sus discursos proclamando sumisión a la sede apostólica, y los otros negándose a enviarle al arzobispo un saludo de cortesía. Al entrar en polémica, hacían bellos e inflados debates en los que la forma tenía algo de ritual y la entonación de la voz algo o mucho de sacerdotal aun en los más radicales. Con qué gusto faltábamos a clase algunos chicos de entonces, para presenciar esas tragedias que nos suplían la ignorancia de Esquilo y Sófocles, y aun del mismo Aristófanes...

No digamos, empero, que la táctica de aquellos hombres era errónea.

Los centenarios pecaron más bien por realistas, y han sido hábiles artífices de su pueblo.

A base de retórica, de anticlericalismo verbal y de conservatismo casi unánime, se llegó a obtener el fruto de la reforma constitucional de 1910.

La generación se cohesionó por medio del republicanismo, manifestando el anhelo de que los exponentes de uno y otro bando se uniesen ya políticamente en torno a una sola bandera.

Una de las transacciones de los conservadores fué la que nos llevó a la absoluta libertad de prensa. A cambio de este plato de lentejas, los liberales vendieron su derecho de primogenitura, el más bello título histórico que les diera la vida republicana:

la comprensión al ideal de Bolívar, que trató de cristalizarse en el artículo noventa de la Constitución de Rionegro.

La verdad es triste, pero conviene recalcarla. Ni en las universidades liberales, ni en las conservadoras se volvió a tratar desde 1886, ya fuese como una simple materia de curiosidad científica, el problema internacional a la manera bolivariana. Jacob pidió eso para sí con el objeto de devorarlo, y Esaú, el hambriento Esaú, que se había dado cuenta de lo poco dinámica que es la montaña para los hechos de armas, se asió a las lentejas de la prensa libre.

El trueque fué malo por unos aspectos y bueno por otro.

La prensa libre ha sido en Colombia durante treinta años la única universidad que llega a las masas. En cambio, el localismo, que se conformó con envolver a Colombia, como a una virgen jurídica, en la muralla china de tratados que no han sabido respaldarse con realidades económicas y culturales, es lo que nos ha llevado a rodearnos de antipatías, mejor que de pueblos hermanos, y a contemplar lo mismo ante el Amazonas que ante el Orinoco el fantasma de la guerra.

Si vamos a sacar en limpio la obra constructiva de la generación del centenario, tendremos que reconocerle su sentido realista, su viraje hacia la retórica para apartarnos de la pólvora, y su común acuerdo para sustituir con el periodismo la falta de escuelas.

Si fuéramos a señalar sus defectos, el capullo natural de defectos que envuelve a la larva de toda transformación, no podremos menos de censurarles su internacionalismo fofo, meramente protocolario, y la manera como ha matado sistemáticamente en la juventud el sano idealismo, la amplitud de miras y el fervor iberoamericano para poner en cambio un sentimiento patriótico que parece, antes que una herencia de los tiempos heroicos, una planta transplantada de los Balkanes, o de cualquier sector europeo, donde se erizan los nacionalismos estrechos.

EL AUTOR

Luis López de Mesa pertenece a la generación del centenario a pesar de sí mismo, porque su temperamento resulta rebelde dentro del grupo.

Entre todos, es el más profundo. Posee además una cualidad mental que tal vez ninguno de los otros demuestra: el poder de síntesis. No huye a la influencia parnasiana del medio, y tiende con verdadero escrúpulo sacerdotal al culto de la forma; pero dentro de ella, como dentro de la casulla forzosa, mete ideas hondas, generalidades trascendentalísimas, y hasta conceptos impopulares.

Esto de la inoportunidad es lo más reñido con la generación del centenario, que sabedora intuitivamente de la pereza andina nunca gusta de vetar los brotes emotivos de la masa, ni de proponerle empresas difíciles.

Cuando la exaltación patriótica del año pasado, Luis López de Mesa fué el único intelectual del centenario que tocó la cuerda de la ecuanimidad y echó mano al anteojo de larga vista... ¡Casi lo bañan en la Rebeca!

Llegaba él de Europa en esos días, y algunos «desconectados» le oímos hablar en un café de Cali. En esto el maestro es pródigo. No cambia ideas, sino que las da cuando se improvisa auditorio.

Producía la impresión de un trozo de hielo, arrojando fulguraciones multicolores bajo el calor del tema de actualidad... fulguraciones que los demás nunca darían, porque no eran de hielo... fulguraciones que ponían en claro nuestra realidad social.

Aquello lo saboreaban muchos, más por la forma exquisita, pulcrísima—López de Mesa habla como si escribiera—que por la verdad incontestable.

Alguien se atrevió a decirle:

—Usted es, entre los hombres de su generación, el que ve con más claridad. Si usted supiera llegar a la masa, si tuviera algo de demagogo, se impondría en Colombia, no como simple intelectual, sino como mandatario.

Sonrió, no sé si satisfecho de la lisonja o herido por el desfavor.

¿Oyó?...

Quizá no.

El profesor López de Mesa oye muy poco. No está el oír en su temperamento.

Esta característica, que me hallo lejos de ensartar como un defecto, es lo que hace que el ilustre profesor, al reflejar su proyector sintético, que trata de poner en claro los perfiles esenciales de todo panorama enmarañado y de todo caos, no sea siempre igualmente profundo.

López de Mesa es más un hombre de biblioteca que un hombre de acción. Ama al pueblo, aunque no lo parezca, pero huye el contacto con el pueblo. Cultiva la torre de marfil que también agrada a los hombres del centenario con excepción de las vísperas electorales. Y la cultiva hasta el punto de que en días de elecciones es cuando más se esconde.

De aquí se desprende que su síntesis sea más perfecta, cuando mira al pasado que cuando pretende arrancarle verdades al presente.

La realidad de hoy, que no consta en documentos, sino que requiere el íntimo contacto con todos los hechos y grupos sociales, la visita al chalet y a la buhardilla, el olor del smoking y el de la ruana, aparece ante la mirada sintetizadora del profesor López de Mesa con cierta tonalidad azulina de lejanía, bruñida a la vez por ese optimismo patriótico de los «centenarios», para quienes este mundo es casi el mejor de los mundos; para quienes la crítica nacional, si es acerba, resulta sacrílega.

Nadie mejor que él ha estampado en pocas páginas la epopeya caldense, del hacha y el tesón antioqueños. Nadie mejor

que él ha explicado en pocas frases el espíritu y el alcance de la expedición botánica. Nadie mejor que él ha hecho la crítica de nuestros últimos gobernantes, reaccionando contra el furor y la ampulosidad de Vargas Vila. Su «Introducción a la Historia de la Cultura» es uno de los más sesudos documentos que tiene la bibliografía colombiana para estudiar el alma de Colombia hasta pasar los linderos del siglo XIX.

EL LIBRO

Perdonen los lectores si estas críticas entran algo tarde en materia. Se me ocurre que lo más interesante de un libro no es el libro mismo, sino la personalidad del que lo escribe y el ambiente en que esa pluma se agita. El volumen en sí es una simple consecuencia de lo demás.

Al decirnos «Cómo se ha formado la nación colombiana», López de Mesa nos brinda la madurez que procede de su evolución temperamental dentro de una época, dentro de una generación, dentro de un «modus operandi»; pero a raíz de pensamientos tan profundos y universalistas como los que marcan la arista de «La civilización contemporánea», obra que para muchos tiene cierto sabor spengleriano, pero que posee un don de síntesis que Spengler pudiera envidiar.

He leído el último libro de López de Mesa con la consagración de quien sigue, como estudiante aplicado, el curso de una mentalidad a través de las obras que va ella gestando.

Es una pieza admirable y casi única en nuestra bibliografía.

Se desprende de la mentalidad consagrada en los últimos treinta años; pero trata de marcar derroteros realistas a las nuevas generaciones.

No alcanza a definir nada para el mañana y no acertaríamos a decir si ello es un vacío inconsciente o intencional. El reflector sintético, que pone en claro a todo el siglo diecinueve, se empaña

un poco al querer iluminar a 1934, y a veces hasta extravía un poco la síntesis.

La obra explica prodigiosamente la manera «cómo se ha formado la nación colombiana». El título está ampliamente satisfecho. Quienes desean ver el presente con igual claridad que el pasado no deben estarlo, y marcarán en la última página una admiración para el historiador-sociólogo, al lado de un respetuoso interrogante para el sociólogo moderno.

La forma, que en la «Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia» pasa de un exquisito parnasianismo a un tono simplemente expositivo, en el nuevo libro se mantiene uniforme, logrando que el buril fraseológico triunfe aun al margen de los fríos datos estadísticos, con un léxico pródigo que no persigue exhibicionismos gramaticales, sino mayor diafanidad y concisión de las ideas complicadas.

A veces la palabra es tan certera, y hasta tan eufónica, que el profesor no se conforma con engastarla: le hace una venia de esas que él sabe hacer, y le deja un mimo entre paréntesis... o le cambia, como sensual caricia, una s por una z, haciendo constar que la modificación ortográfica le conmueve, le hechiza, le inspira. Aquí está sintetizado y quitaesenciado el temperamento de los centenaristas.

Otra gran cualidad del libro es su complejidad. En oposición a la tendencia especialista de los europeos, López de Mesa procura ser un erudito y un dominador de todas las facetas de nuestro poliedro sociológico, Raza, geografía, economía, arte, religión, cultura, internacionalismo, universalismo, todo se hilvana allí con la debida eficiencia.

Esta clase de libros es extraña, hasta donde se me alcanza, a la mentalidad nórdica. Allí esto produce cierta impresión de enciclopedismo, que los sabios especializados desdeñan. La razón estriba en el hecho de que en aquel mundo experimental, acumulador y seguidor del detalle, nadie logra detalles, cuando amplía de tal manera el radio de sus observaciones,

Entre nosotros los tropicales, que tenemos en la intuición nuestra facultad primordial, y que nos dormimos sobre el detalle, mirar en todo sentido es, más que un acierto, una consigna social.

Es posible que la obra de López de Mesa no complete su visión poniendo en claro las relaciones, los íntimos lazos que existen entre unos y otros aspectos del problema cósmico, y que no coloque la nexificación sobre la clasificación.

Puede que esto sea ya demasiada exigencia del crítico, que quisiera ver en el maestro López de Mesa al «leader» integral de la época que nace hoy con la inquietud de una muchachada que no ha comenzado aún a construir de acuerdo con sus propios anhelos, y que está huérfana de conductores.

LA ÍNDOLE DE NUESTRO PUEBLO

La resume en una frase lúcida:

«Somos Africa, América, Asia y Europa a la vez, sin grave turbación espiritual».

Al fin hay entre nuestros talentos maduros un sociólogo que reaccione contra la aberración europeizante.

En este capítulo, campea especialmente el psicólogo. Salen a flote la tendencia introspectiva del mestizo, la efusiva y dadivosa del mulato y el sentido métrico del uropeo. Se recapitulan los defectos y cualidades de nuestro hibridismo, y llega el autor a una conclusión alentadora: tenemos grandes cualidades, que nos capacitan para llenar en el mundo una gran misión histórica. Tenemos defectos, pero todos ellos son accidentales, y fáciles de dominar por medio de la empresa educativa.

El hombre, al trasladarse a otro medio, recibe la influencia de los paisajes que le son extraños, pero a la larga los domina imponiéndoles un nuevo plasticismo. Cuando hay compenetración entre el hombre y el nuevo medio, surge un pueblo joven.

Nosotros estamos en camino de ser uno de esos pueblos,

pero no a base de dominación europea, sino de una cósmica complejidad.

No hay allí nada que no sea profundo y alentador.

Sería de desearse apenas que, al estudiar las razas componentes, el autor entrara a considerar siempre al individuo, como la expresión de un todo, como partícula social, plena de influencias atávicas de grupo. Se echa de menos a menudo el por qué de las cosas, que el autor no ignora seguramente, y que bien pudiera sintetizar en una frase. La índole del negro, originario de Africa, y del indio de posible ascendencia asiática, no aparecen tan explicadas, como el europeo que nos trajo el sentido de la medida.

Anuncia con acierto que nuestra cultura propia no será europea ni asiática, y que será «más intuitiva, más generosa y poética, más universal tal vez» que la de nuestros mentores del viejo mundo. Frase es esta de un maravilloso poder sintético, que sabrán apreciar quienes tengan formado un criterio sobre nuestros rumbos americanistas. Lástima que el autor se detenga ahí, y en vez de enfocar mejor aun el problema vacile y diga que «es difícil avanzar una opinión sobre la resultante de la fusión de tantos temperamentos, como hoy conviven en la América latina».

Ya hay al efecto una ruta indicada, que esbozaron nuestros precursores, y que se desprende de las mismas observaciones históricas del libro que venimos comentando.

Pero López de Mesa, demasiado discreto, prefiere velar la actualidad.

EL TERRITORIO DE COLOMBIA

Pocas páginas tan diestras se han escrito en el altiplano respecto a nuestro aspecto geográfico. Tiene aquello no sólo el acierto del resumen, sino cierta movilidad que nos permite

ver claramente la manera cómo el paisaje va cambiando bajo la influencia de la cultura europea.

El estudio geográfico del Nuevo Reino de Granada, hecho hace más de un siglo por Francisco de Caldas, e ignorado desde entonces para casi todos los colombianos es una obra gemela de este capítulo. López de Mesa es más exquisito en la forma y en el concepto evolutivo de la zoología y la agricultura. Caldas le supera en el aspecto antropogeográfico, porque estudia magistralmente antes que los antropogeógrafos europeos, la influencia que ejerce el clima sobre el hombre, y la índole de las mezclas, especialmente la del zambo de los litorales del Pacífico. También es superior Caldas en las descripciones meteorológicas. Todo esto se explica. El profesor López de Mesa ha visto a Colombia sobre las cartas geográficas, la ha viajado con ojos de filósofo, y la ha verificado también como médico en su consultorio. Caldas recorrió el país de un extremo a otro con la ansiedad del naturalista, en contacto más íntimo con la realidad.

Es de extrañarse, empero, que el autor no haya tenido en cuenta ese gran documento de Caldas, que no lo cite, ni se adivine siquiera la consulta.

LOS GRUPOS RACIALES

Este capítulo visto por el aspecto puramente racial, es obra maestra. Casi nada se había hecho hasta ahora para describir la heterogeneidad étnica de la Nueva Granada en lo que a las mezclas se refiere.

Para López de Mesa la cordillera oriental de Colombia tiene sello mestizo y la occidental sello mulato, lo que les imprime diferentes características. Esto sin perjuicio de que en algunos sectores predomine el indígena, en otros el negro, en otros el europeo.

¿Quizá sería más exacto decir que el occidente es, en líneas generales, una mezcla triétnica?

La manera como hace justicia a la intelectualidad que cada región ha producido, sirve para levantar el optimismo respecto a lo que puede llegar a ser la colaboración de todos los sectores, a fin de producir una intelectualidad realmente colombiana.

Hay algunos detalles que se escapan al etnólogo y que saltarían a la simple vista del viajero. La diferencia, por ejemplo, entre el oriente y el occidente de Antioquía, que parece colocar la herencia vascongada frente a la andaluza; y el contraste que hacen las mezclas raciales de la misma Antioquía, bastante híbrida ya en sus clases populares, con la difícil o menos rápida asimilación del negro en el sector caucano. Tampoco considera, que yo recuerde, la influencia del indio atlantiquense en el tipo popular de las ciudades costeñas, a las cuales ha dado rasgos muy peculiares la sangre aborígen. Hasta existen poblaciones donde el aborígen ha absorbido casi por completo el coeficiente africano.

No puedo menos de manifestar absoluto desacuerdo con la afirmación del autor sobre las diferencias raciales en nuestro altiplano. Dice que a principios del siglo XIX el «proletariado» bogotano, y no se diga menos del pueblerino y rural de toda la comarca, era sucio, vicioso, ignorante, lerdo y poco escrupuloso moralmente, existía enemistad de castas muy pronunciada... «Añade que hoy ha desaparecido ese odio totalmente y ha sido reemplazado por un sano criterio de democracia igualitaria sobre la base del respeto recíproco; el pueblo se va contagiando *del gusto por la limpieza del cuerpo y del vestido que es peculiar del hombre moderno...* La *higiene alimenticia, la escuela (?)*, el estímulo social y un nivel económico superior despejaron mucho también las facultades intelectuales, deprimidas y obscurecidas antes».

Algún progreso habrá habido, sin duda alguna; pero qué poco para escribir páginas de tal conformidad. Si de algo adolece hoy nuestra metrópoli es de prejuicios clasistas, de abandono

de las masas, de atraso intelectual del pueblo por falta de campañas higiénicas y culturales.

Ya lo había anotado hace poco un intelectual que nos visitó entre las clases cultas y las clases populares de Bogotá hay un abismo que casi pudiera compararse con el que separa a los brahmanes de los parias.

En esto el profesor López de Mesa ha caído en el clásico conformismo de los centenaristas, que creen vivir en el mejor de los mundos, y que cierran los ojos ante la chiquillada que duerme en las piedras de las aceras, cubriendo sus desnudeces y lacras con papeles de periódicos.

Nótese también en este capítulo el vacío del estudio sanitario. Nuestra raza, por debajo de todos sus matices, es una raza enferma, y especialmente parasitada en sus dos terceras partes. Este es un lastre que elimina energías y que no debe faltar en un estudio general.

Los parásitos intestinales y sanguíneos han jugado en la formación de la nacionalidad colombiana un papel esencial y definitivo, que se extiende ya por ley de relatividad a las costumbres.

LA RIQUEZA NACIONAL

Un admirable comprimido es este, llevado a cabo sobre las pocas estadísticas que poseemos.

¡He aquí la economía política que sueña el Presidente electo!

Nada hay allí que pretenda proyectar teorías extrañas sobre nuestros fenómenos indígenas.

La conclusión que saca el autor es toda una línea de conducta, que podría figurar en la fachada de nuestras universidades y especialmente en la facultad de ciencias sociales.

Colombia ha sufrido grandes vicisitudes en la implantación de una riqueza exportable. Sólo hemos desarrollado sin tropiezos aquellos artículos que no tienen competencia en el exterior,

gracias a las condiciones insuperables en que podemos producirlos.

Esto equivale a afirmar que entre nosotros ha hecho más la geografía que la técnica. La nuestra es una economía a libre crecimiento, sin médula científica para predominar, ni siquiera mantenerse en pie en el concierto universal.

El dato es alarmante, aunque estemos exportando muchos millones de sacos de café.

Paréceme, empero, que el tema económico no ha sido tratado en forma completa. El autor estudia la economía de los productos, y pasa casi por alto el fenómeno de la propiedad en su desarrollo y en sus perspectivas, lo mismo que el motivo ultramoderno de la planificación.

Si mal no recuerdo, se manifiesta más bien algo estancado en los principios de Mánchester, cuando dice que la economía no puede gobernarse, que es hija del caos.

¿Por qué no ha de lograr ella regularse por medio de la conciencia social?

Si el hombre domina el mundo de las bacterias, el de los átomos, el de las más complicadas leyes naturales, ¿por qué ha de estancarse en el de las actividades económicas y declararse impotente para controlarlas?

La misma realidad nos indica en los actuales momentos una tendencia universal para equilibrar la producción con el consumo, ya sea a través del plan quinquenal, de las corporaciones italianas, del estatismo nazi o del intervencionismo de Roosevelt.

Si por algo sufre el orbe, es por el caos que trajo la libertad de industria y comercio.

Además, en nuestra vida económica hay fenómenos evolutivos que no sólo se vinculan estrechamente a la escogencia de productos, sino que tienen relaciones con las características de raza

Algo dice al respecto el libro, o trata de plantear; pero con

cierto simplismo que no se halla a la altura de su maestría predominante. Al hablar de los antioqueños los califica, por ejemplo, como raza colectivista, frente al individualismo santandereano; cuando los mismos hechos denuncian que Antioquía, el medio más propicio para el socialismo de Estado, es a la vez el más individualista del país, y que los santandereanos, aunque no hayan aún estatizado, demuestran en el plano político fervores colectivistas que el antioqueño no alcanzaría a entender ni a sentir.

EVOLUCIÓN CONSTITUCIONAL

López de Mesa es el primero que pone en claro dentro de nuestro país la evolución constitucional dentro de la fórmula planteada por Cecil Jane en «Libertad y despotismo en la América Hispana», no como luchas entre los conceptos de unión o separación de la Iglesia y el Estado, o de federalismo y centralismo, sino como lucha idealista de la raza para obtener el máximo de libertad junto con el máximo de eficiencia.

La gráfica constitucional estampada en la página 133 es de mano maestra. De 1794 a 1821, aspiraciones de libertad; de 1821 a 1849 tratamos de reforzar el orden; sigue una reacción hacia la máxima libertad, hasta que tropezamos con la roca del 86 y nos convertimos en protectorado pontificio dentro de un nuevo y más robusto concepto de orden. De entonces para acá hemos venido luchando nuevamente por las libertades.

López de Mesa no cita a Cecil Jane, pero aparecen los dos en un perfecto acuerdo. Sólo que el primero niega la influencia de Francia y Estados Unidos en nuestra vida constitucional, y el autor las admite, más autorizadamente, como veneros sustanciales del republicanismo hispanoamericano.

RELIGIÓN Y RELIGIOSIDAD

Nunca se había tratado de manera tan verídica, y a la vez tan mesurada, el escabroso tema de nuestra orientación religiosa.

Para López de Mesa, y de seguro para todo analista imparcial, no hemos salido aún del totemismo y el tabú, adaptados a los ritos de la religión dominante, y carecemos a la vez de todo espíritu revolucionario en cuestiones metafísicas. Apenas evolucionamos de la fe ciega al escepticismo.

Cree él que los espíritus superiores tienden, al emanciparse hacia un amable panteísmo, o hacia una «estética de la personalidad».

Ojalá que el autor en lo que a religiosidad se refiere, nos hablara en una próxima edición sobre la influencia intensa que en algunos planos de nuestra América ha ejercido el pensamiento oriental, no como simple secta fugaz, ni como acicate de la filosofía, a la manera germana, sino como acicate de la acción. Sería útil también que nos dejara oír su concepto sobre el ímpetu que va adquiriendo la religiosidad del ateísmo que entre nosotros tiene ya hasta sus mártires, y de buena gana levantaría hogueras para quemar teístas y burgueses.

Se le escaparon estas inquietudes contemporáneas.

EMPRESAS CULTURALES

Hace una bella síntesis de la «Introducción a la Historia de la Cultura», extensiva al capítulo sobre arte.

De allí se desprende el paréntesis genial de la Expedición Botánica, que murió fusilada por la guerra de independencia para entronizar de nuevo, sobre los escombros del esfuerzo experimental, el teoricismo de la primera colonia barnizado de república desde la muerte de Caldas hasta nuestros días.

En llegando a la edad contemporánea, el libro da un traspie.

Luis López de Mesa no conoce bien el problema de la cultura popular en Colombia.

Lo ha observado desde su laboratorio, pero no ha ido a pulsarlo en la escuela primaria, en la mentalidad del maestro, en la miseria y las enfermedades infantiles, en la absoluta desorientación de los métodos.

Anota como figuras sobresalientes del movimiento cultural de la masa, al doctor Antonio José Uribe y a Agustín Nieto Caballero. A todos los demás especialistas los clasifica como un coro griego.

Dice además:

«La diferencia entre la obra del doctor Uribe y la de Nieto Caballero no es contradictoria, sino complementaria: Aquél tomó del extranjero una estructura que fuese idealmente armónica. El segundo orientó sus preocupaciones hacia la plena realidad colombiana, la estudió palmo a palmo y a ella aplicó los fundamentos de la escuela activa».

Yo me permitiría invertir el concepto. En la legislación que hizo aprobar el doctor Uribe se hallan más bien algunas orientaciones terrígenas, como la disposición de que en todas las escuelas haya un campo de cultivos y otro de deportes. En cambio la pedagogía de Nieto Caballero, que no entro a calificar en este artículo, se distingue por su empeño en importar métodos europeos, sin consultar previamente nuestra etnología, nuestra economía, nuestra patología, nuestra índole en general.

Germán Arciniegas, a quien López de Mesa clasifica como un acólito de Nieto Caballero, ha marcado rumbos distintos, y ha criticado hasta públicamente varias iniciativas de éste.

Y frente a la tesis de Arciniegas, que quiere tomar como punto de partida la creación de la universidad realmente colombiana, está el criterio opuesto, o complementario más bien, de los que piden la reforma de la escuela primaria como punto de partida y la masa proletaria como el mejor medio para la captación de valores humanos.

En cuanto a las medidas que sugiere el autor para acometer una obra de cultura, no pasan de ser un catálogo de sugerencias interesantes y atinadas, aunque invertebradas. La más accidental de ellas es la que da como fundamental: que se haga una selección de estudiantes de bachillerato—es decir, de alumnos viciados ya por los pésimos sistemas de formar bachilleres—para darles en diez años un doctorado de «clase A» que tendría la especialidad de poder entrar a regir dentro de diez años la transformación nacional.

El que una autoridad científica como el doctor López de Mesa se encuentre de pronto en la necesidad de improvisar conceptos ante el problema básico de nuestra nacionalidad, demuestra hasta qué punto la generación del centenario abandonó ese aspecto que debiera haber sido desde hace mucho el punto de partida de todo estudio sociológico, y la tesis de consagración de todo estadista.

NUESTRA MISIÓN HISTÓRICA

Aquí aparece la mentalidad de López de Mesa en todo su valor sintético al dividir el desarrollo humano en cuatro etapas: la primitiva, la espiritual, la técnica y la sintética.

Nos hallamos, según él, en un período de transición, entre la edad de la técnica y el retorno a las grandes síntesis; y nuestra patria, como resumen que es de todos los aspectos geográficos, étnicos, económicos y culturales de Iberoamérica, es el ambiente predestinado para empuñar el faro de orientación.

Aquí López de Mesa se sale de su generación.

Pretender dilatar a Colombia culturalmente en vez de querer comprimirla, encerrarla como a doncella medioeval y marcarle con cinta métrica su patio solariego, es una tendencia que despierta, pero que padeció catalepsia por medio siglo.

La obra termina con un interrogante.

Es cierto que el título no anuncia fallos sobre la vida contemporánea. Pero el volumen acumula datos y aseveraciones que permiten conjeturar lo que ha de ser nuestro pueblo como fuerza social y como núcleo internacional.

La vaguedad respecto a los fenómenos actuales obedece tal vez al hecho ya anotado de que López de Mesa no combina sus observaciones sobre los diferentes aspectos de nuestra nacionalidad, ni vive en contacto íntimo con los hechos.

Plantea la fórmula, pero no despeja la incógnita.

Es posible que se haya reservado esa labor para el nuevo libro.

Mientras lo lanza, los colombianos tienen en «Cómo se ha formado la nación colombiana» el mejor documento histórico que sobre el particular se ha sintetizado hasta la fecha, y un rico acervo de ideas terrígenas.

Notas del mes

«Mar sin tiempo»

Desde California nos llega este libro breve y ceñido, de Arturo Torres Rioseco. Un lindo título, un bello contenido de poemas y romances. Un amor a la ciudad natal que aumenta con la distancia y que en cada página se eleva como una flor. Torres Rioseco vive desde hace quince años en Estados Unidos, en una de las Universidades de California, en Berkeley. Allí desempeña una cátedra de literatura hispanoamericana, realiza sus creaciones críticas y escribe sus finos poemas. Entre todo ese ajetreo universitario y pedagógico, Torres Rioseco recuerda. Es el poeta que vivió los días de infancia y adolescencia en la ciudad de Talca, decorada de espanto telúrico y plena de sugerencias íntimas, entre su río claro y sus cerros achaparrados, entre sus calles adormecidas y diáfanas en la primavera y sombrías y como llenas de alquitrán en los días foscos del invierno. El poeta vivió cerca de una estación, oyendo al viento destrozar el silbato estridente de los trenes y dar frenéticos cabezazos contra los muros. Discurrió su existencia en un Liceo, entre los camaradas que otro viento ha dispersado. Por las noches, cantaba en las callejas el lamento de los avellaneros ambulantes que ofrecían «avellanaaas tostaítas» y los vendedores de tortillas, cuyas siluetas se tragaban las esquinas en medio del hosco silencio; de niño oyó vibrar en la atmósfera el grito del vendedor, solitario y lamentable, lleno de tristeza. Todo esto vive en los recuerdos ya distantes, pero se levanta

del fondo turbio para aparecer limpio en la interna congoja de la poesía.

Extraño caso el de este poeta que retorna a revivir emocionado todo aquel tiempo. Poesía de sinceridad y de emoción. Bello libro y bello título. «Mar sin tiempo»...

Marcos Fingerit

En este mes estuvo de visita Marcos Fingerit, viejo conocido nuestro. Decimos viejo por decirlo de algún modo y aludiendo a su amistad con Chile y hombres de letras de Chile. Fingerit ha seguido especialmente el movimiento joven de la literatura, si es que se puede llamar joven o vieja una literatura. Joven por los años de los que la sirven, aunque en muchos vieja y derrengada, a pesar de los cortos años de los que escriben. Tema atrayente para estudiarlo en otra oportunidad.

Fingerit dirige en el diario «El Argentino», de la Plata una hoja literaria en la que se preocupa semanalmente de cosas y escritores de Chile. Es de los pocos escritores argentinos que manifiestan concretamente un noble deseo de acercamiento y comprensión entre escritores de ambas repúblicas. Fingerit cultiva relaciones con muchos escritores chilenos, a los cuales hace enviar los libros de sus amigos argentinos. Promueve así un movimiento singularmente interesante de acercamiento que no han logrado, por supuesto, en tantos años de intercambio diplomático los estirados y protocolares representantes. A propósito de representantes, vale la pena consignar que cuando regresa alguno de esos caballeros a su país de origen, nadie sabe en qué han empleado su tiempo en el país a donde fueron. Porque nada se sabe de ellos, nadie sabe nada de lo que es el país del que regresan, en materia social, económica o intelectual. Se tragan el tiempo y lo suman al tiempo muerto que vuelve a morir en la mente de estos hombres. Por eso América sigue siendo el continente del desconocimiento, en el cual un país vecino de

otro apenas sabe que están separados por una línea divisoria de ríos, montañas o selvas.

Cuando vimos a Fingerit ya sabíamos que era un buen mensajero, porque como es uno de los escritores jóvenes más interesantes de Argentina y su labor cordial y comprensiva tiene un alto significado americanista, su presencia entre nosotros contribuiría por eso mismo a robustecer muchas amistades y daría ocasión para preparar nuevos intercambios entre escritores chilenos y argentinos. Fingerit permaneció pocos días en Santiago, pero en esos breves días fué festejado por diversos escritores y tuvo ocasión de conocer a muchos de los que en la actualidad forman en la vida literaria activa. Nuestra revista, de la que Fingerit es un buen amigo, se complace en saludarlo.

Historia de México

Se ha editado en México un libro que está destinado a servir en la obra de divulgación de la nacionalidad mexicana en sus múltiples y complejos ciclos históricos. Esta obra de síntesis ha sido emprendida por el escritor Alfonso Teja Zabre y el volumen que contiene este trabajo se ha editado en un espléndido volumen con numerosos grabados antiguos y modernos y reproducciones de los frescos de Diego Rivera sobre motivos de la historia de ese país. La obra del señor Teja Zabre es, pues, uno de los aportes más valiosos para el conocimiento de México en su evolución. Analiza el autor los factores geográficos, económicos, técnicos, individuales, históricos y artísticos que han concurrido a la formación de una nacionalidad de tan acusado relieve en la historia del continente hispanoamericano. El estudioso encontrará en esta obra observaciones y detalles de sumo interés que han sido valorados por el señor Teja Zabre de acuerdo con una interpretación moderna y en la confrontación de numerosos documentos. Tanto la historia de la cultura mexicana en todos sus ciclos, como la historia de la arquitectura, desde los

períodos prearcaicos hasta los tiempos actuales, están estudiados con vigoroso poder de síntesis y entregan al lector una visión panorámica en extremo interesante del desarrollo de ese país. Un libro de esta naturaleza hacía falta. La historia y la vida del desenvolvimiento revolucionario de la nación mexicana han sido siempre motivo de especial predilección de los estudiosos de los países hispanoamericanos. El intercambio cultural es escaso todavía y las obras más valiosas de la literatura e historia mexicana se encuentran sólo por excepción en nuestros ambientes intelectuales.

Libros recibidos

- ANTONIO AITA.—*Itinerarios*.—Buenos Aires.—1936.
- ROBERTO H. ORTELLI.—*Junto a los altos Muros*.—Buenos Aires. 1935.
- JOSÉ G. ANTUÑA.—*El nuevo Acento*.—Ediciones de la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense.—Montevideo. 1935.
- EDUARDO MALLEA.—*Nocturno Europeo*.—Ediciones Sur.—Buenos Aires. 1935.
- EDUARDO MALLEA.—*Conocimiento y Expresión de la Argentina*.—Ediciones Sur. Buenos Aires. 1935.
- SANTIAGO ARGUELLO.—*Poemas Escogidos*.—Guatemala. C. A. 1935.
- MARIANO AZUELA.—*Los Precursores*.—Biblioteca América. Ediciones Ercilla. Santiago. 1935.
- ALBERTO GHIRALDO.—*Libertadores de América*.—Ediciones Ercilla. Santiago. 1935.
- AMADOR CYISNEIROS.—*Delito Penal Soviético*.—Editora Sao Paulo. Sao Paulo. 1935.
- AUGUSTO CÉSPEDES.—*Sangre de Mestizos*.—Editorial Nascimento. Santiago. 1936.
- ANDRÉ MALRAUX.—*El Tiempo del Desprecio*.—Editorial Nascimento. Santiago. 1936.
- RICARDO E. LATCHAM.—*El Tesoro de los Piratas*.—Editorial Nascimento. Santiago. 1935.
- JOSÉ RAFAEL BUSTAMANTE.—*Para matar el Gusano*.—Quito. Ecuador. 1935.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.—*Los Genios*. Quito. Imprenta Ecuador. 1935.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.—*Destierro*. (Poesías). El Ateneo. Buenos Aires. 1935.

ARTURO TORRES RIOSECO.—*Mar sin Tiempo*.—(Poemas). Ediciones Fábula, México. 1935.

